

MARIO ESCOBAR

El
DEDO
de DIOS

Con Hércules Guzmán Fox, Mario Escobar añade a la lista de investigadores universales a un español canalla, irónico, con una gran inteligencia deductiva y una capacidad sorprendente para resolver cualquier misterio.

Lectulandia

Veracruz, México. Hércules Guzmán Fox, uno de los investigadores más importantes del mundo, tiene que resolver la extraña muerte de un senador norteamericano en el barco en el que viajan hacia los Estados Unidos. Durante la travesía descubrirá que los culpables son un extraño grupo que se creía desaparecido hacía siglos. Las pistas de una antigua reliquia lo llevarán, junto a George Lincoln y Alicia Mantorella, sus inseparables amigos, a Washington, donde se encuentra la clave de un asombroso misterio, asociado a uno de los objetos más poderosos de la historia. El escritor Jack London y un joven Franklin D. Roosevelt los ayudarán a descubrir el enigma que se oculta en las entrañas de la ciudad y que se remonta al descubrimiento de América.

Lectulandia

Mario Escobar

El dedo de Dios

Hércules Guzmán Fox - 5

ePub r1.1

XcUiDi 15.10.14

Título original: *El dedo de Dios*

Mario Escobar, 2010

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: liete

ePub base r1.1

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Que los cambios no nos cambien la vida.

Para Eli, Andrea y Alejandro.

Agradecimientos

A Pedro y Dolores, por su insistente apoyo, ayuda y consejo.

A los miles de lectores que han vivido con Hércules Guzmán Fox, Alicia Mantorella y George Lincoln estas cinco aventuras.

A los que se unen en este libro a la apasionante historia de mis personajes preferidos.

A Vicente Mora y su deseo de ver en el cine las historias de Hércules.

A la Agencia Kerrigan que sigue repartiendo mis aventuras por todo el mundo.

A todos los que han participado en la elaboración y edición de este libro.

«El único límite para nuestra comprensión del mañana serán nuestras dudas del presente.»

FRANKLIN D. ROOSEVELT

«Hay un éxtasis que señala la cúspide de la vida, más allá de la cual la vida no puede elevarse. Pero la paradoja de la vida es tal que ese éxtasis se presenta cuando uno está vivo, y se presenta como un olvido total de que se está vivo.»

—JACK LONDON

Prólogo

Maryland, año de gracia de 1737

El frío había llegado antes de lo previsto y la nieve cubría toda la costa. El barco se encontraba fondeado a escasos metros de la playa, con la cubierta helada y el grupo de marineros exhaustos del largo viaje. El capitán ordenó que cargaran las dos barcas y los hombres comenzaron a llenarlas de toneles e inmensas cajas de madera. Tuvieron que hacer varios viajes hasta que toda la carga de la bodega fue depositada a orillas del mar. Aún quedaba el último transporte, el más delicado y valioso.

Uno de los marineros depositó la última caja en la barca, remararon contra la furia de las olas y en unos minutos comenzaron a vaciar la embarcación. Descargaron los últimos toneles y entre dos de los hombres bajaron con cuidado la caja. Caminaron por el agua gélida hasta pisar la arena helada. En el último momento uno de los hombres resbaló y el otro intentó sujetar la caja, alargó el brazo cuando la tapa se cayó y tocó el interior. Al instante, un fuerte haz de luz brilló en mitad de la playa y los dos hombres se miraron asustados. Un estruendo, como el sonido de un relámpago, quebró el silencio de la solitaria costa y el marinero comenzó a convulsionarse mientras se iluminaba como una tea ardiente. Su compañero logró recuperar el equilibrio y aferrar la caja, pero también comenzó a arder. En unos segundos los dos hombres resplandecían como dos antorchas, mientras que el resto de marineros los miraban paralizados por el terror. La caja cayó al suelo intacta en medio de la confusión.

Desde la cubierta, el capitán observó horrorizado la escena y se alegró de dejar toda la mercancía en la costa. Había secretos que era mejor enterrar en lo más profundo del abismo, tesoros capaces de exterminar a sus poseedores; suspiró aliviado cuando el grupo de hombres encargado de custodiar las cajas apareció con varios carros y comenzó a cargarlo todo. El cielo se oscureció de repente y una nieve densa se extendió por la costa de Nueva Inglaterra mientras los marineros rezaban en la cubierta del barco. Aquella era su última misión, el último refugio para el secreto más peligroso que se habían atrevido a guardar. Ahora solo Dios podía devolverles la paz que habían perdido trescientos años antes.

PRIMERA PARTE

El aprendiz

Capítulo 1

Veracruz, México, 30 de enero de 1916

El ajetreo del puerto animó a la niña, que apenas había hablado desde que salieran de Ciudad de México. Su piel lechosa y sus grandes ojos azules le recordaban a ella misma cuando era la joven tímida y retraída que siempre prefería pasar desapercibida. Margaret Phillips debía tener diecisiete años y era casi tan alta como su padre, el senador Eric Phillips. Alicia miró a la niña mientras esta le explicaba en su mal español las ganas que tenía de regresar a casa y ver a sus amigas de Washington. Hércules y Lincoln conversaban con el senador en el otro lado de la diligencia mientras el cochero esquivaba a la multitud de porteadores, viajeros y marineros que llenaban uno de los puertos más modernos y grandes del mundo.

—Fue usted muy valiente al venir a México en un momento como este —dijo Lincoln al senador.

—Creo que los hombres han de poner su vida al servicio de una causa superior, el miedo es el peor obstáculo para el progreso de la humanidad, ¿no cree? —dijo el senador, nervioso. Aún no se había acostumbrado a tratar con aquella familiaridad a un hombre negro. A pesar de las leyes federales, la mayoría de los hombres de color seguían ocupando tareas serviles y no se codeaban con los caballeros de la capital federal.

Lincoln hablaba animadamente; después de varios meses conversando exclusivamente en español, aquel desahogo lingüístico le había producido un gran placer. Era el último día que pasaban en México antes de coger el barco que les llevaría a Florida y desde allí a Inglaterra. Su amigo Hércules apenas intervenía en la conversación; hablaba inglés, pero llevaba mucho tiempo sin practicarlo.

—Entonces, ¿ustedes regresan a Europa? —preguntó el senador.

—Sí, nuestra estancia en América ha concluido —dijo Hércules en inglés.

—Comprendo, pero Europa está en plena guerra. Creo que los alemanes han llegado a bombardear París con sus dirigibles —dijo el senador.

—Hemos sufrido los bombardeos alemanes en Londres —dijo Alicia entrando en la conversación— y puedo asegurarle que fue algo terrible.

—Nuestro plan es establecernos en Suiza hasta que esa horrorosa guerra termine —comentó Lincoln.

—La guerra puede durar todavía años. El presidente Wilson quiere que intervengamos en el conflicto, pero primero tiene que asegurarse la reelección —advirtió el senador con aire solemne.

Hércules miró a través de la ventana y ante sus ojos apareció el buque *Queen Elizabeth*. Aquel gigante destacaba del resto de navíos del puerto. Su impresionante casco de color negro parecía romper el cielo azul de Veracruz y proyectaba su inmensa sombra sobre ellos.

—Lo que no entiendo, es cuál ha sido su cometido en México, los Estados Unidos no atraviesan su mejor momento diplomático con el Gobierno de Carranza —dijo Hércules.

—Hace apenas un año que abandonamos la ciudad de Veracruz, tras el último enfrentamiento contra nuestros vecinos —dijo el senador—. México y los Estados Unidos nunca se han llevado bien.

—Puede que tenga que ver con el continuo expolio de territorio que Washington ha realizado aquí —dijo Hércules muy serio.

Lincoln frunció el ceño. Él era norteamericano y no entendía como su amigo español era tan proclive a denostar a su Gobierno.

Era como si los españoles nunca pudieran superar la pérdida de sus últimas colonias en América y necesitaran criticar constantemente a los Estados Unidos.

—Los estadounidenses han extendido la civilización en Norteamérica. Arizona, California o Nuevo México antes eran tierras semiabandonadas y salvajes —dijo Lincoln frunciendo el ceño.

—El territorio robado a México es mucho más grande que todo el estado federal actual —dijo Hércules.

—Bueno, los pueblos tienen una misión providencial y ahora le ha tocado a nuestro país —comentó el senador.

Alicia miró fijamente a Hércules para que cambiara de tema. El viejo lobo de mar, antiguo miembro de la Armada española y filántropo, podía ser muy incisivo cuando se lo proponía.

—No le haga caso a mi amigo —comentó Alicia al senador—, siempre está intentando provocar polémica. Es la forma de ser latina, ya me entiende.

—No se preocupe, esto es pan comido comparado con el Senado. Allí mis colegas son capaces de sacarte los ojos con tal de ganar un debate —bromeó el senador.

La carroza se detuvo frente a la pasarela del barco y las dos mujeres descendieron primero. Después salió el senador seguido por Hércules y Lincoln. Observaron detenidamente el inmenso barco y comenzaron a subir por la pasarela.

—¿Cuál es el verdadero motivo de su viaje? —preguntó Hércules al senador.

—Es un asunto muy complicado, pero no se preocupe, esta noche con un buen *whisky* en las manos les relataré un importante descubrimiento —dijo el senador, sonriente. Su gran bigote se ensanchó debajo de su piel rojiza y sus ojos, azules y pequeños, se achinaron por unos instantes. Hércules le observó en silencio.

—Si hay algo que nos guste a mis amigos y a mi es una buena historia antes de

irnos a dormir —dijo Lincoln.

—Pues creo que esta será de su agrado. Puede que haya resuelto uno de los misterios más antiguos de este gran continente.

Capítulo 2

Washington, 29 de enero de 1916

La nieve cubría la ciudad con un manto de pureza blanco, pero en las entrañas de la capital, unos hombres repetían sus oscuros ceremoniales como lo llevaban haciendo desde hacía cientos de años. Las cloacas del poder siempre se ocultaban de la vista del ciudadano medio, muchos preferían no saber, pero otros simplemente se resignaban a creer que la mayor democracia del mundo era imperfecta, porque los hombres que la componían también lo eran.

El grupo estaba sentado a la luz de las velas. Aquella galería subterránea estaba ricamente adornada. Los tapices tapaban la pared de ladrillos y las artesonadas sillas de los miembros estaban teñidas de púrpura.

El gran maestro se puso en pie y pronunció unas palabras en un extraño idioma desaparecido mil años antes. Después, todos los miembros se pusieron en pie repitiendo las mismas palabras.

Uno de los hombres se acercó al gran maestro e inclinó su cabeza, y comenzó a hablar al resto del grupo.

—Por fin estamos cerca de encontrarlo. Lleva desaparecido casi trescientos años, pero es el tiempo que la Providencia ha escogido para revelar sus últimos misterios —dijo el hombre.

—Nosotros, los hijos de la viuda, te comisionamos para que lo encuentres y traigas aquí el mayor tesoro de la humanidad —dijo el gran maestro con sus brazos extendidos.

Los hermanos extendieron las manos y comenzaron a gritar unas palabras que apenas lograban entenderse, después el hombre salió de la sala y dejó sus símbolos en la entrada. Cuando llegó a las nevadas calles de Washington, el intenso manto blanco le deslumbró por unos momentos. La luz no era la mejor compañera de los secretos y él era el hombre que portaba uno de los más sagrados.

Capítulo 3

Veracruz, México, 30 de enero de 1916

Mientras Alicia se preparaba para la cena, Hércules y Lincoln subieron a cubierta. Hércules abrió su pitillera y se puso un pequeño puro en los labios. Su amigo lo miró molesto.

—No entiendo por qué insiste en ese vicio absurdo.

—Tal vez por eso, querido Lincoln. El tabaco es uno de los pocos placeres que me permito —comentó Hércules encendiendo el puro.

—Es usted incorregible —dijo Lincoln, y se apartó de su amigo.

Los ojos del español centellearon. Sus rasgos eran atractivos a pesar de superar ampliamente los cincuenta años. El pelo canoso y la piel bronceada le daban un aire de terrateniente antillano. Sonrió y dejó que el aire fresco de la noche le despejara un poco. No quería regresar a Europa, la guerra era algo que detestaba profundamente, pensó mientras el humo penetraba por su garganta. Después de alistarse en el ejército y pertenecer a los servicios secretos de la Armada durante la guerra de Cuba, lo último que deseaba era verse metido en otra guerra.

—Señor Guzmán Fox, le veo muy pensativo —dijo el senador Phillips a su espalda.

—Senador —respondió Hércules apoyando su mano en el hombro del norteamericano.

—Espero que este viaje sea más cómodo que la carroza que nos trajo desde Ciudad de México.

—Sin duda, los barcos británicos son los mejores del mundo —dijo Hércules.

—Estoy deseoso de llegar a casa. Después de varios meses recorriendo varios países hispanoamericanos, no veo la hora de regresar.

—Tendrá mucho trabajo acumulado —comentó Hércules.

—Espero que mi asistente haya hecho la mayor parte. El Senado es un gran aparato burocrático, a veces me veo como un simple oficinista —dijo el senador.

—Le aseguro que en mi país, el Parlamento es un simple escaparate ante los demás países, en España nunca ha existido algo parecido a una democracia —dijo Hércules.

—Imagino que será algo inherente al carácter latino —dijo el senador.

—Todavía no me ha contado que le trajo a México —dijo Hércules.

—Es cierto, espero que me disculpe, pero no era un tema adecuado para tratarlo delante de mi hija —dijo el senador bajando la voz.

—Comprendo.

—El viaje ha sido extraoficial, desde hace años estoy realizando una investigación privada. Mi formación humanística siempre me ha animado a buscar más allá de las meras apariencias. Me apasiona la historia.

—¡Qué interesante!

—Busco estelas y otro tipo de inscripciones de los primeros pobladores del continente e investigo qué pueblos antecedieron a los españoles en el descubrimiento de América —dijo el senador.

—No me diga que nos van a quitar también ese mérito —bromeó Hércules.

—No, sin duda Colón fue el primero en descubrir América para el mundo occidental, pero hay pruebas irrefutables de que antes pudieron llegar vikingos, algunos hablan también de fenicios y otros pueblos. En el equipaje llevo numerosas inscripciones, espero donarlas a la Biblioteca del Congreso en cuanto las haya examinado detenidamente —dijo el senador.

—¿Podría verlas? —preguntó Hércules.

—Naturalmente, pasaremos unos días juntos antes de que cojamos otro barco en Florida, si le parece bien puede verlas mañana mismo —comentó el senador.

—Estupendo.

—Le dejo, mi hija me está esperando. Nos vemos en la cena.

Hércules se quedó con la mirada perdida, apagó el puro y lo arrojó al mar. Lincoln se acercó y se apoyó en la baranda junto a él.

—¿Qué quería el senador?

—Simplemente charlábamos de las razones de su viaje a México —comentó Hércules.

—No, ya le contaré. Será mejor que busquemos a Alicia.

Los dos hombres se dirigieron al camarote y apenas percibieron el ruido seco de un bulto que caía desde la cubierta superior.

Capítulo 4

Mar Caribe, 30 de enero de 1916

Alicia y sus amigos se sentaron en la mesa del capitán. Era la primera cena a bordo y la tripulación se había esmerado para que todo brillara con esplendor. La guerra en Europa parecía lejana y las grandes fortunas seguían disfrutando de una vida acomodada, libre de peligros y amenazas. Las damas vestían suntuosos trajes y lucían sus mejores joyas mientras los hombres con sus sobrios chaqués hablaban de los mercados financieros y las noticias que llegaban del frente.

Hércules miraba aburrido de un lado para el otro hasta que observó a la hija del senador caminando aturdida por la sala como si buscara a alguien. Después observó las dos sillas que permanecían vacías en la mesa. Ya habían servido el primer plato y el senador no había aparecido. Se levantó de la mesa y se dirigió hacia la muchacha. Lincoln se giró y lo siguió sin mediar palabra.

—Disculpen —dijo Alicia levantándose avergonzada. Mientras, el resto de invitados les miraron sorprendidos.

La mujer alcanzó a sus amigos y cogió del brazo a Hércules.

—¿Se puede saber adónde van? Es de mala educación levantarse de la mesa en mitad de la cena.

—La hija del senador —dijo Hércules señalando a la muchacha.

La chica les reconoció desde lejos y se acercó apresuradamente. Sus ojos estaban hinchados y rojos por las lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó Hércules.

—Mi padre, no le encuentro por ninguna parte, quedó en ir a buscarme, pero no ha aparecido.

—Le dejé hace media hora y me comentó que se dirigía a su camarote para ir en su busca —comentó Hércules.

—¿Media hora? El barco no es tan grande —dijo Hércules.

Alicia extendió las manos y abrazó a la muchacha.

—No te preocupes, lo encontraremos.

—Quédate con Margaret, nosotros buscaremos al senador —dijo Hércules.

El capitán se había levantado de la mesa y se acercó a ellos.

—¿Qué sucede?

—El senador ha desaparecido —dijo Hércules.

—¿Desaparecido? —preguntó extrañado el capitán.

—Desde hace media hora aproximadamente —dijo Lincoln.

—Ordenaré a mis hombres que comiencen la búsqueda.

Los tres hombres salieron del salón y se dirigieron a la cubierta principal. Hércules y Lincoln fueron al último sitio en el que habían visto al senador. Echaron un vistazo, pero no encontraron ni rastro.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Lincoln.

—Se habrá caído por la borda —dijo Hércules asomándose a la barandilla.

—Es posible —comentó el capitán.

—Será mejor que desandemos el camino hasta el camarote. En algún punto tiene que haber desaparecido —dijo Hércules.

Camaron despacio, observando el suelo, pero no encontraron nada.

—No lo entiendo —dijo Hércules—, apenas hay unos metros de distancia.

—¿Y si no fue directamente? Puede que entrara por la puerta del fondo —dijo Lincoln señalando el corredor que bordeaba la cubierta.

Se dirigieron en silencio por el corredor, encontraron la puerta a los camarotes abierta, pero nada más. No había mucha luz, Hércules levantó la mirada y observó uno de los farolillos apagados. Lo tocó y después se dirigió a su amigo.

—Está frío, lleva un buen rato apagado.

—La puerta estaba abierta, ¡qué extraño!

Hércules se inclinó y comprobó el suelo. Unas manchas negras cubrían parte de la madera. Las tocó con las manos y las olfateó.

—Es sangre —dijo frotándose los dedos, para limpiarse los restos. Después miró alrededor y se acercó a la barandilla.

—¿Ve algo? —preguntó Lincoln mientras examinaba por sí mismo las manchas.

—Páseme ese otro farolillo —dijo Hércules.

Lincoln descolgó la luz y se acercó hasta la barandilla. En la cubierta inferior había un bulto negro, casi debajo de una de las barcas salvavidas. En ese momento dos marineros llegaron por la cubierta inferior y se aproximaron al cuerpo.

—¡No toquen nada hasta que lleguemos! —gritó Hércules mientras corría escaleras abajo. Lincoln le siguió con el farol en la mano hasta que llegaron a los pies del bulto.

El senador Phillips, o lo que quedaba de él, estaba empapado en sangre, con los ojos muy abiertos y una expresión de horror, como si hubiera visto un fantasma antes de morir.

Capítulo 5

Washington, 30 de enero de 1916

El vicepresidente Marshall se acercó a la mesa de Wilson, depositó varios informes secretos sobre la mesa y después se sentó en una de las sillas y esperó en silencio. El presidente se había vuelto un ser silencioso y triste desde la muerte de su mujer, aunque muchos hablaban de su nueva relación con Edith Galt, pero la soledad no era la única preocupación que tenía en ese momento. Norteamérica se mantenía neutral a pesar del apoyo militar al Reino Unido. Las simpatías del presidente por los aliados eran conocidas por todos. El hundimiento del *Lusitania* unos meses antes había aumentado aún más la tensión con los alemanes.

—Señor presidente, tenemos que preparar la campaña de reelección —comentó Marshall.

—A veces me pregunto si merece la pena. ¿De qué sirve ser presidente si no puedes actuar bajo los dictados de tu conciencia? Me duele el sufrimiento de nuestros aliados en Europa, mientras nosotros permanecemos con los brazos cruzados —comentó el presidente apesadumbrado.

—Les hemos vendido armas. Además, hemos actuado como mediadores durante todos estos años. Europa no necesita más armas y hombres, lo que realmente desea es la paz.

—Tiene razón Marshall, pero los alemanes y austríacos no parecen muy dispuestos a llegar a un acuerdo. Además, hace poco nos enteramos de que intentaban colarse en nuestro patio trasero, negociando con México la compra de petróleo y otras materias primas —dijo Wilson.

—Pero hemos logrado abortar la negociación.

—Por ahora lo hemos conseguido, pero ¿qué pasará mañana?

—Debemos enfocar la reelección hacia la neutralidad, es la única forma de asegurarnos la victoria —dijo Marshall.

Wilson se quedó pensativo. Él sabía que tarde o temprano tendrían que intervenir en la guerra, ¿cómo iba a engañar al pueblo norteamericano? Aunque en muchas ocasiones era mejor un pequeño engaño que la verdad, sobre todo cuando la gente no quería oírlo.

—El candidato republicano y la mayoría del Congreso y del Senado están de acuerdo con la no intervención. A lo mejor nuestra baza electoral es mantener justo lo contrario.

—No, señor presidente, eso sería un suicidio político. El candidato republicano

también es consciente de que al final entraremos en guerra, pero públicamente le conviene hablar más de la neutralidad que de una inevitable guerra —dijo Marshall.

—De acuerdo, ¿cuál es el eslogan de la campaña? —preguntó el presidente resignado.

—«El hombre que nos mantuvo fuera de la guerra.» Sus enemigos pueden presumir de no querer meternos en una guerra, pero usted lo ha demostrado. Después de dos años seguimos siendo neutrales —dijo Marshall.

—Bueno, al menos el eslogan es cierto. ¿Cree que tendremos más apoyo en el Congreso y el Senado si al final tenemos que entrar en la guerra?

—Es difícil determinarlo, hay una fuerte corriente opositora. Ya sabe que muchos no han entendido todavía que el destino de los Estados Unidos es regir los destinos del mundo —dijo Marshall.

—Por lo menos apoyaron la guerra con México, mantenemos nuestras posiciones en Nicaragua, Cuba, Panamá y Haití. No podemos permitir que este continente marche a la deriva. Nuestra misión es llevar a los americanos hacia la democracia y la libertad, aunque haya que pasar primero por la dictadura —dijo Wilson.

—Lo más importante es que los asuntos domésticos de esos países no perjudiquen nuestros intereses comerciales ni pongan en peligro nuestra forma de vida. Estados Unidos se está cohesionando todavía, cuando el proceso termine, seremos la mayor potencia del mundo.

—Eso espero, Marshall —dijo el presidente con la mirada ausente bajo sus gafas redondas.

Capítulo 6

Mar Caribe, 30 de enero de 1916

El cadáver se encontraba retorcido sobre la cubierta. Los dos marineros estaban a un par de metros y el capitán y dos oficiales esperaban a cierta distancia. Hércules y Lincoln comenzaron a examinar el escenario. Movieron el cuerpo con cuidado para comprobar que estaba muerto, le examinaron, registraron y cogieron algunas muestras.

—Por favor acerque la luz —dijo Hércules a su amigo.

El rostro del senador reflejaba pánico. En muchas ocasiones la muerte mantenía la expresión de los últimos segundos de vida del cadáver.

—¿Murió al caer? —preguntó Lincoln.

—No lo creo; sígame.

Hércules regresó a la otra cubierta e intentó reconstruir los hechos, pero había cosas que no entendía. Al final el capitán se acercó a él, impaciente.

—¿Cómo ha sucedido? Ha sido un accidente, ¿verdad?

—No podemos asegurarlo cien por cien, pero creo que estamos ante un asesinato —dijo Hércules sin dar más rodeos.

—¿Un asesinato en mi barco? —preguntó el capitán escandalizado. Sus bigotes rubios se tensaron al fruncir los labios y sus pobladas cejas grises se arquearon intentando asimilar el golpe.

—He dicho que es lo más probable.

—Un asesino en el barco, eso es la ruina. La gente viaja en nuestra compañía porque quiere alejarse del monstruo de la guerra, aquí se sienten seguros. ¿Qué pensarán cuando descubran que cualquiera puede matarles en el barco? —dijo el capitán.

—Sin duda el hombre que mató al senador no era un delincuente común, tenía la intención de matar y buscaba algo. Observe —dijo Hércules acercándose al cadáver.

Regresaron a la cubierta inferior y el grupo se aproximó y escuchó las explicaciones atentamente.

—Los bolsillos han sido registrados. Este incluso se rasgó. El hombre que hizo esto buscaba algo.

—¿Cómo sabe que se trataba de un hombre? —preguntó uno de los oficiales.

—El asesino golpeó con un objeto contundente la cabeza del senador, después lo levantó y lo arrojó por aquella barandilla para simular un accidente. Hay huellas de manos en la barandilla y rastro de sangre. El golpe en la cabeza lo recibió antes de

caer. Pero el senador no murió al instante —dijo Hércules.

—¿No? —preguntó extrañado el capitán.

—Le dio tiempo a arañar el suelo del barco con una llave. Escribió algo que todavía no hemos logrado descifrar —dijo Hércules.

—¿Qué escribió? —inquirió Lincoln.

—Mírelo usted mismo —dijo Hércules, y pidió a Lincoln que aproximara la luz, pero el capitán no pudo entender nada. Aquello parecía una serie de garabatos sin sentido.

Capítulo 7

Los Ángeles, California, 30 de enero de 1916

Jack London sopesó la bolsa de mano. Pretendía llevar una única muda, su cuaderno, las lentes y algo de dinero. Siempre había viajado ligero de equipaje. En su juventud había recorrido los Estados Unidos sin ninguna pertenencia, vagabundeando de un lado para el otro. Sabía lo que era el hambre, dormir a la intemperie, pasar frío, calor, estar en la cárcel o escapar de un pueblo a toda prisa antes de ser linchado. En su juventud había viajado casi todo el tiempo escondido en vagones de ganado, en los techos de los trenes o simplemente entre las ruedas de los convoyes. Muchos habían muerto al quedarse dormidos y caer a las vías, otros habían sufrido la cólera de los revisores, que no dudaban en empujarte fuera del tren o te daban una paliza antes de echarte en la siguiente parada. Pero todo aquello era agua pasada. Sus éxitos literarios le permitían vivir bien, aunque él necesitaba muy poco para ser feliz, mejor dicho, para ser infeliz. La felicidad era un invento burgués, como la familia, la propiedad privada o el voto. Él seguía considerándose un revolucionario o, por lo menos, un asocial.

Jack London tomó la bolsa de viaje y se dirigió a la planta inferior. Aquel maldito rancho en el que vivía no le parecía el edén que siempre había buscado.

La casa estaba solitaria; Charmian, su esposa, dormía, y el silencio del campo al anochecer era su único compañero. Tomó un café solo frío y salió al porche, cogió su viejo vehículo y siguió la carretera hasta la ciudad.

Su cabeza no dejaba de dar vueltas a la extraña cita a la que se dirigía. Todavía se preguntaba para qué tenía que atravesar medio país con sus problemas de salud, pero lo mismo se había preguntado unos meses antes cuando decidió ir a Hawai.

Su vida siempre había sido así, sin planificar, improvisando constantemente, intentando que ni la muerte ni el miedo lo alcanzaran nunca, pero ahora sentía temor. Por primera vez en su vida, notaba que pensar en lo que le llevaba a aquel largo viaje lo inquietaba profundamente.

Desde niño había vivido ajeno a lo sobrenatural. Su madre era espiritista y decía estar poseída por el espíritu de un indio, pero él nunca se lo había tomado muy en serio, aunque aún recordaba algunas cosas. Cosas que era mejor olvidar.

Capítulo 8

Mar Caribe, 30 de enero de 1916

—No lo entiendo, ¿en qué idioma está? —preguntó el capitán.

—Es latín: *Deus meumque jus* —recitó Hércules.

—¿Está escrito en latín? —dijo el capitán sorprendido.

—Al parecer el senador no murió en el acto y grabó con las uñas esas palabras en el suelo. Puede que con ello quisiera acusar a alguien o simplemente darnos una pista de la razón por la que lo mataban —dijo Lincoln.

—Lo más seguro es que intentara acusar a alguien —dijo el capitán.

—Creo que está en lo cierto, cuando era inspector de policía en Nueva York hubo varios casos parecidos y todos apuntaron a los culpables —dijo Lincoln.

—No debemos descartar nada, pero la víctima no ha escrito un nombre, la frase en latín puede interpretarse de muchas maneras —dijo Hércules.

—¿Qué significa? —preguntó uno de los oficiales.

—«Dios y mi derecho» —dijo Hércules.

—Realmente la «j» no existe en latín. Sus funciones las cumple la «i» —dijo un desconocido de repente.

Todos le miraron sorprendidos. El hombre estaba en mitad de las sombras y cuando se acercó a ellos, su capa negra apenas les permitió ver la forma de su cuerpo. Su sombrero de copa y su cara pálida y hundida les eran familiares, pero no sabían dónde lo habían visto antes.

—¿Quién es usted? No debe hablar de este asunto a nadie en el barco, no queremos que se desate el pánico —dijo el capitán, enfadado.

—No se preocupen. Mi nombre es Enrique Costanzo Granados y Campiña, para servirles a ustedes.

—Usted es músico. Lo escuché en una ocasión en Madrid —dijo Hércules.

—Debió ser hace un par de años. Perdonen que los haya interrumpido —dijo, marchándose.

—Un momento, conoce bien el latín —preguntó Hércules.

—Ciertamente no, pero la frase es la usada en el blasón de Ricardo Corazón de León, aunque yo la vi por primera vez en un anillo. El anillo de uno de los músicos que me acompaña en la gira por América —dijo el músico.

—¿Hay un hombre en este barco que lleva un anillo con esa inscripción? —preguntó el capitán.

—Sin duda —dijo el músico.

—¿Cuáles son sus camarotes? —preguntó uno de los oficiales, extrayendo un cuadernillo.

—Creo que el 45, 46 y 47 —dijo el músico.

—Gracias.

—¿Cuál es el motivo de su viaje, señor Granados? —preguntó Lincoln.

—Tengo que dar un concierto en Nueva York, y también en la Casa Blanca. A los norteamericanos les apasiona mi adaptación musical de las obras de Goya.

—¡Claro! *Goyescas* es el concierto que escuché —dijo Hércules recordando al fin.

—Tendremos que interrogar a todos los músicos —dijo el capitán.

—Colaboraremos en todo lo que podamos, lo que les ruego es que no molesten a mi esposa, se encuentra algo indispuesta después de tantos días en barco. En vez de ir directamente a Nueva York tomamos este barco que llevaba a La Habana y desde allí remontaba todo el Atlántico hasta Nueva York. Mi esposa quería ver a unos familiares, pero creo que se ha arrepentido con creces de su decisión —dijo el músico.

—No se preocupe, seremos discretos —contestó el capitán.

—¿Dónde vio por última vez al músico y cuál es su nombre? —preguntó Hércules.

—Justo antes de la cena. Su nombre es Jules Fauré. A pesar de su extraño nombre, es británico, aunque su aspecto es más bien mediterráneo. Moreno, pelo corto, ojos muy negros y nariz aguileña —dijo el músico.

—Perfecta descripción —dijo Hércules haciendo un gesto a Lincoln—, debemos encontrarle cuanto antes, no podemos dejar que las pistas se enfríen. Si nos disculpa.

Hércules y Lincoln salieron corriendo de la cubierta. El español tenía una corazonada, aunque esperaba estar equivocado.

Capítulo 9

Mar Caribe, 30 de enero de 1916

La muchacha caminaba de un lado al otro del camarote. A veces sollozaba, otras, cabizbaja, murmuraba cosas sin sentido. Alicia intentaba tranquilizarla, pero todo era inútil. La hija del senador había perdido a su madre hacía tan solo un año y si su padre estaba muerto, no quería ni pensar en lo que estaría dispuesta a hacer.

—Margaret, todo va a salir bien. Posiblemente tu padre haya perdido el conocimiento o se ha dado un golpe y está desorientado —dijo Alicia poniéndose en pie.

—¡Está muerto! ¡Me ha dejado, como mamá! ¿Para qué quiero vivir ahora? ¿Quién cuidará de mí? —gritaba la muchacha con la cara desencajada y los ojos llenos de lágrimas.

—Yo perdí a mi madre siendo niña y mi padre falleció hace un año, pero he logrado sobreponerme.

—Pero tú eres mayor y tienes a Hércules y Lincoln, mientras que yo estoy sola.

—Cuando fallecen tus seres queridos siempre estás sola, nadie puede acompañarte en esos momentos de dolor —dijo Alicia abrazando a la chica.

—Pues yo no puedo vivir sin él —dijo la muchacha derrumbándose en sus brazos.

En ese momento se escuchó un fuerte ruido en la puerta del camarote y dos hombres encapuchados irrumpieron armados. Alicia acertó a empujar a Margaret hacia el baño y se encerraron con llave.

Los asaltantes intentaron derrumbar la puerta, pero al final uno de ellos comentó que era mejor que se dieran prisa y comenzaron a registrar la habitación.

Alicia pegó el oído a la puerta, los hombres removieron todos los objetos y rompieron lo que encontraron a su paso. Unos minutos después, se hizo el silencio. La mujer no sabía si atreverse a salir o quedarse quieta hasta que alguien viniera a ayudarlas. Entonces escuchó la voz de Hércules y quitó el pestillo. El camarote estaba destrozado. Sus amigos caminaron sobre la ropa y los cachivaches hasta llegar a ellas. Alicia se abrazó aún temblorosa a Hércules.

—Dios mío, creía que no volvería a veros.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó la chica inquieta.

Todos se quedaron en silencio. No hicieron falta más palabras. Margaret comenzó a llorar amargamente.

Capítulo 10

Las Vegas, 31 de enero de 1916

La ciudad le encantaba, pero estaba de paso. Aquella sería su última aventura en una vida repleta de emociones. Había viajado por todo el país, había estado en Canadá y había recorrido medio mundo en su yate. En ocasiones, su temperamento inquieto le había jugado malas pasadas, pero también había contribuido a su éxito. Jack se acomodó en el tren, sabía que le quedaban casi cuatro mil kilómetros antes de llegar a su destino, pero decidió tomárselo con filosofía. El paisaje le apasionaba y le entretenía. No quería pensar en lo que le llevaba a Washington, mucho menos cuando notaba que la muerte le rondaba como un perro rabioso. Había tenido esa sensación antes, pero ahora sabía que esta vez iba en serio.

Jack observó el desierto y se dio cuenta de que por dentro sentía la misma sensación de vacío y soledad. Había amado a dos mujeres, pero nunca había conocido el amor de su madre o de su padre. Sentirse huérfano en el mundo le hacía sentirse libre, pero al mismo tiempo perdido y desdichado.

No sabía mucho de sus dos hijas, las había mantenido hasta la juventud, pero no había intentado ningún acercamiento. Eso lo martirizaba: él, que sabía lo necesario que era un padre, no había logrado mantener una mínima relación con ellas.

London comprendía que la vejez no era horrorosa por las dificultades físicas o la muerte, lo que verdaderamente horrorizaba a los hombres sinceros eran sus fracasos personales. Se sentía absolutamente frustrado. Era un mal padre, esposo y escritor. El sacerdote William Judge, *el Santo de Dawson* se lo había dicho cuando era apenas un muchacho: «Nuestra mejor inversión es amar a los demás sin esperar nada a cambio». No le había hecho caso, Jack se amaba solamente a sí mismo.

Tal vez este esfuerzo le sirviera para redimir sus culpas, para lavar su conciencia. La última oportunidad de vivir por encima de su mediocre egoísmo, pero reconocía que no iba a ser fácil. Había fuerzas ocultas que se oponían, fuerzas de las que él se habría reído a carcajadas veinte años antes, pero a las que ahora tenía miedo.

Capítulo 11

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

La mañana se levantó fría, como si después de la resaca de emociones del día anterior, ahora tuvieran que soportar la ducha helada de la realidad. Margaret había dormido con Alicia, mientras que Lincoln y Hércules se habían turnado para vigilar. El capitán les había facilitado protección, pero hasta que las cosas se aclararan no se podían fiar de nadie.

Después de un desayuno ligero, Hércules y Lincoln registraron el camarote del senador. Esperaban que los asaltantes del día anterior no hubieran conseguido su objetivo. No sabían exactamente lo que buscaban, aunque por lo que había hablado el día anterior con el senador debía de tratarse de algún tipo de tallas en piedra.

Tras una hora de búsqueda infructuosa, al menos recuperaron el diario del senador; aquello podía ser la pista que necesitaban. Después, acudieron a ver al capitán.

—Caballeros, les agradezco todas las molestias que se están tomando. Les aseguro que la compañía sabrá premiarles —dijo el capitán mientras les ofrecía un trago en su despacho.

—No hacemos esto por dinero, simplemente nos gusta colaborar con la justicia y echar una mano si alguien nos necesita. No podemos dejar sola a la pobre hija del senador, y sin que nunca sepa por qué murió su padre —dijo Lincoln.

Hércules miró de reojo a Lincoln, le gustaba su espíritu quijotesco, pero a veces pecaba de teatralidad.

—El caso es que no parece que hayamos avanzado mucho. ¿Han encontrado al tal Jules Fauré? —preguntó Hércules.

—Sí, le tenemos vigilado. No queremos que se vuelva a escapar, pero no le hemos interrogado, pensamos que ustedes podrían obtener más información —dijo el capitán.

—¿Dónde le encontraron? —preguntó Lincoln.

—Estaba en el bar con unos compañeros —dijo el capitán.

—¿Se resistió a la detención? —preguntó Lincoln.

—No, pero sí se mostró muy sorprendido. Lo cierto es que parecía sincero, pero su aspecto no es muy de fiar: moreno, rasgos muy fuertes. Da la sensación de que provenga de Oriente o sea mestizo —dijo el capitán.

Lincoln se sintió molesto, para los blancos era muy fácil juzgar y condenar a un hombre por el simple hecho de tener un color de la piel demasiado oscuro. Lo había

visto cientos de veces, no importaba la posición que ocupara el hombre moreno o negro, ni como vistiera, siempre era el principal sospechoso.

—Cómo sean sus rasgos no nos dice mucho —comentó Lincoln.

—Bueno, en la actualidad hay toda una rama de la ciencia que se ocupa de esto, la criminología antropológica —dijo Hércules.

—Esos investigadores son una panda de racistas disfrazados de científicos. ¿No sabe cuáles fueron las afirmaciones del padre de la criminología? —preguntó Lincoln.

—¿Se refiere a Cesare Lombroso? —preguntó Hércules.

—El mismo. Según Lombroso, los italianos del sur eran más propensos al crimen porque tenían menos sangre aria, ¿qué le parece? La sangre determina el comportamiento criminal. Es una verdadera vergüenza —dijo Lincoln indignado.

—En eso se equivocó, pero en su definición de los tipos de criminales estableció las bases de la criminología moderna —dijo Hércules.

El capitán tosió y después se dirigió a los dos hombres.

—Me parece muy interesante la discusión, pero perdonen que les apremie. Quiero que resolvamos esto antes de llegar a Nueva Orleans, no deseo llevar un asesino a bordo —dijo el capitán.

—Disculpe —dijo Lincoln.

—Después de interrogar al sospechoso, su amiga y la hija del senador podrían identificar al sospechoso —comentó el capitán.

—Desgraciadamente los dos hombres que irrumpieron en el camarote llevaban el rostro cubierto —dijo Hércules.

—¿Eran dos? Eso agrava aún más la cosa. Aunque tengamos retenido al sospechoso, otro de sus compinches puede andar a sus anchas por el barco —dijo el capitán, alarmado.

—Resolveremos el caso lo antes posible —sentenció Lincoln.

—Se lo ruego, si el pasaje se entera, todo el mundo saldrá despavorido del barco —dijo el capitán.

—Una última cosa —dijo Hércules—, ¿tiene un servicio de caja fuerte?

—Sí, es por seguridad. Algunas damas dejan sus alhajas y los caballeros su dinero. No es que tengamos muchos robos, pero es mejor curarse en salud.

—¿Podría comprobar si el senador depositó algo en la caja fuerte? —preguntó Hércules.

—Lo comprobaremos.

—Ahora por favor, llévenos a ver al sospechoso —dijo Hércules.

Los tres hombres salieron del despacho y caminaron por los pasillos hasta las bodegas del barco. Después de descender más de cinco plantas, llegaron a un camarote custodiado por dos soldados.

Hércules observó al sospechoso por el ojo de buey. Por unos instantes los ojos del hombre se cruzaron con los suyos. Una sombra de malignidad brotó de la mirada del detenido, como si no pudiera ocultar su alma ante la ventana más expresiva del cuerpo, su propia cara.

—Abra la puerta —ordenó Hércules pasando al camarote—. Mi nombre es Hércules Guzmán Fox, espero que colabore por el bien de todos. ¿Por qué asesinó al senador Phillips?

Capítulo 12

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

Después de un buen rato, Alicia logró convencer a Margaret para que pasearan un poco por cubierta. El cielo estaba nublado y hacía algo de fresco, pero las dos mujeres agradecieron la temperatura, que les despejó la mente por completo. Dos marineros las custodiaban de cerca.

—Desde aquí puede verse Cuba —dijo Alicia señalando el horizonte—, yo me crié en La Habana hasta la adolescencia, era poco mayor que tú cuando regresé a España. No fue fácil para mí, en Cuba era una privilegiada, pero en Madrid siempre fui vista como una inmigrante y una extranjera.

—Cuba..., debe ser bonito —dijo Margaret.

—Para mí es el lugar más bello de la tierra, sobre todo por la gente. Su hospitalidad, cariño y amabilidad son lo más bello de la isla —dijo Alicia.

—¿Querías mucho a tus padres?

—Los amaba con todo el alma, en especial a mi padre. Era un buen hombre y un gran padre —dijo Alicia después de suspirar.

—Siempre mueren los mejores —dijo la muchacha manifestando una madurez que sorprendió a Alicia.

—¿Por qué vinisteis a México?

—Yo nunca viajaba con mi padre y menos en esta época del año. Además México no es el mejor sitio para hacer turismo, pero mi padre no quería dejarme sola. Apenas hace un año que mi madre...

La chica se quedó en silencio y tragó saliva para contener las lágrimas.

—Pero no era un viaje oficial, ¿verdad?

—No, visitamos algunos restos arqueológicos en la costa maya. Después fuimos a Ciudad de México, creo que mi padre se entrevistó con algún experto en culturas antiguas americanas. Eso es todo lo que sé —dijo la muchacha.

—¿No escuchaste nada? —preguntó Alicia.

—La verdad es que no hacía mucho caso a las conversaciones de mi padre con los hombres con los que se entrevistó en México. Sé que buscaba unas tallas con inscripciones, también comentaron algo de barcos, expediciones y tesoros.

—¿Tesoros? —preguntó Alicia.

—Una leyenda sobre un tesoro, pero en América hay cientos de cuentos sobre tesoros —dijo Margaret—. ¿Ha leído *La isla del tesoro*?

—Sí, me encantó el libro.

—Pues al parecer el Caribe está repleto de tesoros ocultos por los piratas, puede que mi padre estuviera buscando uno de ellos —comentó la muchacha.

—¿Sabes si tu padre tenía enemigos?

—Enemigos no sé, adversarios muchos. Mi padre era un defensor a ultranza del presidente Wilson, muchos demócratas desconfían de él porque creen que al final el presidente nos embarcará en la guerra —dijo Margaret.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Vivo en Washington. Mis amigas son hijas de otros senadores y a veces el rechazo significa que te aparten a un lado. Algunas de mis amigas dejaron de hablarme por mandato de sus padres.

—Me sorprendes.

—Dicen que es el juego de la democracia, pero a mí me parece que lo único que quiere toda esa gente es hacerse rica, al menos eso es lo que siempre decía mi padre.

—¿Este año son las elecciones?

—Sí, señorita Alicia. El presidente Wilson se presenta a la reelección. Mi padre regresaba a Estados Unidos para ayudar al presidente con la campaña electoral.

—Entiendo. No debe ser fácil ser hija de un político. Siempre viajando y no pudiendo tener una vida normal.

—Ahora ya no tendré que hacerlo, pero le aseguro que lo haría mil veces si pudiera volver a tenerle conmigo —dijo la muchacha, comenzando a sollozar.

—¿Quién sabe? A lo mejor algún día lo vuelves a ver en el cielo —comentó Alicia.

—¿Usted cree?

La pregunta quedó en el aire. Alicia no estaba segura de la respuesta. Muchas veces habían hablado ella y Lincoln sobre ese tema, pero a ella le costaba creer en el más allá, aunque lo intentaba con todas sus fuerzas.

Capítulo 13

Washington, 31 de enero de 1916

—Hermano, ¿cree que esta vez daremos con ello? —preguntó el hombre al terminar la ceremonia.

—Estamos más cerca que nunca, pero la última palabra la tiene la Divina Providencia.

Lear, el gran maestro, se acercó a los dos hombres. Estos se estremecieron al ver que se dirigía a ellos.

—No tienen que hablar de ese tema, no olviden sus votos. Nuestra organización tiene casi mil años y ha sobrevivido todo este tiempo por la disciplina de sus miembros. Una vez nos traicionaron, fuimos demasiado confiados, pero eso no volverá a ocurrir.

—Perdone, gran maestro —dijo uno de los hombres.

—El perdón es una muestra de debilidad. Tenemos que ser implacables, y para ello hay que olvidarse de la misericordia. Cuando poseamos lo que nuestros antepasados perdieron, recuperaremos nuestro lugar en el mundo —afirmó Lear con la mirada fija en sus hermanos.

—Pero ¿cómo descubriremos la ubicación actual? ¿Cree que el senador lo sabe?

—Sí, por eso le hemos seguido hasta México y le robaremos sus secretos. Nadie se interpondrá en nuestro camino dijo con tono amenazante Lear.

—¿No es peligroso meterse con un senador?

—Muchos de los nuestros son congresistas, jueces y senadores. ¿Por qué iba a ser peligroso deshacerse de una manzana podrida? Una sola pieza podría contaminar a todo el resto.

Los dos hermanos se despidieron y Lear quedó solo en medio de la sala. Aquellos símbolos milenarios que cubrían el recinto de la logia eran tan antiguos

como el mundo. Llevaban siglos ocultos, viviendo en la clandestinidad, pero volverían a resurgir y su reino no tendría fin.

Capítulo 14

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

En el rostro de Jules Fauré se evidenciaban las horas sin dormir y el nerviosismo del que se sabe acusado, sin conocer muy bien de qué. El capitán lo había descrito correctamente. Moreno, con unos grandes ojos negros, la nariz aguileña y la expresión astuta y desconfiada. Su aspecto era claramente de Oriente Próximo, pero Enrique Costanzo Granados y Campiña había asegurado que era escocés.

—Señor Fauré, como le decíamos, estamos seguros de que usted mató al senador Phillips —dijo Lincoln.

—No sé de qué están hablando, ni siquiera conozco a ese senador. Soy un músico que viaja de gira. Partimos de Cádiz en dirección a La Habana y nuestro destino final es Washington y Nueva York —respondió el hombre en un tono de voz neutro.

—Eso ya lo sabemos. ¿Dónde se encontraba anoche a las nueve? —preguntó Lincoln.

—Estaba con un par de amigos. El señor Martínez y el señor Rialt, ellos pueden corroborar lo que digo —comentó el hombre.

—¿Qué hacían? —preguntó Lincoln.

—Habíamos comprado algo de ron en nuestra parada en Cuba y estábamos bebiendo algo antes de ir al comedor.

—¿Sabe que está prohibido consumir alcohol en el barco? —preguntó Lincoln.

—Sí, por eso lo hicimos a solas en nuestro camarote antes de ir a cenar —dijo el hombre.

—Pero cuando le buscaron en el camarote no estaba —dijo Lincoln.

—Después de la cena, a eso de las once, nos dimos un paseo. Queríamos caminar un poco antes de irnos a dormir, y después tomamos un café en el bar —se justificó el hombre.

Hércules observó atentamente al sospechoso intentando encontrar alguna muestra de nerviosismo o tensión en su rostro, pero fue inútil.

—¿Dónde aprendió a hablar español? —preguntó Hércules.

Por primera vez el hombre se sorprendió, como si aquella sencilla cuestión le hubiera turbado más que las otras.

—Soy escocés, pero he vivido muchos años en Barcelona.

—No tiene acento catalán. Cuando uno aprende un idioma es inevitable que adquiera ciertos vicios lingüísticos, pero su castellano es perfecto.

—También he vivido en Madrid y Valladolid —explicó el hombre.

—No tiene manos de músico. Sus dedos son fuertes y las manos demasiado grandes —dijo Hércules.

El hombre ocultó instintivamente las manos. Después comenzó a parpadear y se quedó en silencio.

—¿Qué instrumento toca? —preguntó Lincoln.

—El violonchelo —contestó el hombre.

—¿No lleva anillos? Me imagino que son incómodos para tocar —dijo Hércules.

—No tengo —comentó el hombre extendiendo las manos.

Hércules las observó detenidamente. En la mano derecha se notaba la marca de un anillo.

—¿Qué llevaba en esa mano? —preguntó Hércules.

El hombre se quedó en silencio, como si pensara la respuesta.

—Llevaba un anillo de compromiso, pero antes de emprender viaje rompí con mi prometida —explicó el sospechoso.

—Alguien nos contó que su anillo de compromiso era muy extraño. En él estaba escrita la leyenda: «Deus meumque jus».

—No entiendo —dijo el hombre frunciendo el ceño.

—«Dios y mi justicia» —tradujo Lincoln.

—¿Qué idioma es? ¿Latín? —preguntó el hombre.

—Usted sabrá, el anillo era suyo —dijo Hércules.

—Reconozco que llevaba un anillo con unas palabras escritas, me lo regaló mi novia, pero desconocía su significado. Cuando lo dejamos me lo quitó —dijo el hombre.

—¿Podemos verlo? —preguntó Lincoln.

—Antes de llegar a La Habana lo arrojé al mar —dijo el sospechoso.

Hércules cuchicheó algo al oído de Lincoln.

—Eso es todo. Puede irse —dijo Hércules.

El hombre sonrió. Tenía varias fundas de oro. Los dos investigadores se sorprendieron, pero no hicieron ningún comentario hasta que estuvieron solos.

—¿Se ha fijado en sus dientes? La costumbre de ponerse fundas de oro es oriental —dijo Hércules.

—Es curioso —comentó Lincoln.

—Además miente con respecto al anillo, pero no tenemos pruebas contra él —dijo Hércules.

—Podríamos retenerle hasta que lleguemos a Nueva Orleans —dijo Lincoln.

—No, es más práctico dejarle suelto y ver cómo actúa. Ahora será mejor que interroguemos a sus dos compañeros.

Durante el resto de la mañana hablaron con los dos compañeros de Fauré, con los marineros encargados de la cubierta superior e inferior, pero apenas obtuvieron

pruebas sólidas. La muerte del senador seguía siendo un misterio. Estaban a punto de dejar la investigación para almorzar cuando el capitán los alcanzó en dirección al comedor.

—Caballeros.

Los dos hombres se giraron a la vez.

—¿Se acuerdan que me pidieron que comprobara si el senador había guardado algo en la caja fuerte? Hemos tenido suerte. A su nombre registró un paquete. Si me acompañan, se lo enseño.

Hércules y Lincoln se dirigieron con el capitán hasta su despacho. Aquello podía ser la primera pista para descubrir al asesino y los secretos del senador Phillips.

Capítulo 15

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

Las dos estaban sentadas a la mesa, pero Hércules y Lincoln no aparecían por ninguna parte. La muchacha devoraba los platos, mientras que Alicia jugueteaba con el tenedor.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Margaret.

—No demasiada.

La mujer comenzaba a sentirse incomoda con la situación. El hecho de cuidar a la muchacha le impedía unirse a la investigación y la actitud de Hércules y Lincoln era de indiferencia, como si no les importara excluirla del caso. Aquello le había pasado en numerosas ocasiones, y aunque siempre se había revelado, ahora se sentía demasiado desanimada para hacerlo. Para colmo, Lincoln apenas le prestaba atención, justo ahora que se habían prometido y se dirigían a Europa para casarse. Durante el viaje por México se había imaginado muchas veces como sería el día de su boda, lo que se pondría, pero ahora la simple idea la ponía nerviosa.

Intentó animarse y decidió que a partir de ese momento, aunque tuviera que ir con Margaret, intentaría investigar por su cuenta.

—¿Has terminado? —preguntó Alicia a la muchacha.

—Sí —dijo limpiándose la cara con una servilleta.

—Quiero que salgamos un poco. Tengo que ver el sitio exacto en el que sucedió todo.

—Yo la acompañaré —dijo la muchacha.

—Tienes que ser fuerte. Los hombres creen que nosotras somos demasiado sentimentales y débiles para solucionar nuestros propios problemas, pero están equivocados. Las mujeres tenemos un sexto sentido para ciertas cosas, ya me entiendes. Vemos detalles que a ellos se les escapan. Será mejor que nos pongamos manos a la obra —dijo Alicia recuperando el ánimo.

—Prefiero ayudarte que seguir pensando en mi padre —dijo la muchacha.

Las dos abandonaron el salón y se dirigieron hacia la cubierta. Alguien salió detrás de ellas sin que se percatasen.

Capítulo 16

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

Cuando Hércules y Lincoln tuvieron en sus manos las cosas que el senador Phillips había depositado en la caja fuerte, experimentaron una extraña sensación de pudor, como si estuvieran descubriendo los secretos de la víctima. Guardaron todo en una bolsa y lo trasladaron a su camarote. Mientras Lincoln iba a buscar a Alicia, Hércules comenzó a leer el diario del senador.

Las primeras entradas del diario eran bastante rutinarias y hablaban de sesiones, comidas y reuniones en el Senado, pero la cosa cambiaba a partir de la página cincuenta.

La primera referencia importante era la compra de un libro en una librería de la capital federal. El libro era una biografía de James Oglethorpe. El tal Oglethorpe era un general británico que al parecer había fundado la colonia de Georgia, pero lo más curioso del personaje, según destacaba el diario, era que el general había tenido una vida de lo más asombrosa. Oglethorpe se había alistado muy joven en el ejército del príncipe Eugenio de Saboya y había luchado contra los turcos en la guerra de 1716. Allí debió iniciarse en la masonería y se integró en una logia. Tras su regreso a Inglaterra, propició la creación de una nueva colonia en América, entre Carolina del Sur y Florida, en la que pudieran refugiarse los protestantes perseguidos en Europa. Fundó la ciudad de Savannah.

El rey les entregó una autorización para fundar la colonia el 9 de junio de 1732. A la colonia comenzaron a llegar presos ingleses encarcelados por sus deudas, protestantes y un gran número de escoceses. La colonia permitía la llegada de personas de todas las religiones, por lo que un gran número de católicos ingleses y escoceses emigraron a Georgia.

Uno de los datos que el senador destacaba en el diario era la fundación de la Logia de Salomón n.º 1. Oglethorpe prohibió la esclavitud en su colonia. Al parecer, Oglethorpe regresó a Inglaterra justo en el momento que la rebelión jacobita tomaba cuerpo. Se le ordenó que se pusiera al frente de un ejército que partió para Escocia,

pero a pesar de derrotar a los jacobitas, se le acusó de dejarlos escapar. Cuando las colonias se rebelaron, el general estuvo del lado británico, pero no disimuló su admiración por los norteamericanos y su amistad con algunos de los padres fundadores.

El senador resaltaba el nombre dado a su logia: Salomón. También parecía darle importancia a los Estuardo y a la causa jacobita.

Al parecer, los colonos norteamericanos habían pedido a Carlos, el candidato al trono jacobita, que se convirtiera en rey de las colonias. En el diario había dos referencias: una a los «documentos Dartmouth», en los que se guardaba una copia de esta petición: al parecer, dicha carta se encontraba en Inglaterra; y la segunda referencia eran algunas cartas que se conservaban en la Biblioteca del Congreso en Washington. Oglethorpe miró el reloj: habían pasado dos horas y no había sacado mucho en claro. Oglethorpe había participado en una conspiración para restaurar a los Estuardo, pero algo había salido mal y el candidato se había quedado al margen.

Se asomó por el ojo de buey del camarote. El sol estaba ocultándose por el horizonte. Eran casi las nueve y no sabía nada de Lincoln y Alicia. Guardó el diario en el bolsillo y cogió la bolsa antes de dirigirse a cubierta. No podía fiarse de nadie. Justo cuando llegó al final del pasillo, un ruido fuerte le alertó. Algo sucedía en cubierta. Comenzó a correr y en un par de minutos estuvo fuera. Vio a dos figuras forcejear con un hombre. Sacó su revólver y se dirigió hacia el grupo.

—¡Alto! —gritó con la pistola en la mano. Los hombres se dieron la vuelta y pudo ver la cara de su víctima; era Lincoln, y tenía el rostro cubierto de sangre.

Capítulo 17

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

Alicia había examinado el lugar de los hechos y había llegado a la conclusión de que eran dos hombres los que habían agredido al senador. Phillips medía casi un metro noventa, se conservaba en forma y era difícil pillarle desprevenido. Además había sobrevivido al golpe y a la caída desde una cubierta a la otra, demostrando una gran fuerza física. Con respecto a lo que había escrito en el suelo, sin duda era una pista sobre lo que estaba investigando, no una acusación contra sus asesinos.

Margaret se mantuvo a su lado en silencio, con la mirada ida y una expresión de tristeza que le preocupaba.

—Será mejor que tomemos un poco de té antes de la cena —dijo Alicia para animar a la muchacha.

Esta asintió y las dos se dirigieron hacia uno de los salones.

—¿Sabes si tu padre se entrevistó con alguien concreto en México? —preguntó Alicia.

—Vio a varias personas, uno de los días fuimos a la universidad y vimos a un profesor muy conocido.

—¿Recuerdas su nombre?

—Emiliano...

—Emiliano —repitió Alicia.

—Díaz, creo, pero no estoy segura.

—Bueno, por lo menos es una pista. ¿Tú viste los objetos que traía? ¿Te hizo algún comentario sobre ellos? —preguntó Alicia.

—Traía dos o tres, pero a mí me chocó una figura pequeña, tallada en madera blanca, puede que fuera marfil —dijo Margaret.

—¿Marfil? ¡Qué extraño! ¿Cómo pudo conseguir una figura de marfil en un yacimiento precolombino? —dijo Alicia, extrañada.

—No lo sé.

—Describeme la figura —dijo Alicia.

—Parecía un caballero medieval, con su armadura y yelmo.

—¿Un caballero medieval? A lo mejor era la representación de un español. También llevaban armadura y casco —dijo Alicia.

—No sé mucho sobre esas cosas —dijo Margaret.

Llegaron al salón y pidieron dos tazas de té frío con limón. Aquella tarde el calor era agobiante, como si a medida que se acercaban a los Estados Unidos el ambiente

se volviera más denso y cargado.

—¿Te gustaría que te acompañáramos a Washington? —preguntó Alicia.

—¿Harían eso por mí? —dijo Margaret, emocionada.

—Claro.

La chica se abrazó a Alicia. La sola idea de regresar a casa le horrorizaba. Nadie la esperaba, y eso le causaba una gran desazón.

Capítulo 18

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

Lincoln forcejeó con uno de los asaltantes, mientras que el otro se lanzaba hacia Hércules. Llevaba un cuchillo en la mano. El español le apuntó, pero al final decidió no disparar; necesitaba atrapar a esos dos tipos vivos.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Hércules sujetó la mano del asaltante mientras este intentaba hincarle el cuchillo en plena cara. Logró girar y puso al asaltante debajo de él. Observó los ojos negros del hombre y su expresión de odio.

Lincoln se mantenía contra la barandilla, con medio cuerpo fuera. El otro hombre le empujaba, amenazándole con otro cuchillo. Al final, el norteamericano dio un quiebro, desestabilizó a su atacante y este cayó por la barandilla a la otra cubierta. El cuchillo retumbó en el suelo y Lincoln se lanzó a por él.

Hércules volvió a caer con la espalda contra el suelo. El individuo cada vez tenía el cuchillo más cerca de su ojo. En ese momento notó como Lincoln se aproximaba y golpeaba con la empuñadura del cuchillo la cabeza del hombre, que se derrumbó inconsciente sobre su amigo.

—Gracias a Dios —dijo Hércules.

—Veo que ya no está en forma —dijo Lincoln.

—Este individuo era fuerte como un oso —dijo poniéndose en pie y examinando al asaltante.

—No se crea que el mío era un enclenque —bromeó Lincoln.

Hércules tomó el cuchillo y lo examinó intrigado.

—¡Qué curioso! Mire el mango.

Los dos hombres observaron el cuchillo. El mango tenía forma de cruz y portaba varias letras: X X X 111.

—¿Qué significará? —preguntó Lincoln.

—Creo que él podrá decírnoslo —dijo Hércules señalando al asaltante.

Lo cogieron entre los dos y lo llevaron hasta el camarote, Lincoln le ató las manos y los pies a una silla y esperaron a que volviera en sí. Después Lincoln avisó al capitán para que recogieran el cuerpo del otro hombre. Se llevó todos sus objetos personales y los examinaron con cuidado.

Los dos hombres tenían pasaporte británico. Provenían de una región de Escocia. Llevaban unas cuantas libras y dólares, nada que les diera una pista de con quién trataban.

Media hora más tarde el hombre empezó a despejarse. Hércules se acercó a él y le

levantó la cara.

—Me temo que esta vez no han logrado su objetivo —dijo Hércules al hombre.

Este le miró desafiante, pero se mantuvo en silencio.

—¿Qué querían de nosotros? ¿Por qué mataron al senador?

Ni una palabra.

—Veo que no va a colaborar. Las autoridades norteamericanas no serán tan comprensivas —dijo Hércules.

Lincoln se aproximó al hombre.

—Usted y su amigo son escoceses. ¿Qué hacen dos escoceses en el barco? ¿Adónde se dirigían? —preguntó el norteamericano.

—Me temo que tendremos que usar un método más eficaz —dijo Hércules sacando el cuchillo.

El hombre se apartó algo asustado. Hércules apretó el cuchillo contra el pecho del prisionero y comenzó a rasgar la camisa y después los pantalones hasta que este quedó en cueros. No parecía tener ninguna marca, pensó mientras lo examinaba, pero de repente observó la cara de sorpresa de su amigo.

—Mire esto —dijo Lincoln señalando la espalda. Hércules se giró y observó la parte de atrás. Un gran tatuaje ocupaba casi toda la espalda y se extendía por los hombros.

—¡Cielo santo! —dijo Lincoln al comprender el símbolo que llevaba dibujado el asaltante.

Capítulo 19

Salt Lake City, 31 de enero de 1916

El tren se detuvo en la capital del mormonismo, pero Jack London no bajó a la estación. Se entretuvo caminando por el largo pasillo y observando a los pasajeros en sus compartimentos. La mayoría eran hombres solteros, pero también había algunas familias y unas pocas mujeres solitarias. Aquel país seguía siendo un lugar demasiado duro para el sexo débil.

Se dirigió al bar y pidió un trago. En las últimas horas, su cabeza no había dejado de dar vueltas y necesitaba un poco de la poción mágica para relajar la mente. Hacía años que apenas bebía. Sus achaques no se lo permitían, pero ahora que estaba tan cerca de la muerte, no podía hacerle mucho pial.

Recordó cómo conoció a Lovecraft por medio de la UAPA^[1]. Hacía ya dos años de eso, y al principio lo había tomado como una distracción; las cartas del joven Lovecraft, interminables y recargadas, le parecían las de un demente obsesivo. Hablaba de temas extravagantes, de demonios, monstruos y conspiraciones, pero en los últimos meses, él mismo había experimentado extrañas presencias, en especial al investigar aquellas malditas inscripciones y estelas. Ahora no podía negar que algo oscuro se cernía sobre el mundo. Algo que no podía explicar, pero que le daba miedo.

Apuró la copa y se dirigió hacia su compartimento. Gracias a Dios no tenía compañeros de viaje, lo había alquilado completo para no aguantar los ronquidos de nadie.

Al llegar a la puerta percibió algo, como si alguien le esperara al otro lado. Abrió la puerta de un tirón, pero el oscuro y silencioso compartimento estaba vacío. Un escalofrío recorrió su espalda y entró temeroso, como si hubiera visto un fantasma. Encendió la luz y esperó a calmarse un poco.

Cuando el tren se puso en marcha miró por la ventanilla. Las luces de la ciudad brillaban en el cristal. Quedaban varios días para llegar a su destino y tenía que tranquilizarse, pensó mientras cerraba por un momento los ojos. Cuando volvió a abrirlos, observó de reojo una cara monstruosa reflejada en el cristal. Rápidamente se dio la vuelta, pero no había nadie. Se aproximó al cristal y con las manos intentó mirar afuera, la oscuridad más absoluta lo cubría todo. Sintió que le temblaba todo el cuerpo e instintivamente se metió la mano en el bolsillo. Llevaba un pequeño crucifijo que le habían regalado en uno de sus viajes a Sudamérica. El contacto con la madera le relajó de repente y, cerrando los ojos, intentó dormir un poco.

Capítulo 20

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

El tatuaje representaba una cabeza de demonio con dos inmensos ojos de fuego, debajo dos columnas y en la base la frase latina *Deus meumque jus*. Hércules y Lincoln se miraron sorprendidos. El español, que había sido marinero muchos años, nunca había contemplado un tatuaje así. Lincoln tampoco había visto uno igual en todos sus años como agente de la ley.

—Tiene la misma frase que la del anillo del músico —dijo Lincoln.

El prisionero les sonrió malévolamente y Lincoln sintió un escalofrío.

—Queda poco, llevamos siglos esperando este momento, pero la hora se aproxima, nuestro tiempo ha llegado. Cuando recuperemos «el dedo de Dios» todo será nuestro.

Hércules acercó su cara a la del hombre.

—No me das miedo. La gente como tú vive del temor de los demás, pero a mí no me das miedo.

El individuo enseñó sus fundas de oro y comenzó a hablar en un idioma extraño. No supieron interpretar sus palabras, pero sin duda se trataba de algún tipo de ritual. Simultáneamente ambos empezaron a sentir que la cabeza les daba vueltas, como si estuvieran en un tiovivo.

—Lincoln, tápese los oídos.

El prisionero siguió hablando en voz alta, hasta que Hércules le dio con un objeto en la cabeza y el hombre perdió la consciencia.

—¿Qué era eso? —preguntó Lincoln asustado.

—En algunas culturas tiene la capacidad de hipnotizar a otros. ¿Nunca ha visto un espectáculo de hipnotismo? —dijo Hércules.

—Usted sabe que no me gustan ese tipo de cosas, pero por un momento pensé que estaba endemoniado. Ya sabe que mi padre ha sido pastor protestante la mayor parte de su vida, en la iglesia en la que me crie pude observar fenómenos como este.

—¿Posesión diabólica? Eso es absurdo, la mente humana es capaz de muchas sugerencias. Este tipo estaba intentando jugar con nuestra mente.

Los dos hombres se quedaron en silencio observando la espalda del prisionero. Junto a las dos columnas y la frase descubrieron una pequeña cruz.

—Esa es la cruz templaría —dijo Hércules señalando la espalda.

—No lo sé, ya sabe que la historia no es mi especialidad.

—El hombre habló del dedo de Dios. ¿A qué se referiría? —dijo en voz alta.

Después escucharon golpes en la puerta, se sobresaltaron y Hércules abrió.
Alicia parecía fatigada y asustada, como si hubiera visto un espectro.

Capítulo 21

Washington, 31 de enero de 1916

El coche corría a gran velocidad por las avenidas de la ciudad. Desde la muerte del presidente McKinley todos sus sucesores habían extremado la seguridad. Nunca salían sin escolta, ya no paseaban por la ciudad y un cuerpo especial de policía examinaba los lugares en los que iba a intervenir el presidente. Aquello era una de las incomodidades del cargo, pero tenía también alguna ventaja. El presidente gozaba de una sensación de seguridad y protección de la que no podía presumir ningún otro ser en el mundo.

Wilson observó el paisaje nevado y suspiró dentro del coche. Las noticias que llegaban de Europa no eran buenas. Cada vez se alejaba más la posibilidad de una paz negociada. Nadie quería una guerra en la que no hubiera un vencedor indiscutible. El káiser y su primer ministro se jugaban su prestigio, y el emperador de Austria necesitaba una victoria para mantener cohesionados sus territorios; los rusos estaban al borde del colapso y solo una victoria podía contentar al pueblo. El caso de los franceses era más complejo, deseaban la revancha después de la guerra franco-alemana del siglo XIX, y los británicos pretendían seguir siendo los guardianes del mundo.

—Se espera una gran ofensiva contra Francia —dijo el jefe de los servicios secretos.

—Tendremos que informar cuanto antes al Estado Mayor francés —dijo el presidente.

—Lo hemos hecho, pero no se toman nuestra información en serio. Afirman que es imposible que la ofensiva sea por una zona tan bien protegida como Verdún. Allí los franceses han vencido a numerosos ejércitos a lo largo de la historia —dijo el jefe de los servicios secretos.

—Esos franceses son tozudos como mulas —se quejó el presidente.

—La guerra consiste en eso, señor presidente. Hombres tozudos que no dan su brazo a torcer.

El presidente miró el reloj y observó el edificio del Congreso. La peor pesadilla del ocupante de la Casa Blanca era no contar con mayoría parlamentaria en el Congreso ni en el Senado. Esperaba que, después de revalidarse su mandato, la actitud de muchos de los congresistas cambiara.

El coche paró justo delante de las escalinatas. Un hombre le abrió la puerta y el presidente subió los peldaños con la mente en otro sitio. Necesitaba el apoyo de los

congresistas para preparar una futura guerra, pero no sabía cómo iba a convencerles.

Capítulo 22

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

Alicia respiró hondo, pero no logró tranquilizarse. Lincoln le ofreció un vaso de agua y ella lo bebió con avidez.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lincoln.

La mujer los miró con sus grandes ojos verdes enrojecidos por las lágrimas. Tenía el pelo enmarañado y los mechones pelirrojos le cubrían en parte la cara, como si hubiera estado forcejeando. Después se aflojó algo el corpiño y se sentó en una silla.

—Margaret —logró susurrar.

—¿Qué le ha pasado a Margaret? —preguntó Lincoln nervioso.

—La han secuestrado.

—¿Qué? —preguntó Hércules.

Alicia comenzó a llorar de nuevo. Su cuerpo temblaba. Lincoln agarró sus manos heladas e intentó calmarla.

—No puede estar muy lejos. Esto es un barco —dijo Hércules.

—Vi como la bajaban hasta una de las barcas salvavidas. No pude hacer nada —dijo la mujer entre sollozos.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Hércules impaciente.

—Estábamos comprobando las dos cubiertas en las que atacaron al senador y de repente unos hombres se abalanzaron sobre nosotras. Eran muy altos y fuertes. Uno de ellos logró meter a Margaret en la barca. El otro me agarraba a mí, pero logré zafarme y vine corriendo. Cuando vieron que varios marineros se dirigían hacia ellos, bajaron la barca y se alejaron.

—¿Los marineros no intentaron seguirles? —preguntó Hércules.

—En un primer momento creí que era eso lo que harían, pero se limitaron a gritarles desde la cubierta —dijo Alicia.

—Estamos muy cerca de Nueva Orleans. No les costará mucho llegar a la costa —dijo Lincoln.

—Creo que estará segura mientras conservemos los papeles y los objetos de su padre —dijo Hércules.

—Ahora nuestra investigación es más urgente que nunca —dijo Lincoln.

Hércules tomó un vaso de agua y lo lanzó contra el prisionero.

—Se acabó tu tiempo, vas a hablar ahora mismo —le advirtió mientras le tomaba de la cara con fuerza.

Capítulo 23

Nueva York, 31 de enero de 1916

La Orden Negra era una de los grupos secretos que pertenecían a la Orden de Orange. La sección americana se había fundado hacía más de cincuenta años y desde entonces se habían unido en la misma misión que sus hermanos británicos, luchar contra los intentos católicos de influir en la política del Reino Unido y los Estados Unidos. En los últimos años no habían tenido mucha actividad. Las leyes en el país hacía décadas que reconocían a los católicos como ciudadanos de pleno derecho y la orden se había convertido en una confraternidad de viejos camaradas que se reunían para fumar, tomar cerveza y hablar de política. La Orden Negra tenía una misión muy diferente. Constituía un *lobby* dentro del Congreso y en el mundo financiero. Su poder era tan grande que los últimos cinco presidentes debían mucho a la orden por el dinero y el apoyo recibidos en las elecciones.

—Caballeros, nos reunimos esta noche con la preocupación de que de nuevo nuestros enemigos están buscando el instrumento que les ayudará a renacer de sus cenizas. Cada vez que los hemos perseguido, ellos han vuelto a resurgir, pero esperamos que esta vez sea la definitiva —dijo el gran maestro.

—Pero ¿cómo es posible? Los habíamos erradicado de Norteamérica —dijo uno de los caballeros.

—Han enviado nuevos adeptos desde Escocia y algunos norteamericanos se han vuelto a unir a ellos. Estamos seguros de que algo traman, pero nos hemos preparado para combatirlos —dijo el gran maestro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó otro de los caballeros.

—Enviaremos a varios de nuestros hombres para que los sigan, cuando sepamos dónde esconden el instrumento que llevan buscando hace siglos nos haremos con él y lo destruiremos —dijo el gran maestro de la Orden Negra.

El grupo de doce hombres asintió con la cabeza. La mayoría pertenecía a familias holandesas, escocesas e irlandesas que llevaban más de cien años en los Estados Unidos. Se consideraban los protectores de la democracia y la libertad. Ninguno de ellos dudaría en matar para preservar sus creencias y tradiciones.

Capítulo 24

Mar Caribe, 31 de enero de 1916

La cara del prisionero reflejó por primera vez temor. Hércules estaba muy enfadado, aquel tipo le había llevado al límite de su paciencia. Le tomó de los brazos y le levantó con ímpetu hasta que este hizo una mueca de dolor. Después lo soltó con fuerza y cayó al suelo. Entonces comenzó a darle patadas. Lincoln le sujetó por el brazo y le detuvo.

—No, Hércules, déjeme a mí.

El norteamericano llevó al prisionero hasta el baño, llenó la bañera de agua fría y lo introdujo en ella. Después le sumergió la cabeza durante unos segundos. El hombre luchó por salir, pero Lincoln apretó con más fuerza, después le sacó la cabeza y el prisionero dio una fuerte bocanada de aire.

—Ahora me vas a decir a qué grupo perteneces.

No hubo respuesta y tuvo que volver a sumergirle. A la cuarta, el prisionero se mostraba más colaborador.

—Somos *Pauperes commilitones Christi Templique Solomonici* —dijo en latín.

—¿Qué? —preguntó Lincoln asombrado.

Alicia, que permanecía fuera del baño entró para escuchar al prisionero.

—¿Sois templarios? —preguntó Hércules.

—Los templarios se extinguieron en el siglo XIV —dijo Alicia.

—Nos estás mintiendo —dijo Lincoln volviendo a sumergir al prisionero.

El hombre salió del agua aturdido y temblando por el frío.

—Es cierto, somos caballeros templarios. La orden sigue existiendo —explicó el hombre.

—¿Por qué matasteis al senador? —preguntó Hércules.

—No queríamos matarle, pero luchó contra nosotros y cayó al vacío. Tenía algo que nos pertenece, algo que nuestros hermanos trajeron a esta tierra hace siglos —dijo el hombre.

—¿Adónde han llevado a la chica? —preguntó Alicia.

—No lo sé, imagino que a la casa de la orden —dijo el hombre.

—¿Dónde está? —preguntó Lincoln.

—En Washington, pero no puedo decirles nada más. He jurado morir antes que revelar los secretos de mis hermanos.

Lincoln, furioso, volvió a sumergir al hombre y este comenzó a ahogarse. Alicia le tiró del brazo para que le sacara.

—Basta ya, Lincoln.

—Lo siento, Alicia, pero la vida de Margaret depende de lo que él nos quiera contar.

El hombre salió del agua agitando los brazos. Después se tranquilizó un poco. Lincoln lo soltó unos instantes, pero fue suficiente para que sacara de algún sitio un cuchillo y se rebanara el pescuezo de un solo tajo. La sangre empezó a manar con mucha fuerza y a teñir el agua de rojo. Lincoln intentó tapar la herida, pero el líquido elemento se le escurría por las manos. Alicia tomó una toalla y se la colocó en el cuello, pero ya era demasiado tarde.

Hércules miró la escena con cierta indiferencia. Sabía hasta qué punto podía llegar el fanatismo humano. Después apartó a Alicia y le dijo a Lincoln que dejara al cadáver.

Los tres salieron del baño y Hércules les ofreció una toalla para que se limpiaran la sangre.

—Me temo que esta vez nos enfrentamos a la peor de nuestras pesadillas —dijo Hércules.

—Caballeros templarios. Nunca lo habría imaginado, creía que eran una leyenda —dijo Lincoln.

—No son una leyenda, en España he podido visitar varios templos construidos por ellos. En una época fueron la orden más poderosa de la cristiandad. Lo que no entiendo es qué hacen en América y por qué actúan así —dijo Alicia.

—Sin duda buscan algo importante para ellos y no ahorrarán medios hasta conseguirlo —dijo Hércules.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó Lincoln.

—Tenemos que salvar a Margaret —dijo Alicia.

—No te preocupes, Alicia, no nos iremos de Estados Unidos hasta que la hayamos encontrado —dijo Lincoln abrazando a la mujer. Alicia comenzó a llorar, no quería pensar en el miedo que debía de tener la chica. Ya había pasado por la muerte de su padre y su madre, ahora estaba rodeada de gente peligrosa, dispuesta a cualquier cosa para conseguir sus propósitos.

Capítulo 25

Nueva Orleans, 1 de febrero de 1916

El barco atracó en el puerto y los pasajeros comenzaron a abandonarlo. Las autoridades norteamericanas habían ordenado su desalojo, para registrarlo e investigar las muertes de varios pasajeros. Los temores del capitán se habían cumplido. La policía pidió a Hércules y a sus amigos que permanecieran en el barco para interrogarlos.

Después de varias horas de espera, el inspector jefe se dirigió al salón en el que esperaban y se presentó.

—Mi nombre es Pierre Lemoyne —dijo el inspector saludando a los tres testigos.

—Esperar aquí es una pérdida de tiempo. Mientras nosotros charlamos, los asesinos están escapando hacia Washington —dijo Hércules.

—Permítame que sea yo el que juzgue eso —dijo el inspector.

—Disculpe a mi amigo —dijo Lincoln—. George Lincoln, exagente de la policía metropolitana de Nueva York.

—Encantado —dijo el inspector.

—Alicia Mantorella, la prometida de George Lincoln —se presentó la mujer—. Él es Hércules Guzmán Fox.

—El señor Guzmán Fox. Sus hazañas son ya famosas en todo el mundo.

—Me temo que la culpa la tiene mi fiel amigo Lincoln. A mí no me gusta la propaganda de ningún tipo —dijo Hércules muy serio.

—Bueno, será mejor que nos centremos en los hechos. El senador Phillips fue asesinado la noche del 30 de enero. Al parecer fue golpeado por un objeto contundente y arrojado a la cubierta inferior. A su lado encontraron una inscripción. ¿Es cierto? —preguntó el inspector.

—Sí —contestó Lincoln.

—El significado grosso modo es «Dios y mi derecho» —dijo el inspector.

—Exacto —comentó Alicia.

—Creo que esa frase es la que utilizan los masones del rito escocés en su escudo —dijo el inspector—, pero estamos investigando.

—¿Los masones? El testigo nos comentó que pertenecía a la antigua orden de los caballeros templarios —dijo Lincoln.

—¡Qué extraño! —comentó el inspector.

—Continuemos, por favor —dijo Hércules perdiendo la paciencia.

El inspector clavó sus pequeños ojos azules en él a través de las lentes redondas.

Su cara, pálida y delgada, mostró un gesto de disgusto.

—Interrogaron a un sospechoso, un músico escocés que llevaba un anillo con la misma leyenda que la que el difunto senador grabó en el suelo —dijo el inspector.

—¿Dónde está el músico? —preguntó Hércules.

—Le dejamos desembarcar con el resto del pasaje. No teníamos pruebas para detenerle —dijo el inspector.

—¿Le han dejado marchar? Es inadmisibile —dijo Hércules, enfadado.

—Aquí nos regimos por la ley y no podemos detener a nadie sin pruebas. Ustedes interrogaron a uno de los hombres que les atacaron y mataron a otro. Al parecer una de las muertes fue en defensa propia, pero no tenemos claro cómo murió el segundo individuo. ¿Qué pasó en el cuarto de baño?

—Ya lo hemos explicado en la declaración. Interrogamos al prisionero y en un descuido sacó un cuchillo y se rebanó el pescuezo —dijo Lincoln.

—No entiendo bien los hechos. ¿Qué hacía en una bañera llena de agua? ¿Por qué iba a suicidarse de esa manera?

—Le metimos en el agua para hacerle hablar —dijo Hércules.

—¿Le torturaron? La tortura es ilegal en este país —preguntó el inspector.

—No le torturamos. Simplemente le amenazamos. He sido policía diez años y no...

—No sé cómo hacen las cosas en Nueva York, pero en mi ciudad la tortura es un delito. Tendrán que permanecer en el barco hasta que se aclare todo el asunto. Además deben entregarme los objetos del senador —dijo el inspector.

Alicia miró a Hércules. El español dio un paso hasta el inspector al que le sacaba más de una cabeza. Después le miró fijamente y le dijo:

—No puede retenernos. ¿De qué se nos acusa?

—Hasta que no entreguen los objetos y se aclare lo que sucedió con el pasajero muerto, de obstrucción a la justicia, ocultación de pruebas y tortura —dijo el inspector muy serio.

—¿Sabe lo que le digo...? —comenzó a decir Hércules.

—Está bien —dijo Lincoln interponiéndose—, déjenos para que lo pensemos.

—Tienen dos horas para darnos las pruebas. Después, registraremos el barco y serán detenidos, para que pasen a disposición del juez.

El inspector dejó el salón y los tres amigos permanecieron en silencio, hasta que Hércules estalló indignado.

—¡Es increíble! Dejan escapar a uno de los sospechosos y nos retienen a nosotros.

—Cálmese, la policía tiene sus propios métodos —dijo Lincoln.

—Pero Margaret necesita nuestra ayuda —comentó Alicia.

—Creo que esos malditos policías van a desaprovechar las pruebas, la burocracia

es demasiado lenta. Tendremos que actuar por nuestra cuenta —dijo Hércules.

—¿Qué propone? —preguntó Lincoln asustado.

—¿No pone en su Biblia que hay que ser mansos como palomas, pero astutos como serpientes? —dijo Hércules—. Pues seremos astutos como serpientes.

Capítulo 26

Washington, 1 de febrero 1916

—¡Es inadmisibile! Soy el presidente de los Estados Unidos —dijo Wilson golpeando la mesa.

—Eso no importa. Si el Congreso no aprueba el envío de más armas, no podemos hacerlo —dijo el secretario Robert Lansing.

—Robert, no podemos dejar solos a nuestros hermanos ingleses —dijo el presidente.

Robert le miró con sus grandes ojos y se tocó el bigote canoso.

—Ya sabe que abogo por una neutralidad benevolente. Desde el hundimiento del *Lusitania* hemos enviado tres advertencias a los alemanes, pero seguimos sin estar preparados para intervenir en una guerra a gran escala. El país ha tenido una política aislacionista y nuestro ejército sólo puede sofocar pequeñas guerras en Centroamérica, pero Alemania, Austria y Turquía son tres países fuertemente armados. Además la opinión pública no es partidaria.

—Todo eso lo sé, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados —dijo el presidente.

—Naturalmente, para este tipo de cosas es para las que he creado el DSS. Podemos destinar parte de los fondos del Servicio de Seguridad Diplomática para apoyar el envío de armas. El Congreso no puede meterse en las actividades de una agencia de seguridad secreta —dijo el secretario.

—Eso es estupendo. Por cierto, ¿cómo van las investigaciones? Me temo que los alemanes están ampliando su red de informadores ante una posible declaración de guerra.

—Los tenemos controlados, no se preocupe.

—Perfecto. Esperemos que antes de un año podamos apoyar abiertamente a nuestros amigos. Esta guerra se está alargando demasiado. Hay millones de muertos y Europa está devastada. Nosotros tenemos el deber de guardar a Occidente —dijo Wilson.

Cuando el secretario abandonó el despacho, Wilson se aproximó a la ventana. Se sentía solo, aquella casa podía ser muy fría y grande para un viudo, aunque su nueva mujer intentaba llenar ese vacío. Cada vez estaba más convencido de que únicamente volviéndose a ilusionar recuperaría el equilibrio que le faltaba. Suspiró y regresó a la mesa, un gran número de asuntos le esperaban. Un presidente no tenía derecho a pensar en sí mismo, Wilson estaba casado con el pueblo norteamericano.

Capítulo 27

Nueva Orleans, 1 de febrero de 1916

Decidieron sacrificar todo su equipaje, ya encontraría alguna manera de recuperarlo. Lincoln logró encontrar un traje de camarero, Alicia uno de cocinera y Hércules, de marinero. Para no levantar sospechas tenían que salir del barco a intervalos de media hora. Primero lo haría Alicia, al ser mujer sería la que menos sospechas levantara, después Lincoln y por último Hércules.

La mujer llevaba ocultos en su amplio traje los diarios y las figuras del senador, el vestido pesaba mucho y caminaba con dificultad. Cuando pasó delante del policía le sonrió y siguió su camino. La pasarela era muy larga y al final había otros dos policías.

—Señorita, ¿adónde se dirige? —preguntó uno de los policías.

—No le entiendo bien —dijo Alicia exagerando un acento cubano.

—¿No es norteamericana? —preguntó el policía.

—No, soy cubana.

—Parece norteamericana, con pelo pelirrojo y las pecas —dijo el policía.

—En Cuba también hay pelirrojos —dijo Alicia sonriendo.

—Pase —dijo el policía.

Alicia esperó en uno de los cafés del puerto a que Lincoln intentara bajar del barco. En caso de que tuvieran que huir por separado, habían acordado reunirse en Mobile, una de las ciudades de la costa.

Lincoln salió sin problema del barco, pero todavía quedaba Hércules.

El español descendió del barco decidido. Pasó el primer control, pero los policías del segundo control le frenaron.

—¿Adónde va?

—A beber algo, llevo varias semanas sin bajar de este cascarón.

—Los marineros no pueden beber alcohol en la ciudad —dijo uno de los policías.

—Está bien, pues beberé limonada —bromeó Hércules.

—Por favor, ¿puede darme su documentación?

—Está en mi camarote, no pensé que para tomar una copa tuviera que traer mis papeles.

—Será mejor que regrese con uno de nosotros al barco y nos enseñe sus papeles —dijo uno de los policías.

—Naturalmente —dijo Hércules dando media vuelta, pero cuando uno de los policías comenzó a seguirle le empujó con fuerza y este rodó hasta caer sobre su

compañero. Hércules saltó sobre ellos y comenzó a correr. Los dos policías se levantaron y comenzaron a perseguirle.

Lincoln y Alicia observaron la escena desde el café. Se levantaron y se dirigieron rápidamente a la calle. Tenían que buscar un transporte para dirigirse a Mobile. El tiempo apremiaba y estaban seguros de que Hércules sabría llegar por sus propios medios a la ciudad.

Capítulo 28

Colorado Springs, 1 de febrero de 1916

Las últimas veinticuatro horas había dormido mucho. Apenas se había levantado para ir al vagón restaurante o para fumar un cigarro que le calmara los nervios. Sin duda el largo viaje le estaba comenzando a afectar.

Miró por la ventana el paisaje de Colorado, una tierra montañosa y fría a medio camino de su destino. Hacía muchos años había recorrido aquel largo camino en unas condiciones pésimas, pero lo recordaba con nostalgia. Las únicas heridas de las que nunca se había curado totalmente eran no haber conocido a su verdadero padre y no haber podido licenciarse en la universidad.

Apenas había logrado terminar el primer curso en la universidad de California, estudiar era un lujo que no se podía permitir. Su experiencia con los buscadores de oro le enseñaría que la vida era profundamente injusta, una especie de ruleta en la que las enfermedades, la riqueza o la pobreza podían salir en cada apuesta.

Extrajo el libro que quería enseñar a la persona con la que iba reunirse. Era un viejo volumen impreso en Providence a poco de fundarse la colonia. El extraño libro hablaba de un misterioso viaje y de algo oculto en las entrañas de la joven América. También mencionaba la masonería y los difíciles años de los primeros colonos en una tierra extraña.

Jack comenzó a hojear el libro y una vez más se sintió confundido al comprobar que aquel estilo directo y claro, el lenguaje sencillo casi de diario, contrastaba con las fabulosas cosas que se narraban, como si el autor se hubiera vuelto loco.

Poco a poco la lectura comenzó a absorberlo, había leído el libro más de veinte veces desde que lo encontrara en la vieja biblioteca abandonada de un amigo muerto de Nueva York. La viuda insistía en que se llevara todo lo que quisiera. El joven escritor había muerto de manera violenta y todo apuntaba a un suicidio, aunque la policía nunca lo había esclarecido. Después descubrió que todos los poseedores del libro habían muerto de manera extraña. Dos ahorcamientos, un atropello, tres caídas, un ahogamiento, dos asesinatos y un suicidio eran el terrible balance de ese libro maldito.

Jack comenzó a sudar cuando la historia se centró en el ocultamiento del secreto y lo que sucedió a continuación.

Capítulo 29

Maryland, año de gracia de 1737

Tras la muerte de varios hombres, todos comenzábamos a preguntarnos si estábamos cumpliendo la voluntad de nuestro Señor. Habíamos sido los guardianes de aquel tesoro durante casi setecientos años, pero cada vez se encontraba más lejos de la tierra a la que pertenecía, ya que tras la batalla de Glen Shiel el gran maestre tuvo que sacar todo el tesoro de su escondite y transportarlo de un lugar para otro; ahora que la causa jacobita estaba perdida, lo más adecuado era alejarlo de los Orange.

El gran maestre eligió a *sir* James MacLean para que llevara el tesoro al Nuevo Continente, los gastos habían corrido a cargo del hermano Dominic O'Hegerty, un acaudalado armador. El barco estaba tripulado por treinta caballeros de los que ahora apenas quedamos quince. Los malos presagios comenzaron desde la misma partida del barco del puerto de Aberdeen. En la carga del puerto uno de nuestros hermanos quedó aplastado al desprenderse una de las inmensas cajas que guardan nuestros secretos. Ningún marinero quiso llevar el barco y nosotros mismos nos echamos a la mar.

Tras un largo viaje de quince días y tras sufrir varias tormentas que estuvieron a punto de destruir la nave, llegamos a las costas de Maryland, aunque nuestra intención era ir más al norte. Cuando nuestro barco divisó tierra, el número de hermanos con vida era de veinte.

El desembarco fue otro de los momentos en los que la ira de Dios se vio más claramente, cuando uno de nuestros hermanos murió al intentar que una de las cajas más valiosas no cayera a tierra y un misterioso haz de luz lo abrasó vivo.

El temor ha invadido nuestros corazones. La nieve cubre esta tierra inhóspita y medio deshabitada de interminables bosques. Avanzamos con trineos y a nuestro paso los animales del bosque, osos, lobos y todo tipo de ciervos y aves, se ponen a los lados del camino y nos observan, como si la naturaleza reconociera lo que llevamos oculto en cajas.

Por las noches no dejan de escucharse los aullidos, los gritos inexplicables y la inmensa oscuridad sin luna ni estrellas.

Llevamos tres días de camino y otros cinco hombres han muerto. Dos devorados por los lobos, dos ahogados en un río y otro simplemente ha desaparecido. No sé si alguno de nosotros regresará con vida.

Capítulo 30

Mobile, 2 de febrero de 1916

Los tres amigos consiguieron reunirse en la ciudad. La policía había perseguido a Hércules algunas manzanas, pero enseguida este les había logrado dar esquinazo. Sopesaron todas las posibilidades, viajar por el interior o hacerlo en barco, pero las comunicaciones internas del país todavía dejaban mucho que desear. Trasladarse en autobús podía demorar el viaje más de una semana, mientras que en barco tardarían no más de tres días en llegar a Annapolis.

No querían llamar la atención, por lo que alquilaron un pequeño barco con una tripulación de tres hombres. El viejo capitán Chile era un irlandés de barba blanca, con una pipa perenne en los labios y que en su juventud había pescado gambas en las costas de Florida. Ahora se encargaba de transportar a personas y mercancías desde Nueva Orleans a Savannah, pero en este caso, cobrando una importante cantidad de dinero, haría una excepción y les llevaría hasta el norte.

Hércules comentó a sus amigos que aquel largo viaje por lo menos les serviría para poner en orden sus ideas y saber dónde se estaban metiendo.

—Una cosa está clara —dijo Hércules—. Nos enfrentamos a algún tipo de logia masónica.

—Sí, una logia masónica que sigue el rito escocés y que tiene simbología templaria —apuntó Alicia.

—Ya saben que en Estados Unidos la masonería es algo muy aceptado. La mayor parte de la población pertenece a algún tipo de logia. Varios de nuestros presidentes han sido abiertamente masones —dijo Lincoln.

—En Cuba la masonería también es algo público y aceptado —dijo Alicia.

—En cambio en España está prohibida en parte —comentó Hércules.

—Esa logia escocesa busca algún tipo de reliquia, será mejor que comprobemos qué encontró el senador —dijo Lincoln.

Hércules extrajo de la bolsa tres objetos. El primero era una especie de cruz templaria de piedra. No tenía ninguna inscripción ni nada que les pudiera dar una pista sobre de qué se trataba. El segundo objeto era un caballero templario tallado en marfil. El caballero estaba vestido con armadura, portaba un escudo con una inscripción: «Well of souls». El tercer objeto era un animal, parecía una oveja, hecha de oro.

—Me parecen objetos muy comunes sin aparente relación entre ellos —dijo Lincoln.

—Sin duda lo son, la mayoría de los restos que encuentra la arqueología son utensilios de la vida cotidiana. Lo misterioso aquí es qué hacían en América estos objetos de Oriente Próximo y Europa —dijo Hércules.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Una cruz templaria, un caballero y una especie de ídolo pagano —dijo Alicia.

—La inscripción del caballero significa «pozo de las almas» —dijo Lincoln.

—¿Pozo de las almas? —preguntó Alicia—. No me suena nada con ese nombre.

—Posiblemente el diario del senador nos aclare algo —comentó Hércules.

Hércules extrajo el diario y comenzó a leer en alto. Sus dos amigos se quedaron en silencio, mientras las palabras del senador les introducían en un increíble misterio.

Capítulo 31

Mobile, 2 de febrero de 1916

Fragmento del diario del senador Phillips.

Cuando tuve noticia por primera vez de la llegada de los templarios a América y las leyendas que había a su alrededor me pareció un cuento de hadas, pero a medida que he ido profundizando en su historia y en los últimos días de su fabuloso imperio comercial, me doy cuenta de que su desaparición es casi tan misteriosa como lo fue su nacimiento.

En el siglo XII, Europa se hallaba sometida a la amenaza de los musulmanes y a profundas guerras internas. El Imperio bizantino cada día estaba más debilitado y los musulmanes aprovechaban su debilidad para extenderse por Oriente. La caída de Jerusalén en el 1099 fue el punto de inflexión. Alejo I, emperador de Bizancio, pidió ayuda al papa Urbano I y este respondió organizando la Primera Cruzada. Los cristianos de toda condición respondieron al llamamiento y en poco tiempo se había recuperado la Ciudad Santa y alguna de las plazas fuertes de Palestina.

El esfuerzo militar no podía ser continuo. Los reinos cristianos no eran muy ricos y la población tampoco podía suplir las bajas que una guerra constante producía, por ello surgieron varias órdenes de caballería, cuya función era proteger a los peregrinos y los lugares santos. Una de las más importantes y poderosas sería la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del templo del Rey Salomón.

Los primeros caballeros templarios fueron franceses. Uno de sus precursores fue Hugo de Payens, que unió a varios familiares, entre ellos Godofredo de Saint-Omery, quien fundó la orden.

La idea original era formar un grupo de monjes guerreros que dedicaran sus vidas a proteger los Santos Lugares. El rey de Jerusalén vio en la orden una oportunidad para reforzar sus menguadas tropas. El rey le concedió como sede de la orden uno de los lugares más simbólicos, la mezquita de Al Aqsa, construida sobre las antiguas ruinas del templo de Salomón. La orden tomó el nombre del templo del Rey Salomón.

Unos años más tarde, en el Concilio de Troyes, el grupo fue reconocido oficialmente. Uno de sus defensores fue Bernardo de Claraval. He investigado sobre esta figura y he encontrado algunas cosas curiosas. Bernardo fue un abad francés tras cuyo impulso nació la Reforma cisterciense, una de las más importantes de la historia de la Iglesia. La Iglesia estaba dividida tras la muerte del papa Honorio II. Tras resolver la división, Bernardo fue nombrado predicador de la Segunda Cruzada.

La Orden de los Caballeros del Temple comenzó a enriquecerse rápidamente gracias a las donaciones de reyes y nobles. Todos querían apoyar a los templarios. La bula del papa, además, les otorgó numerosos privilegios. Los caballeros podían circular libremente por los territorios de la cristiandad, no tenían que pagar impuestos y no estaban sujetos a autoridad ninguna. La orden se extendió rápidamente por toda Europa, abriendo sedes en Francia, Inglaterra, España, Portugal y Escocia.

Al principio los templarios fueron una fuerza militar de élite, pero muy pronto se convirtieron en intermediarios de transacciones comerciales y más tarde en banqueros, un oficio que estaba prohibido a los cristianos al considerarse usura. Los templarios construyeron un novedoso sistema de cartas de crédito que permitía el movimiento de capitales sin el riesgo del robo o la pérdida. Esto les convirtió en inmensamente ricos a pesar de sus votos de pobreza, pero también sería la principal causa de su desgracia. La pérdida de Jerusalén y progresivamente del resto de territorios de Tierra Santa hizo que muchos dudaran de la utilidad de este tipo de órdenes. En el siglo XIV sus numerosos enemigos les acusaron de todo tipo de herejías, muchos de ellos con el único fin de apoderarse de sus fabulosas riquezas. Al final el papa Benedicto XI, aliado del rey de Francia Felipe IV, permitió la detención y disolución de la orden en 1304.

Capítulo 32

Mobile, 2 de febrero de 1916

Fragmento del diario del senador Phillips.

Las acusaciones contra los templarios parecían más el fruto de la fantasía del rey de Francia que otra cosa, pero el apoyo de la Inquisición y el papa cambiaron la situación. Al principio algunos reinos fueron reacios a perseguir a los templarios, entre ellos Portugal, Castilla, Escocia e Inglaterra, pero pronto las presiones del papa irían aislando a los templarios.

Los templarios ingleses fueron encerrados en la Torre de Londres, el castillo de York, Lincoln y Canterbury, algunos lograron refugiarse en Escocia, uno de los pocos sitios donde podían actuar con cierta libertad.

En 1309, dos años después del arresto de los primeros miembros de la orden, los templarios de Escocia seguían en libertad. El rey Eduardo ordenó la detención de todos ellos, pero en aquel momento la mayor parte de Escocia estaba en manos de Robert Bruce y las órdenes no fueron obedecidas.

El tal Bruce también es un personaje curioso. Bruce había sido excomulgado por el papa, por lo que no tenía nada que perder si ayudaba a los templarios; al fin y al cabo, un cuerpo militar de élite le podía ayudar a consolidar su poder. Se cree que templarios de otras partes llegaron a Escocia a refugiarse. Esto hizo sospechar a algunos historiadores que los templarios podían haber sacado su tesoro en barcos desde Francia a Escocia. Los templarios tenían en aquel momento una de las flotas más importantes de la cristiandad. La flota había sido usada para transportar peregrinos, mercancías y llevar a cabo las transacciones económicas de la orden. Algunos piensan que los templarios habrían sido mejor acogidos en Mallorca, donde controlaban el puerto y el pueblo de Pollensa, otros creen que la flota se habría refugiado en el norte de África, lo cierto es que no hay referencias claras del lugar al que los templarios huyeron.

La única ruta que parece factible es la escocesa a través del estrecho de Jura, una de las pocas zonas que no controlaba la flota inglesa. Otra de las pruebas serían las numerosas ciudades de Escocia que llevan el nombre «temple» señal de que habían pertenecido a dicha orden.

¿Qué sucedió con su fabuloso tesoro? Karl von Hund, el masón que creó el rito de la estricta observancia, rito que pretendía enraizar directamente con los templarios, afirmaba que siete caballeros lograron escapar de Francia, primero dirigiéndose a Irlanda y después a Escocia. La narración tiene numerosas incongruencias, pero es cierto que se han hallado algunos restos templarios en Mull, el sitio que Hund describe como el refugio de la orden.

Lo que nunca se confirmó fue si los templarios lograron salvar su tesoro, entre el que había numerosas reliquias de gran valor.

Capítulo 33

Mobile, 2 de febrero de 1916

El barco se detuvo y Hércules paró de leer. Era demasiado pronto para que estuvieran en el puerto de Miami.

—¿Qué pasará? —preguntó Lincoln, inquieto. Viajar en barco era una verdadera tortura para él.

—No lo sé —dijo Hércules subiendo hacia la cubierta. Lincoln le siguió medio mareado. Tenía la sensación de que el barco se balanceaba más cuando estaba quieto que en marcha.

En la cubierta no se veía a nadie, ascendieron a la sala del piloto, pero también estaba vacía.

—Esto no me gusta —dijo Hércules. Buscó en el bolsillo su pistola, pero no la llevaba encima—, ¿tiene su arma?

Lincoln sacó con dos dedos su revólver y se lo pasó a Hércules.

—¿Dónde están todos? —preguntó el norteamericano.

Observaron el perímetro del barco sin ver ninguna otra embarcación, hasta que su vista se paró justo a su espalda. Una lancha no muy grande estaba atada al barco. No había nadie, pero sin duda no estaban solos. Alguien había subido a bordo.

—¿Serán piratas? —preguntó Lincoln.

—He viajado durante años por estos mares y nunca he sufrido ataques piratas tan al norte —dijo Hércules.

—¿Entonces?

—Los que buscan el diario y las piezas del senador nos han localizado.

Se escuchó un ruido y los dos se agacharon. —Alicia— dijo Lincoln, preocupado.

—Tengo un plan, pero debemos ser muy rápidos —dijo Hércules bajando aún más el tono de voz.

Capítulo 34

Mobile, 2 de febrero de 1916

El ruido provenía de arriba. La mujer se dirigió a su camarote y cogió la pistola de dos balas que siempre llevaba encima, la guardó en la liga y comenzó a ascender las escaleras. Escuchó que alguien bajaba y corrió a esconderse en la zona de cocinas. El corazón le latía con fuerza. Intentó controlar la respiración y tomó un gran cuchillo en la mano. No quería desperdiciar sus dos únicas balas si no era imprescindible.

Se escucharon varias pisadas por el pasillo, después silencio. Alicia aprovechó para salir corriendo, pero en el camino tropezó y al apoyarse varias sartenes cayeron al suelo. Dudó unos instantes, si se quedaba allí no tardarían en encontrarla, pero si escapaba podía darse de frente con ellos en el pasillo.

Al final salió de la cocina y empezó a subir las escaleras. Dos hombres comenzaron a perseguirla y uno estuvo a punto de coger uno de los tobillos de la mujer, pero al final Alicia subió a cubierta. Corrió hacia la popa y vio a otro asaltante muy cerca de ella. Ahora eran tres hombres los que la perseguían.

Escuchó un disparo y vio a Hércules y Lincoln; sus perseguidores se habían resguardado y comenzaban a responder al fuego.

Alicia oyó el silbido de las balas, pero no dejó de correr hasta alcanzar a sus amigos.

—Tenemos que llegar a la lancha —dijo Hércules.

—Pero pueden perseguirnos con el barco —dijo Alicia.

—Hemos estropeado el timón, tardarán unas horas en arreglarlo —dijo Hércules.

—El diario y las figuras, ¿se han quedado abajo? —dijo Lincoln.

Alicia enseñó sonriente el diario y las tres estatuillas. Después los tres se dirigieron hacia la lancha. Saltaron a ella y Hércules puso en marcha el motor. Los asaltantes se acercaron a la popa y comenzaron a disparar. En unos minutos el barco era un pequeño punto en el horizonte.

Capítulo 35

Washington, 2 de febrero 1916

La sala del Congreso estaba repleta. Los senadores y los congresistas ocupaban todos los escaños. Tanto republicanos como demócratas estaban en contra de la intervención en la guerra. Wilson se ajustó las gafas y entró en la sala cuando escuchó que anunciaban su llegada. Mientras desfilaba por el pasillo contempló la cara de los miembros del legislativo. Aquellos hombres representaban a los Estados Unidos, pero al mismo tiempo defendían los intereses de *lobbys*, empresas y de la élite del país.

Cuando llegó al estrado y echó un vistazo a los reunidos, supo que la tarea no iba a ser fácil. Vender armas a ambos bandos era un buen negocio, involucrarse en una guerra de largo alcance y ponerse en contra a medio país no entraba en la agenda de los políticos oportunistas.

—Señorías, representantes del Congreso y del Senado, estamos aquí para hacer historia. Algunos creen que el Gobierno de los Estados Unidos es simplemente la directiva de una empresa. Que nuestro papel es conseguir el progreso económico de esta gran nación, pero un Gobierno es mucho más. Cuando nuestros antecesores crearon este país creían que el papel de los Estados Unidos era proteger y difundir la libertad por todo el mundo. Que el Creador nos había elegido como defensores de los valores eternos de la revolución americana. Ahora nos encontramos ante la tesitura de defender una vez más la libertad o permanecer callados —dijo Wilson con tono firme.

El auditorio se mantenía frío, casi indiferente a las palabras del presidente.

—Es tiempo de que nuestro país ayude a nuestros aliados y amigos. La República Francesa y el Reino Unido están siendo acosados por una forma completamente distinta de concebir el mundo. El káiser y el emperador representan el pasado, únicamente la democracia es la esperanza para todo el mundo occidental. A unos meses de las elecciones parece casi un suicidio político decir que el Gobierno de los Estados Unidos hará lo posible para lograr una paz negociada, que el Gobierno de los Estados Unidos, llegado el caso, protegerá a sus aliados, pero si el futuro se ennegrece y no hay otra salida, no dudaremos en cumplir nuestro destino. Muchas gracias.

Algunos aplausos desperdigados se escucharon en la sala, pero en unos segundos el silencio reinaba en el Congreso.

Charles Evans Hughes se dirigió al estrado. El candidato republicano era un hombre austero, había formado parte del Tribunal Supremo y había sido gobernador

de Nueva York. Su concepción de la política era muy sencilla: América únicamente debía defender sus intereses. El único escenario relevante para el país era el resto del continente, lo que sucediera en Europa no interesaba al ciudadano medio.

—Señor presidente, señorías. Una de las cosas que más detesto es la hipocresía. Las medias verdades son más dañinas que las mentiras. Las medias verdades quieren mezclar lo cierto con lo incierto y confundir a la opinión pública. El presidente Wilson juega a decir medias verdades. Se presenta en la campaña como el hombre que nos mantuvo fuera de la guerra y después nos dice que la guerra es inevitable. Nos habla de libertad y amistad, pero olvida que la sociedad norteamericana únicamente tiene un amigo: ella misma. Alabamos la labor mediadora del presidente, pero nuestro país se ha mantenido neutral en los asuntos europeos desde su independencia y esa actitud nos ha permitido convertirnos en árbitro y amigo de todos los contendientes. No queremos enriquecernos a costa de la guerra, pero tampoco empobrecernos. Desde mi conciencia es imposible pedir a una madre norteamericana que mande a sus hijos a morir por una Europa caduca y egoísta. Si llego a la presidencia, seré inflexible en esto, y cuando digo inflexible, no hablo con medias verdades como el presidente. La guerra no interesa ni favorece a nuestro país.

El recinto se puso en pie aplaudiendo al candidato republicano. El presidente observó sentado la escena. El trabajo que quedaba para la reelección parecía arduo, pero sabía que todavía no era la hora de volver a casa.

Capítulo 36

Charleston, 3 de febrero 1916

—¿Dónde estamos? —preguntó Alicia. Habían logrado llegar a tierra después de casi veinte horas navegando. Se sentía agotada, hambrienta y deseosa de asearse un poco.

—Estamos en Carolina del Sur. A un par de días en barco de Washington, unos cuatro en tren —respondió Lincoln.

—Creo que será mejor que viajemos en tren el resto del viaje —dijo Hércules.

—Le aseguro que prefiero el tren —dijo Lincoln, que había estado mareado todo el trayecto.

—¿Crees que darán con nosotros? —preguntó Alicia.

—Eso creo, todavía tienen a Margaret, pero si al menos supiéramos a qué nos enfrentamos... —dijo Hércules.

—Cuando nos encontremos con el hombre que el senador iba a ver cerca de Washington seguramente nos aclare muchas cosas —dijo Lincoln.

—Este parece el caso más complicado de los que hemos investigado hasta ahora. No sabemos a ciencia cierta quién mató al senador, tampoco qué buscaban, ni siquiera si estamos acercándonos a alguna parte —dijo Alicia.

Hércules se quedó pensativo. Desconocía prácticamente todo acerca de los templarios y la masonería. En Cuba había tenido relación con masones, pero nunca había intentado meterse en una de aquellas poderosas logias. No le gustaban los secretos ni las organizaciones que de una manera u otra querían salvar el mundo, aunque este no tuviera ninguna necesidad de ser salvado.

—Pasaremos la noche en la ciudad, tenemos que comprar algo de ropa y descansar —dijo Hércules.

—Dormir en una cama y tomar una buena cena —dijo Lincoln ilusionado.

Alicia se acercó a él y lo besó. Su boda parecía alejarse de nuevo, pero al menos cada vez se sentía más cerca de Lincoln, había logrado atravesar la barrera que separaba al norteamericano del resto del mundo. El matrimonio sería la simple culminación de algo que ya tenían juntos.

Los tres se dirigieron a un pequeño hotel en la zona del puerto. Mientras ellos descansaban, Margaret corría un serio peligro.

Capítulo 37

Washington, 3 de febrero 1916

Lear se aproximó a la muchacha, que a sus diecisiete años era ya una verdadera belleza. Su pelo rubio y sus grandes ojos azules la hacían parecer un ángel. Sin duda no estaba completamente desarrollada, pero en ropa interior ya insinuaba un cuerpo esbelto y atractivo.

La chica estaba atada a una silla. Las drogas que le habían suministrado la mantenían medio ida, pero consciente. La habían interrogado, pero no sabía gran cosa; aun así era una buena baza para exigir a aquellos entrometidos la información que necesitaban.

—Margaret, creo que todavía no has entendido tu posición —dijo Lear acercándose a la chica— si no colaboras puedes sufrir un dolor intenso.

La chica levantó la cabeza y lo miró asustada.

—Podemos hacerte sufrir de muchas formas, de maneras que una buena chica de Nueva Inglaterra no puede ni imaginar.

Margaret comenzó a llorar.

—Por favor, no me haga daño.

—Si te portas bien conmigo no te haré daño. Todo depende de ti. No me obligues a destruir este hermoso cuerpo que Dios te ha dado.

Lear comenzó a pasar su mano por los hombros y por la cara de la muchacha. Estaba fría y sudorosa, pero aquello lo excitó. Después bajó la mano hacia los pechos, pero en ese momento uno de los hermanos entró en el cuarto y el hombre se detuvo.

—Gran maestro —dijo el hombre.

—¿Qué sucede, maldita sea?

—Se nos han vuelto a escapar. No sabemos dónde están, posiblemente hayan desembarcado en algún punto de Carolina del Sur o Georgia.

—Tienen que encontrarlos. No podemos perderlos de vista —dijo Lear furioso.

El hombre salió de la sala a toda prisa. El gran maestro miró a la chica. Sería mejor que la dejara para otro momento. Ahora no estaba de humor para juegos.

Capítulo 38

Knoxville, 3 de febrero 1916

Cada día le costaba más dejar la lectura del libro. Sus páginas le obsesionaban, como si estuviera atado a las palabras. Logró levantar la vista y contempló el vasto paisaje de Tennessee. Entonces sintió hambre. Llevaba veinticuatro horas sin comer. London se levantó con dificultad y se dirigió al vagón restaurante. Las piernas le temblaban y se sentía muy débil. Su salud había ido empeorando a lo largo de los días y temía sentirse muy débil cuando llegara a Washington.

En el vagón restaurante había muy poca gente. Se sentó en una de las solitarias mesas del fondo y pidió algo caliente. Tenía todos los huesos helados y un frío que le entumecía los dedos de las manos.

Un hombre muy anciano entró en el vagón y se dirigió lentamente hasta su mesa.

—¿Usted es el famoso Jack London? —preguntó elevando la voz.

No era algo muy habitual que le reconocieran, pero su foto había salido decenas de veces en periódicos y en su país era un escritor muy admirado.

—¿Puedo cenar algo con usted? —dijo el hombre sentándose en su mesa.

Jack hizo un gesto de fastidio, pero luego pensó que sería mejor charlar un poco y escapar de la obsesiva lectura del libro.

—¿Adónde se dirige? —preguntó el anciano.

—A Washington —contestó escuetamente el escritor.

—¿Le han concedido algún premio o va a algún homenaje?

—Me temo que a ninguna de las dos cosas, es un viaje privado.

—Yo también me dirijo a Washington. Asuntos de negocios. La verdad es que he leído todos sus libros, pienso que usted representa al americano medio, aquel que se ha labrado su futuro con el simple esfuerzo —comentó el hombre.

—Hace muchos años que no me gano el pan con el sudor de mi frente —dijo jocoso Jack.

—No me refiero tan solo al esfuerzo físico. Yo he ganado una fortuna gracias a la venta de cobre para hacer cables de telégrafo. El genio americano está en hacer de la necesidad virtud, ¿no cree?

—No sé mucho de comercio, pero me parece que tenemos demasiadas cosas. Cuando era pequeño todo se hacía en casa. Desde el pan hasta las conservas —dijo el escritor.

—Estoy de acuerdo, pero como bien sabrá todas las sociedades han avanzado a medida que la gente se ha ido especializando. El arte es el ejemplo más claro. Todos

los ancianos pueden contar un cuento a sus nietos, pero usted es un verdadero placer para los sentidos.

—Gracias.

—Además, ¿no ha sido así siempre? Los romanos, los griegos y los persas lograron todo lo que lograron gracias a crear excedentes y un mercado especializado. En cambio los hebreos no lo consiguieron y ahora son los mayores comerciantes —comentó el anciano.

—Ya ve, los pueblos también cambian.

—Yo creo que el americano, aunque muy devoto, se ha liberado en cierto grado de la religión. En la Biblia el préstamo es usura, por ejemplo; en cambio, nuestro sistema se funda en el préstamo. Si le soy sincero, a mí la Biblia me parece un cuento chino. Muchos teólogos en Europa contradicen casi todo lo que está escrito en ella.

—No sé mucho sobre teología —dijo Jack—. He dedicado mi vida a investigar la mente y el corazón del hombre, pero mi familia no era muy religiosa, por lo menos muy cristiana, y lo que sé lo aprendí por mí mismo.

—En cambio, hay episodios interesantes. Mis libros favoritos son los de Crónicas y Reyes. También los dos libros de Samuel. Los libros históricos narran acontecimientos. Aquel grandioso templo de Salomón. Apenas queda nada de él, pero en su tiempo debió ser una de las maravillas del mundo.

Jack miró al hombre de reojo. Aquello no parecía casualidad. El templo de Salomón era una de sus últimas obsesiones y el libro que estaba leyendo trataba precisamente de eso, de las reliquias encontradas allí por los templarios.

—La pena es que todo eso se perdiera —dijo el anciano.

—La historia está repleta de civilizaciones desaparecidas, ciudades misteriosas y tesoros ocultos —dijo Jack.

—Sí, pero ¿qué sucedió con todo el tesoro de Salomón perdido después de la toma de Jerusalén en el año 70?

—No creo que quedara mucho, el templo ya había sido destruido con anterioridad —comentó Jack.

—Pero el rey Darío restituyó lo que Babilonia se había llevado —dijo el anciano.

—Lo ignoro, ya le dije que desconozco las Escrituras. Ahora, si me disculpa, quiero regresar a mi compartimento. Estoy agotado. Ha sido un placer —dijo Jack poniéndose en pie.

—No me he presentado. Mi nombre es Thomas van Helsing —dijo el hombre poniéndose en pie y extendiendo la mano.

Jack London la estrechó, pero notó un tacto frío y húmedo. El hombre la retuvo unos instantes y sus ojos parecieron brillar.

—Espero que su viaje a Washington sea fructífero. Usted ha demostrado mejor que nadie en sus libros que la vida es una lucha en la que sobreviven los más fuertes.

Espero que lo haya aplicado a usted mismo. No olvide que únicamente los más fuertes sobreviven.

El escritor sintió un escalofrío; aquello parecía más una advertencia que un consejo. Después salió al pasillo. La noche había llegado de repente y casi no veía nada. Cuando se dispuso a entrar en su compartimento miró hacia atrás para asegurarse de que estaba solo. Después entró y cerró con llave. Se sacó el libro del abrigo y lo miró con temor. Se dijo que no iba a leer más por hoy pero unos segundos más tarde se encontraba sentado ojeando sus páginas.

Capítulo 39

Nueva York, año de gracia de 1737

Teníamos órdenes de evitar las ciudades, pero nuestras fuerzas estaban tan mermadas y nuestro ánimo tan decaído que fuimos a la localidad con la intención de contactar con el hermano Jacob. Nuestra orden llevaba casi desde el principio en el Nuevo Continente. Los grandes maestros de los siglos XVI y XVII habían visto en las colonias la oportunidad de crear la nueva sociedad que nuestros fundadores soñaran en las primeras cruzadas. Una nueva Jerusalén fundada en la Tierra. La nueva Jerusalén de la que habló el apóstol Juan en el libro del Apocalipsis. Aquel formidable tesoro podía ser el inicio de una nueva ciudad y también de un nuevo imperio.

El hermano Jacob nos recibió con hospitalidad y nos ofreció un viejo mapa de la costa hasta Nueva Escocia. Cuanto más al norte, las tierras eran más inhóspitas, pero también más propicias para nuestros planes.

Descansamos unos días, pero teníamos que volver a ponernos en marcha. El hermano Jacob nos facilitó varios carromatos nuevos y nos dirigimos al norte. No había caminos y la tierra estaba infestada de indios, pero nosotros éramos guerreros. Durante siglos, las madres de Escocia habían dedicado su segundo hijo varón a la orden y nuestra vida estaba dedicada a la lucha y la fe.

Después de un día de camino comenzó a nevar. Aquel era el peor presagio. El manto blanco convertía el sendero en una trampa mortal, pero lo peor estaba aún por venir. Uno de nuestros hermanos murió de frío y dos enfermaron. Rezábamos, pero teníamos la impresión de que nuestro Dios nos había abandonado.

Entonces, una noche cerrada, recibimos el primer ataque.

Capítulo 40

Nueva York, año de gracia de 1737

Sentimos el zumbido de unas flechas y nos escondimos en los carromatos. A uno de los nuestros no le dio tiempo y cayó abatido. Sacamos nuestros fusiles y disparamos, aunque en mitad del bosque no se veía a nadie.

Desde aquel día los ataques eran continuos y casi siempre caía uno de nuestros hermanos. Es como si no tuvieran prisa y desearan cazarnos uno a uno.

Después de cinco noches ya solo quedábamos cuatro, cada uno llevaba un carromato y al mismo tiempo el fusil al lado. No parábamos de mirar a un lado y al otro, pero nunca vimos a ningún indígena. Por las noches hacíamos guardia, pero no nos atacaron en la oscuridad, cuando éramos más vulnerables.

Al sexto día llegamos al mar de nuevo. Al ver la inmensa masa de agua nos sentimos esperanzados, quedaba mucho para llegar a nuestro destino, pero al menos escapábamos del bosque. Construimos varias canoas. Durante el tiempo que permanecemos en la playa no sufrimos ningún ataque, como si nuestros enemigos tuvieran miedo a salir a tierra descubierta. Tras una semana de trabajo, nuestros dos pequeños barcos estaban listos para el viaje.

Cargamos todas las cajas y toneles. Nos pusimos en marcha.

El tiempo fue muy malo, el viento y la lluvia nos dificultaban el camino, pero en tres días nos encontramos frente a las costas de Nueva Escocia. El mismo lugar en el que nuestros antepasados habían atracado cuatrocientos años antes. Aquella era la tierra prometida y nosotros, como Josué y Caleb, teníamos el deber de expiarla antes de que nuestros hermanos vinieran.

Cuando contemplamos las islas de la Bahía supimos que habíamos llegado a casa. Después de siglos de persecución, allí tendríamos un nuevo comienzo. Un comienzo mucho mejor que el anterior.

Capítulo 41

Nueva Escocia, año de gracia de 1737

Quedábamos cuatro caballeros, todos los demás habían muerto. Nos dirigimos al centro de la isla. Según la leyenda, allí se encontraba la puerta del infierno. La buscamos durante dos días pero sin éxito, hasta que el tercer día, el hermano Jorge la encontró oculta entre unos árboles. Era apenas una gran hendidura en el suelo, los listones de madera que enmarcaban la entrada eran la única muestra de que en otro tiempo había sido una mina.

Los primeros en llegar hasta allí habían sido los escandinavos; en secreto habían explotado la mina de oro durante siglos. Nuestra orden sabía desde el siglo XIII de la existencia de un continente al otro lado del océano, pero no fue hasta las persecuciones del siglo XIV que se había mandado una expedición para comprobarlo. Cuando la persecución arreció en Francia y el papa excomulgó a todos los que pertenecían a los templarios, muchos pensaron en venir aquí, pero el gran maestre creía que la persecución sería transitoria, que cuando surgieran un nuevo papa y un nuevo rey en Francia tendríamos una nueva oportunidad, pero al final la orden se dividió y sobrevivió con diferentes nombres en los reinos de España, en Portugal y en nuestra amada Escocia.

Ahora estaba en peligro nuestro tesoro, las reliquias que durante siglos habíamos guardado, hasta que la Iglesia rectificara su apostasía, pero en la isla las cosas se habían puesto peligrosas, la nueva casa de Hannover no conocía la causa templaria y simplemente deseaba sus tesoros.

Entramos en la gruta y comenzamos a bajar las cajas. Como éramos solo cuatro, tardamos varios días en depositar el tesoro en la gruta. Trabajamos sin descanso hasta que nuestras fuerzas comenzaron a decaer. Uno de nuestros hermanos enfermó y murió; ahora éramos solo tres.

La última noche escuchamos cánticos extraños. Los indígenas nos habían encontrado. Estuvimos vigilando hasta el amanecer y guardamos las últimas cajas. Entonces nos atacaron. Esta vez los vimos cara a cara, aunque habríamos preferido no hacerlo. Llevaban el rostro pintado y el cuerpo semidesnudo a pesar del frío. La mayoría tenían arcos y flechas, portaban hachas y cuchillos, pero también carabinas.

Nos atacaron sin piedad, pero resistimos dos días. Al final decidí que la única manera de guardar el tesoro era que voláramos la entrada y usáramos el resto de la pólvora para espantarlos.

Preparamos las cargas explosivas por la noche. Cuando los guerreros regresaron por la mañana, esperamos a que se acercaran y explotamos la entrada de la cueva, el estruendo les asustó. Una gran masa de fuego sacudió los cimientos de la entrada y una nube de humo tapó el sol, pero cuando incendiábamos la pólvora y la segunda y tercera carga explotaron a sus pies, los que sobrevivieron corrieron espantados.

Escapamos hacia una de las barcas y remamos con las pocas fuerzas que nos quedaban. Dos días más tarde, exhaustos, llegamos a un pequeño pueblo de pescadores. Ellos nos cuidaron y dos meses más tarde regresamos a Europa. Ahora la guerra se cierne de nuevo sobre Escocia. Nuestros hermanos luchan por la causa jacobita, aunque no hay muchas esperanzas de triunfo. Los españoles y franceses nos apoyan, los miembros de varias logias actúan desde Londres, pero los ingleses son muy fuertes y astutos. Si nuestra llama se apaga en Europa, volveremos a reorganizarnos en el Nuevo Continente. Desde allí recuperaremos nuestro poder y algún día regresaremos a América y reapareceremos, pero ahora toca sufrir y morir, nos llevaremos nuestros secretos a la tumba hasta que el elegido levante de nuevo la orden y los templarios con sus cruces rojas inunden el mundo y recuperen Tierra Santa.

Capítulo 42

Richmond, 4 de febrero de 1916

—Espero que mañana lleguemos a Washington —dijo Alicia. El viaje se les había hecho muy largo y cada vez estaban más preocupados por Margaret. En el diario del senador señalaba la cita con un tal John Griffith Chaney en el hotel Libertad el 5 de febrero en la ciudad de Alexandria.

—Llegaremos a tiempo y en cuanto tengamos lo que ellos quieren liberarán a la chica —dijo Lincoln.

—No estoy seguro de que las cosas sean tan sencillas —comentó Hércules.

—A ellos no les interesa la chica —dijo Lincoln.

—Este tipo de organizaciones no se caracterizan precisamente por cumplir su palabra. ¡Cuántas sociedades secretas hemos combatido y al final únicamente comprenden la ley de la fuerza! —dijo Hércules.

—Afortunadamente esta vez estamos en mi terreno. Todavía conservo algunos amigos en los servicios secretos y en la policía de Washington —dijo Lincoln.

—Eso es magnífico —comentó Hércules— pero si metemos a la policía en esto, las posibilidades de que la chica salga ilesa son mínimas.

Lincoln le miró enfadado. Su amigo era muy mordaz con los agentes de la ley, su pasado al borde de la legalidad mientras vivía en Cuba todavía pesaba en su mente.

—No me refería a que se inmiscuyeran en el caso, más bien a que nos facilitaran algún tipo de información. Sé que el presidente Wilson ha hecho algunas remodelaciones en el servicio secreto y ahora es uno de los más eficaces del mundo —dijo Lincoln.

Hércules prefirió callarse. Conocía la tozudez de su amigo, Alicia intentó calmar la tensión.

—¿Veremos a tu padre?

—Espero que sí, querida, aunque no estoy seguro que quiera ver a la oveja descarriada de la familia —dijo Lincoln.

—¿Oveja descarriada? —preguntó Alicia.

—Mi padre siempre pensó que me dedicaría al pastoreo de una iglesia. No le gustan las armas ni la violencia —dijo Lincoln.

—¿Qué pensará cuando le digas que soy tu prometida? —preguntó Alicia.

—Es un hombre de Dios, pero en este país no se ve bien la mezcla de razas, de todas formas hace cinco años que no nos vemos.

El tren se detuvo en la estación. Richmond era una próspera ciudad de Virginia.

El sur de los Estados Unidos todavía sufría las consecuencias de la guerra civil, la ciudad había sido la capital del Gobierno rebelde y fue destruida casi por completo, lo que supuso una nueva oportunidad. Los federales intentaron demostrar en Richmond su intención de reconstruir el sur y devolverle su antigua grandiosidad, pero el recelo hacia los yanquis seguía latente.

Los tres visitaron la ciudad mientras el tren se abastecía de carbón. Lincoln notó el rechazo de la gente al ver a un negro junto a una dama y un caballero blanco.

—Me temo que el racismo sigue siendo un problema en esta parte de América —comentó Hércules.

—¿No ha observado los monumentos de la ciudad? Aquella estatua es la de Jefferson Davis, el presidente confederado y la anterior era del general Robert E. Lee. Esto sigue siendo bastión de los confederados —dijo Lincoln.

—Es muy curioso que una nación siga tan dividida a pesar del tiempo —dijo Alicia.

—Aunque hay motivos para la esperanza: en la ciudad vive la primera mujer negra que dirige un banco, gracias a ella la situación de muchos negros ha mejorado —dijo Lincoln.

El día era frío y la nieve cubría en parte la calle. Los inviernos solían ser duros, aunque aquel era especialmente benigno. Los tres se dirigieron a un café y tomaron un té, los clientes de las mesas vecinas los observaban sorprendidos; en Virginia no había ninguna ley que impidiera a un negro estar sentado en una mesa junto a un blanco, pero no era lo normal.

—Veo que echaba de menos su tierra —ironizó Hércules.

—Esto no es muy distinto de La Habana cuando la visité en 1898 o de cómo me miraba la gente en Madrid cuando nos reencontramos —dijo Lincoln enfadado.

—Hércules, deje de pinchar a Lincoln —dijo Alicia.

—Centrémonos en el tema. No sabemos lo que estamos buscando, pero sí conocemos que lo busca una organización que proviene de los templarios —comentó Hércules.

—Puede que en las figuras haya alguna pista que no hemos sabido descifrar —comentó Lincoln.

—Pues no sé qué puede ser —dijo Hércules.

—Déjeme verlas de nuevo —comentó Lincoln.

Hércules le dio la primera y Alicia le pidió las otras dos.

—Un caballero templario, una cruz y una oveja. No parece que digan mucho —dijo Hércules.

—Puede que se trate de simbología cristiana. Para el cristianismo la oveja representa al fiel, al convertido. Jesús es el pastor que da su vida por las ovejas —dijo Lincoln.

—¿Qué zona de Estados Unidos cría mayor número de ovejas? —preguntó Hércules.

—No lo sé, desde luego no en Virginia ni en el sur, tal vez en el norte, cerca de la frontera con Canadá —dijo Lincoln.

—Las ovejas norteamericanas debieron ser introducidas por los ingleses y no creo que se adaptaran a climas cálidos. Puede que la oveja nos dé una pista sobre la ubicación del tesoro —dijo Hércules.

—Podría ser —dijo Alicia.

—Pues debemos averiguar si hay algún lugar en Estados Unidos donde sea típico el cuidado de ovejas —dijo Hércules.

—Aun así, será un territorio amplio —comentó Lincoln.

—Por algo tenemos que comenzar —dijo Hércules molesto.

Lincoln miró el reloj y se puso en pie.

—Tenemos que marcharnos antes de que el tren se ponga en marcha.

Los tres recorrieron las calles a toda prisa y tomaron el tren justo antes de que comenzara a salir de la estación. No vieron a los hombres que les seguían discretamente desde el café. A medida que se acercaban a su objetivo, también se aproximaban a un misterio escondido durante siglos en las entrañas de América.

Capítulo 43

Staunton, 4 de febrero de 1916

Jack London comprobó con agrado que le quedaban menos de veinticuatro horas para llegar a Washington. Llegaría justo a tiempo a la cita con el senador. Esperaba que no hubiera sucedido nada, la última vez que se comunicaron había sido por medio de una carta enviada por el senador desde México D. F. Él acababa de llegar de Hawái y fue una grata sorpresa recibir noticias frescas sobre el tema que le obsesionaba. Le parecía casi providencial que los dos estuvieran llegando a la misma conclusión con pruebas tan diferentes.

Jack tomó el libro y antes de ponerse a leer pensó en el intrigante último párrafo de la carta: «Creo que sé dónde se encuentra lo que buscamos».

Observó el paisaje de Virginia por la ventana: hacía frío y estaba todo nevado, nada que ver con su amada California. La nieve le transportó a sus años en Canadá. Aquella había sido la experiencia más impactante de su vida. Había conocido lo mejor y lo peor del ser humano: la ambición y la generosidad de los mineros, la degradación moral que produce la riqueza o la envidia. Aunque la lección más importante fue la de conocerse a sí mismo. Gracias a la situación extrema de Canadá sabía el aguante de un cuerpo frente al frío, el hambre o el dolor. También allí había experimentado cosas inexplicables, pero era demasiado joven para intentar darle un sentido sobrenatural, ahora justo cuando su mente estaba más abierta, intuía que aquel misterio era mucho más que un tesoro escondido y un descubrimiento arqueológico, era una lucha ancestral entre el bien y el mal.

Escuchó pasos en el pasillo y se quedó muy callado, aguantando la respiración. Notó como alguien se paraba en la puerta y permanecía unos segundos quieto, dejando ver su silueta a través de las cortinillas. Después la puerta se abrió lentamente.

—Señor London, tiene algo que nos pertenece y he venido a por ello.

La cara del anciano del vagón restaurante parecía más sombría y monstruosa que el día anterior. Los ojos saltones le miraron fijamente y él se quedó petrificado. Aferró el libro y se echó hacia atrás, como si la distancia pudiera protegerle.

Capítulo 44

Washington, 4 de febrero de 1916

La capital federal estaba cubierta de nieve. Lincoln observaba el panorama desde la ventanilla del taxi sin ocultar su satisfacción, por primera vez desde hacía años se sentía en casa. Alicia lo contemplaba satisfecha. Por fin su prometido había perdido su expresión melancólica, como si al sentir que encajaba en un lugar, su percepción de la vida también se transformara de repente.

—Le veo entusiasmado —dijo Hércules.

Lincoln lo miró sonriente y después dirigió de nuevo la vista a la calle.

—Puede que sea pasión, pero Washington me parece una de las ciudades más bonitas de América.

—Sin duda, muchos de sus monumentos son espectaculares, está claro que los Padres Fundadores querían impresionar a las generaciones venideras —dijo Hércules, justo cuando pasaban delante del Capitolio.

—Si les parece bien, nos aseamos y nos damos una vuelta por la ciudad —dijo Alicia.

—Les enseñaré cada rincón, incluso aquellos que los turistas nunca encuentran —comentó Lincoln.

Llegaron al hotel Independencia, uno de los más lujosos de la ciudad, se instalaron y acomodaron. Después se reunieron en el *hall*. Alicia apareció con un hermoso vestido rojo que resaltaba su pelo y la piel pecosa, Lincoln y Hércules se quedaron boquiabiertos.

—¿Cómo es posible que consiga esos vestidos? —le dijo Lincoln.

—Las mujeres tenemos nuestros recursos.

—Estás bellísima, Alicia —dijo Hércules abrazándola. A veces le costaba creer que era la misma niña que había conocido en La Habana, la única hija del almirante Mantorella.

—¿Nos ponemos en marcha? —preguntó Alicia cogiendo a los dos hombres por el brazo.

Cogieron un taxi hasta la avenida Pennsylvania. Después pasearon por los jardines hasta llegar frente al Capitolio. Hércules había estado en otras dos ocasiones en la ciudad, pero para Alicia era la primera vez.

—Tengo una idea, antes de ver el Capitolio y visitar el resto de monumentos quiero presentarles a alguien.

Se dirigieron a un edificio cercano al Capitolio. La inmensa fachada recordaba a

París, con un complejo sistema de escalinatas por las que se accedía a un inmenso hall.

Los tres se quedaron fascinados observando las enormes vidrieras y los llamativos colores del techo.

—Nunca había entrado aquí —dijo Hércules.

—Es precioso —dijo Alicia tomando la mano de Lincoln.

Permanecieron un rato observando el edificio y después se dirigieron a la sala de lectura. Lincoln se acercó a un bibliotecario negro y lo saludó efusivamente.

—¡Tío Laurence!

El hombre le miró a través de sus lentes redondas con el ceño fruncido. Después sonrió y salió apresuradamente de detrás del mostrador.

—George, ¿qué haces aquí? Pensaba que estabas en Europa.

Los dos se abrazaron ignorando al resto del grupo.

—Deja que te presente a unos amigos. Hércules Guzmán Fox, el culpable de que me pase la vida viajando por el mundo y Alicia Mantorella, una buena amiga.

Alicia apretó los labios y se cruzó de brazos. El hombre dio la mano a Hércules y saludó a la mujer con una leve inclinación de cabeza.

—Mi tío es una de los bibliotecarios más antiguos de la biblioteca, pero también es un amante de la arquitectura y de la historia. Había pensado que nos enseñaras tú la ciudad.

Laurence se quedó pensativo. Después se acercó a uno de sus compañeros, le comentó algo y regresó sonriente.

—Me puedo escapar un rato, pero tengo que volver a la hora del almuerzo.

—Está bien —dijo Lincoln abrazando de nuevo a su tío.

—Pues creo que lo mejor será que les explique un poco de historia.

Apenas habían cruzado el umbral de la sala cuando el tío de Lincoln comenzó a relatar la fundación de la ciudad y su curioso origen.

Capítulo 45

Washington, 4 de febrero de 1916

El tío de Lincoln comenzó a pasear entre las estanterías mientras les hablaba de la historia de Washington.

—La ciudad de Washington, capital del Estado federal y modelo de construcción masónica, está ligada al carácter y la personalidad del propio George Washington. Después de la firma de la Constitución surgió el deseo de crear una capital digna del nuevo Estado. El 25 de junio de 1788, Maryland cedió quince kilómetros de su territorio al Congreso, como se especificaba en la Constitución, para que esa tierra, más conocida como el distrito de Columbia, se convirtiera en la sede de la capital.

—¿Por eso tiene ese nombre? —preguntó Alicia.

—Se barajaron diferentes nombres. Algunos querían llamar a la capital Roma. Es evidente que los Padres Fundadores se inspiraron en el Imperio romano a la hora de fundar la ciudad.

—Washington fue el primer presidente, ¿verdad? —preguntó Hércules.

—Casi un año más tarde, el 4 de febrero de 1789, Washington fue elegido presidente de los Estados Unidos y John Adams, su vicepresidente. Pero hay un dato más curioso. La ceremonia de poderes se celebró el 30 de abril de ese mismo año. El carácter de la ceremonia fue marcadamente masónico —dijo el tío de Lincoln.

—¿Masónico? —dijeron Hércules y Alicia a la vez.

—Esto es algo que mucha gente desconoce, pero Washington y algunos de los hombres más importantes de la revolución era masones. De hecho, hasta el juramento fue tomado por Robert Livingston, gran maestro de la Gran Logia de Nueva York. La ceremonia fue dirigida por el masón general Jacob Morton. Al candidato le escoltó el general Morgan Lewis, otro masón. Washington juró la Constitución sobre la Biblia de la Logia n.º 1 de San Juan de Nueva York. Trece días antes, Benjamín Franklin había muerto, lo que había supuesto una gran conmoción para la nación.

—Es increíble —dijo Alicia.

—Paralelamente, en mayo de ese mismo año se reunían los Estados Generales en Francia, unos meses después, el 17 de junio se constituía la Asamblea Nacional que terminaría por provocar la revolución francesa —dijo Laurence.

—¿Insinúa que la masonería estaba detrás de las dos revoluciones? —preguntó Hércules.

—Más que insinuarlo, lo afirmo tajantemente. Pero volvamos a la construcción de la ciudad, aunque para eso será mejor que salgamos y veamos el Capitolio.

El hombre tomó su abrigo y los cuatro se dirigieron hasta el edificio más importante de la nación después de la Casa Blanca.

—Pasaron unos años hasta que se edificó el Congreso; el 18 de septiembre de 1793 se colocó oficialmente la primera piedra del edificio. La ceremonia estuvo presidida por la Gran Logia de Maryland y Washington dirigió el acto. En la ceremonia estaban presentes todas las logias de Maryland y representantes de la de Alexandria y Virginia, que presidía el propio Washington —dijo Laurence.

—Debió de ser una ceremonia impresionante —dijo Lincoln.

—Los norteamericanos saben hacer ese tipo de cosas —dijo Hércules.

El tío de Lincoln continuó con el relato ignorando los comentarios, como si no pudiera interrumpir su relato.

—Se organizó un desfile. En él participó una compañía de artillería y las logias luciendo sus insignias masónicas. Washington se aproximó al foso y colocó la piedra, en el foso se introdujeron maíz, vino y aceite, símbolos masónicos. Los representantes de las logias entregaron a Washington una placa en la que estaba grabado el nombre de todas las logias que participaban en el acto. Washington rezó y dio un breve discurso. Llevaba encima los símbolos masones de la trulla de plata, la escuadra y el nivel, además del mandil masónico que todavía se conserva en un museo.

—¿Quién diseñó la ciudad? —preguntó Hércules.

—La construcción de la capital estaba a cargo del arquitecto masón Pierre L'Enfant, su diseño encerraba todo el simbolismo masónico. Cuando Pierre L'Enfant trazó los planos de la capital tenía la intención de que el Capitolio, la Casa Blanca y el monumento a Washington se convirtieran en los puntos focales de la ciudad. Pierre dibujó los planos de la ciudad siguiendo las notas topográficas de Andrews Ellicott, a petición de George Washington. El plano sufrió algunas modificaciones por las ideas aportadas por Washington y Thomas Jefferson; el propio Jefferson facilitó a Pierre los planos de algunas ciudades europeas que él consideraba ideales, como modelos para la futura capital.

—Es increíble, en Hispanoamérica sucedió lo mismo. Se pudieron construir ciudades enteras de la nada —dijo Alicia.

—En el caso de Washington, no solo se diseñó una ciudad de la nada, se buscó constituir un simbolismo especial, que representaba una serie de valores y también escondía sus misterios. Naturalmente, los políticos tenían su propia idea de la ciudad y el Congreso también propuso algunas modificaciones al proyecto original, para desesperación de sus diseñadores.

—¿Quién era el otro arquitecto? —preguntó Alicia.

—Andrew Ellicott había nacido en Backs, Pensilvania, y su familia, de origen galés, seguía una larga tradición de artesanos. Andrew sirvió en el ejército durante la

guerra de Independencia, era amigo personal de Washington, Franklin y David Rittenhouse, todos ellos masones como él. Trabajó como ingeniero civil y ayudó a trazar las fronteras de Virginia, Pensilvania y Nueva York. En 1790, Ellicott recibió el encargo del Gobierno de topografiar la nueva capital federal, convirtiéndose más tarde en topógrafo general de los Estados Unidos.

—¿Todos eran masones? No creo que sea coincidencia —dijo Alicia.

—Miren el caso de Pierre Charles L'Enfant; nació en París el 2 de agosto de 1754. Era hijo de un conocido pintor. En 1777 obtuvo el permiso real para luchar a favor de los colonos. En 1779 fue nombrado oficial del cuerpo de ingenieros. Fue herido en Savannah y capturado en el sitio de Charleston. Era masón y se cree que fundó una logia en Cincinnati. En 1779, George Washington le encargó el diseño de los edificios públicos de la futura capital. Naturalmente lo hizo porque compartían una misma visión del mundo.

—¿Por qué se eligió este lugar? —preguntó Hércules.

—Muchos pensaron que no era el mejor sitio. La zona elegida para establecer la capital era boscosa y pantanosa. Hubo que drenar el terreno y una década más tarde, cuando la Casa Blanca estaba a medio hacer, al igual que el Capitolio, la que iba a ser la avenida Pennsylvania aún era una maraña de arbustos y lodazales —comentó el tío de Lincoln.

—Pero ¿cómo se puede hacer una ciudad de la nada? —preguntó Alicia.

—La ciudad comenzó a crecer muy lentamente. No se crea que fue siempre así. En 1790 apenas había 2000 habitantes en los alrededores; diez años más tarde apenas alcanzaban los 3210, de los que 623 eran esclavos, en 1810 era de 6771 personas, de las que 1437 eran esclavos.

Se acercaron a la fachada principal del Capitolio y ascendieron por la escalinata.

—No puedo entretenerme en entrar ahora —dijo el tío de Lincoln—, pero hay unos datos curiosos que tienen que tomar en cuenta cuando lo visiten. En el propio monumento del Capitolio, en la hoja izquierda de la puerta del Senado hay un panel, diseñado en 1868, en el que se ve a Washington participando en la ceremonia de dedicación. Uno de los caballeros que están a la espalda de Washington sostiene dos escuadras y el presidente lleva en la mano una paleta. Todos llevan el mandil, un símbolo claramente masónico. En las oraciones que hizo Washington se invocó al Gran Arquitecto, nombre con el que los masones denominaban al Creador. En el techo abovedado del ala del Congreso en el Capitolio se ve a Washington inaugurando el Capitolio.

—¿También fueron masones los que diseñaron el edificio? —preguntó Alicia.

—Los arquitectos y diseñadores del Capitolio fueron masones. Las ceremonias de dedicación y colocación de la piedra angular fueron masónicas. No se trata de un simple trato de favor entre hermanos, sino de un premeditado intento de dedicar los

futuros edificios gubernativos a las ideas y creencias masónicas. Los constructores y diseñadores eran masones, por eso la orientación de los edificios siguió un complejo sistema simbólico. Los arquitectos utilizaban un acimut, que les ayudaba a orientar a sus edificios con las estrellas. El constructor de la cúpula del Capitolio, Charles Bulfinch también era masón. El simbolismo masónico no se limita a los diseñadores y sus ceremonias de inauguración. Todos los edificios tienen símbolos masónicos en su decoración. El pabellón de los elementos es un claro ejemplo. En él se simboliza a los cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua. En el centro del techo hay una imagen de Apolo subido a un carro con cuatro caballos que simboliza al Sol. Elementos parecidos se encuentran en la biblioteca y otras salas del edificio.

—Es increíble —dijo Hércules.

Dejaron la fachada del Capitolio y se dirigieron hasta la Casa Blanca. Su fachada reluciente apenas contrastaba con la nieve que cubría el jardín, como si el edificio estuviera construido de hielo.

—El arquitecto nombrado para construir la Casa Blanca fue James Hoban, un arquitecto irlandés que había diseñado el capitolio de Carolina del Sur. Hoban se hizo masón al llegar a Norteamérica y perteneció a la logia n.º 9 de Georgetown. La Casa Blanca mantuvo su esbozo original, pero el interior fue construido de nuevo en 1814, tras el incendio provocado por las tropas británicas tras la invasión de la capital.

—No sabía que los ingleses llegaron a destruir Washington —dijo Alicia.

—Un dato más curioso es que se hizo un horóscopo oficial, antes de inaugurar el edificio —dijo el tío de Lincoln.

—¿Un horóscopo? Yo creía que la democracia norteamericana era secular y racional —dijo Hércules.

—La mayoría de los Padres Fundadores eran deístas, aunque también los había cristianos, pero lo que más destaca es el gran número de masones. Curiosamente, todo esto que les cuento fue ocultado durante mucho tiempo y en algunos casos se negó la participación de masones o la realización de ritos masónicos en actos oficiales, pero se han conservado numerosos documentos que describen las dedicaciones y a sus participantes. Además, los actos fueron públicos y a plena luz del día, estando presente el propio presidente de los Estados Unidos, lo que marcaba el carácter oficial del acto.

—¿Hay edificios no oficiales construidos por masones? —preguntó Hércules.

—Son numerosos los edificios realizados por masones en la ciudad. Uno de los más conocidos es la gran torre de la Casa del Templo, diseñada por los masones del Rito Escocés. La dedicación de la capital a la masonería es clara, lo que demuestra la influencia que esta tuvo en los inicios de la República, especialmente bajo la presidencia de Washington.

Después de aquella lección de arquitectura, Hércules y sus amigos decidieron

regresar al hotel. Les había impresionado la gran influencia de la masonería en la ciudad. Lincoln quedó con su tío para que al día siguiente por la mañana les acompañara a Alexandria, donde el senador había quedado con su contacto.

Capítulo 46

Staunton, 4 de febrero de 1916

Jack London miró aterrorizado al hombre. ¿Cómo sabían lo que buscaba? La única persona con la que había hablado de sus descubrimientos había sido con el senador Phillips. Era consciente que cualquiera podía pertenecer a la logia que había heredado los misteriosos ritos templarios, pero sin duda tenían la capacidad de enterarse de todo lo que se relacionara con ellos. Tenían contactos en la Casa Blanca, el Capitolio y el mundo de las finanzas. La logia del Rito Escocés Antiguo y Verdadero era una de las más poderosas del país. Desde la guerra civil no había hecho más que crecer gracias a la influencia de Albert Pike.

El anciano se acercó hacia él, Jack lo apartó con la mano, pero el hombre apenas se inmutó. Era como si debajo de aquel aspecto frágil escondiera una tremenda vitalidad.

—¡Maldito! —gritó el hombre con una voz estridente.

Jack comenzó a temblar, pero al final logró ponerse en pie y caminar hacia la puerta. El anciano se aferró a su brazo y comenzó a tirar de él. Tenía mucha fuerza en los dedos, pero logró retirarlo. Cuando miró la mano observó las uñas largas y negras que parecían garras de diablo.

—No escaparás —dijo el anciano con los ojos desencajados.

Con esfuerzo logró salir, corrió por el pasillo esquivando a la gente, intentando encontrar una salida. Llegó hasta una de las puertas y la abrió. El tren circulaba algo lento, pero había un pequeño desnivel bajo sus pies. En otra época no hubiera dudado en lanzarse fuera, pero a su edad era toda una temeridad.

Al fondo del pasillo, el anciano y dos hombres vestidos con largos gabanes negros se aproximaban a toda velocidad.

Jack miró hacia fuera y se sorprendió recitando una oración entre labios, después se arrojó al vacío.

Capítulo 47

Washington, 5 de febrero de 1916

Aquella ceremonia era especial. Su orden llevaba desde el siglo XVII en América y ahora, después de tanto tiempo, el sueño del fundador de los templarios se iba a hacer realidad. Había preparado una ceremonia especial. La gran sala abovedada, cubierta de estrellas, creaba un ambiente de recogimiento. El centenar de hermanos lucían sus capas negras y sus cruces rojas. Hacía tiempo que la orden había cambiado sus vestiduras blancas por el negro. Algunos creían que se debía al luto por la persecución que habían sufrido en el siglo XIV, pero Lear sabía la verdad.

Los templarios eran portadores de un conocimiento ancestral. Sus descubrimientos en el templo de Jerusalén, en el que había construido su primer cuartel general, les habían enseñado que la Iglesia mentía sobre las enseñanzas bíblicas.

El grupo se puso en pie cuando entró en la sala. Tras las máscaras se encontraba la flor y nata del país. Senadores, congresistas, jueces, millonarios y generales componían sus filas. Un ejército secreto completamente a su servicio.

Lear tomó los símbolos y los levantó en alto. Eran una representación de los auténticos, pero dentro de poco todo el tesoro perdido y las reliquias ocultas saldrían a la luz, entonces el mundo creería.

Varios oficiales con antorchas se acercaron hasta la gran fuente de bronce y la encendieron. Una gran llama alumbró la sala, como si preconizara su pronta reaparición en el mundo.

—Caballeros, hermanos. Una vez fuimos fuertes y el mundo nos temía. Recuperaremos nuestro poder y descubriremos las grandes verdades.

El coro de medio centenar de voces rompió en la sala. Lear los miró orgulloso y deseó con todas sus fuerzas que el tiempo se detuviera. Unido místicamente con los poderes que un día le habían poseído y que le mostraban el camino.

SEGUNDA PARTE

El compañero

Capítulo 48

Nueva York, 5 de febrero de 1916

Franklin Delano Roosevelt se miró de nuevo en el espejo y sonrió. Su madre siempre decía que era demasiado presumido para ser un hombre, pero no podía evitar preocuparse por su indumentaria. Los tiempos estaban cambiando y las modas también. No era suficiente con ponerse uno de los caros trajes a medida que compraba en Manhattan, la forma de complementarlo era importante. La política además requería un cuidado especial de la imagen, no creía que sus electores de la ciudad de Nueva York le votaran por sus corbatas, pero era mejor no arriesgarse. De todas formas las últimas elecciones las había perdido y ahora servía en una subsecretaría de Marina.

Su mujer Eleanor, en cambio, era mucho más sencilla. Trajes de colores más apagados, modales y formas de una buena chica de la alta sociedad neoyorkina. No era una mujer muy bella, pero era extraordinariamente fuerte, como si él buscara de nuevo la figura de su madre en su esposa.

Franklin se ajustó las gafas y se preparó para salir a la gélida calle. Llevaba varios días nevando y los termómetros continuaban bajo cero.

Caminó por la calle con cuidado de no resbalarse y llegó hasta su despacho. Apenas había ordenado los papeles cuando el teléfono sonó. Franklin se sobresaltó, no sabía si algún día se terminaría acostumbrando a ese invento del diablo.

—Diga.

—Hola, Franklin —dijo una voz al otro lado de la línea.

—¿Duncan? ¿Por qué me llamas tan temprano? A estas horas te hacía dormido en la cama.

—Ya sabes que mi padre quiere que siente la cabeza.

—Ya tienes más de treinta años. Creo que es momento —bromeó Franklin.

—Pues me temo que los negocios en los que estamos metidos no le harían mucha ilusión —bromeó Duncan.

—A mi padre le horrorizaría saber en qué estamos metidos, pero la gente de la vieja escuela no puede entender nuestras aspiraciones.

—¿Cuándo podríamos ir hasta allí?

—Esta semana lo tengo complicado, tal vez el lunes de la próxima —dijo Franklin.

—Hecho, vamos el lunes próximo, se lo diré al resto de los chicos. Cuídate y no trabajes mucho.

—Vale, Duncan, hasta pronto.

Franklin colgó el teléfono y se quedó meditando unos instantes, la vida de oficina le aburría sobremanera, aquellas escapadas añadían un poco de emoción a la rutina, no tenían nada de malo.

Capítulo 49

Alexandria, 5 de febrero de 1916

El taxi paró frente al mausoleo a Washington. Jack London se apeó y aprovechando el sol de la mañana se sentó en uno de los bancos. Aún notaba el susto en el cuerpo. El día anterior se había arrojado de un tren en marcha, como en los viejos tiempos, cuando recorría los Estados Unidos de polizón y sin un centavo en el bolsillo. Afortunadamente había caído en blando encima de una montaña de paja de una granja cercana. Desde allí el granjero le había acercado al pueblo y había alquilado los servicios de un conductor hasta Washington.

Tenía la ropa algo sucia y usada, pero había dejado su única muda en el tren y no había tenido tiempo de buscar nada mejor. La cita con el senador era a las diez y llegaba con veinte minutos de anticipación.

Observó el mausoleo, la torre que se asemejaba al faro de Alejandría estaba en mitad de un gran parque y desde su perspectiva parecía situada en medio de la nada. El edificio de piedra estaba presidido por un frontón sobre columnas dóricas y la torre de tres pisos se erguía representando el faro de la sabiduría. Jack no entendía la obsesión de la masonería por el simbolismo; para él, un hombre sencillo de palabras sencillas, todo aquello era demasiado recargado y pedante.

En ese momento llegaron un grupo de personas. Dos negros, una mujer y un hombre blanco de aspecto distinguido. Se pararon frente a la fachada y después lo miraron. El hombre de aspecto distinguido se acercó con uno de los negros hasta él.

—¿Es usted John Griffith Chaney? —preguntó el hombre con un acento desconocido.

Jack se puso a la defensiva. Aquel viaje ya había tenido demasiadas sorpresas.

—¿Está esperando al senador Phillips? —preguntó de nuevo el hombre.

Al escuchar el nombre del senador no pudo evitar estremecerse.

—Lamentamos decirle que el senador Phillips está muerto —dijo el hombre negro.

Jack no entendió lo que decían.

—¿Cómo? ¿El senador está muerto? —preguntó poniéndose en pie.

—Fue asesinado en el mismo barco en el que viajábamos. En el viaje de Ciudad de México a Veracruz nos habíamos conocido y tras su muerte su hija Margaret nos pidió que la ayudáramos a descubrir al asesino, pero ahora ella también ha sido secuestrada. Necesitamos saber qué buscan esos hombres para poder liberarla.

Los miró con los ojos desorbitados. No podía creer lo que le estaban diciendo.

Pensó que tal vez todo se trataba de una trampa, pero había algo extrañamente sincero en la cara de aquellos dos hombres, como si la bondad fuera tan difícil de disimular como el mal.

—Me tienen a su entera disposición —dijo Jack extendiendo la mano.

—Muchas gracias —dijo Lincoln.

—Llámeme Jack London, todo el mundo me conoce por ese nombre.

—¿Usted es el famoso escritor? —preguntó Lincoln.

—Bueno no sé si famoso, pero sí escritor —bromeó Jack.

Los tres se dirigieron hasta el resto del grupo.

—Alicia, te presento a Jack London —dijo Lincoln.

—Encantada.

El tío de Lincoln les miró sorprendido. Después estrechó la mano de Jack con fuerza.

—Es un honor para este humilde bibliotecario conocer a uno de los mejores escritores norteamericanos vivos.

—Gracias, conocer a escritores muertos es muy difícil —comentó Jack.

Todos rieron. Por unos segundos se olvidaron de los peligros a los que se enfrentaban, como si fueran un grupo de amigos reunidos para hacer una pequeña visita turística. Lo que desconocían era que el tiempo para Margaret se acababa.

Capítulo 50

Washington, 5 de febrero 1916

—El tiempo se agota, querida. Hoy mismo nos pondremos en contacto con tus amigos, y si no nos dan lo que queremos antes de dos días, tu vida habrá terminado —dijo Lear aproximándose a la chica.

Margaret permanecía atada en una cama en ropa interior. Lear se acercó a ella y se mantuvo a unos milímetros de su boca. Después se retiró un poco.

—No te preocupes, no te irás de este mundo sin gozar los deleites del placer, no queremos que mueras virgen. Nos servirás en un ceremonial ancestral que solo se realiza una vez al año, eres una privilegiada, querida.

La muchacha comenzó a temblar y se acurrucó a un lado, su mente estaba bloqueada, negándose a aceptar lo evidente. Las únicas veces que lograba pensar con claridad, se imaginaba a Alicia viniendo a rescatarla, aunque conseguirlo no iba a ser fácil.

—A veces, las miserables vidas de gente como tú pueden servir para un bien superior. ¿Qué sería del mundo sin víctimas? Hay dioses que exigen sacrificios humanos. No sé si eres muy religiosa, pero habrás aprendido que hasta tu Dios pidió el sacrificio de Isaac.

El hombre se puso en pie y no pudo evitar excitarse al ver a la muchacha, hacía tiempo que era la única manera en la que lo conseguía. A sus cuarenta años se mantenía en plena forma y en sociedad era considerado como uno de los solteros de oro de la ciudad, pero pocos conocían su sufrimiento interior. Ser tan bello y sufrir su impotencia era una doble burla del destino. Tan solo la sangre de sus víctimas aliviaba su tormento. La violencia era el único instrumento capaz de transformar el mundo, pensó mientras golpeaba a la muchacha.

Capítulo 51

Alexandria, 5 de febrero de 1916

Mientras ascendían por las escalinatas del mausoleo, Laurence comenzó a contarles la historia del edificio.

—Este edificio es otra de las muestras de la importancia de la masonería en nuestro país. El monumento está dedicado a la memoria del presidente Washington. Como ya habrán adivinado, la torre representa al famoso faro de Alejandría en Egipto. El edificio está construido en la colina de Shuter's, la antigua ubicación de uno de los fuertes que protegían esta región. Dentro se conserva la colección de la Logia 22 de Washington, la logia a la que pertenecía el presidente. Entre sus tesoros más valiosos se encuentran los símbolos que Washington utilizó para inaugurar el edificio del Capitolio, su fajín y la paleta de plata.

—Es increíble que se guarde todo eso —dijo Alicia.

—Los norteamericanos tenemos una historia corta, pero intentamos preservarla lo mejor posible —dijo Laurence.

—¿Qué podemos encontrar en el edificio? —preguntó Jack.

—La zona de visitas está muy limitada. No olviden que el edificio tiene diez plantas —dijo el tío de Lincoln.

—¿Diez plantas? No parece tan alto —dijo Hércules.

—El edificio tiene varios sótanos. En la primera planta hay tres grandes áreas: el santuario, el salón de la asamblea y el comedor.

La parte más interesante es la del salón, en las paredes están representadas las escenas de la vida de Washington, pero será mejor que entremos.

Los cinco entraron en el edificio. Un hombre vestido de traje les cobró el acceso, les entregó un mapa y les advirtió que no salieran de la zona restringida. Después se dirigieron directamente al gran salón.

—¿Cuándo se construyó el edificio? —preguntó Alicia.

—Apenas lleva un año construido —comentó el tío de Lincoln.

—¿Un año? —preguntó sorprendida la mujer.

—Sí, antes los símbolos de la logia y del propio Washington estaban en el antiguo edificio de masones de la ciudad, pero en una suscripción popular de más de dos millones de hermanos se donó el dinero para que se construyera el edificio —dijo el tío de Lincoln.

—Entonces, ¿qué pistas podemos encontrar aquí? —preguntó Lincoln.

—Ya les he dicho que se conservan muchos de los utensilios del propio

Washington —comentó el tío de Lincoln.

Hércules se acercó a la gran estatua que presidía la sala.

—¿Es George Washington? —preguntó el español.

—Sí —dijo Lincoln.

Hércules examinó los detalles de la gran estatua de bronce. Washington estaba representado de pie, vestido de civil. En una mano llevaba una maza que simbolizaba la justicia, en la otra un sombrero. De su cuello colgaba una escuadra y cartabón y en el mandil se veía claramente la representación del «ojo que todo lo ve».

—El mandil representa a la Providencia. Algunos creen que este símbolo es egipcio, pero también está representado en la cultura hebrea —dijo el tío de Lincoln.

Jack London se aproximó a la inmensa estatua, sacó el libro y miró el símbolo grabado en la portada. Todos le rodearon hasta formar un corro.

—¿Qué es eso? —preguntó Alicia.

—Esta es la razón por la que el senador Phillips y yo nos íbamos a ver.

Lincoln miró sorprendido a Hércules.

—Explíquese, por favor —dijo Alicia.

—¿Por qué no nos sentamos? —dijo Laurence. Su enorme barriga le hacía fatigarse con facilidad.

Se sentaron en un banco y Jack London se mantuvo callado unos segundos, como si le resultara doloroso recordar.

—Bueno, no sé hasta qué punto me conocen. Soy escritor y he pasado la mayor parte de mi vida viajando por el país y el resto del mundo. Mi afán de aventuras siempre tuvo un componente claro de desarraigo, nunca me he sentido parte de nada. Mi madre era una persona independiente, poco cariñosa y de ideas religiosas extrañas. Yo me crié alejado de toda forma de religión, mejor dicho, con una gran aversión a toda forma religiosa organizada. Mi agnosticismo se traducía en un racionalismo y naturalismo exacerbado.

—¿Qué tiene eso que ver con el senador Phillips? —preguntó impaciente Lincoln.

Alicia le hizo un gesto para que se callara.

—Les digo todo esto para que sean conscientes de que yo no soy una persona especialmente crédula, más bien diría todo lo contrario. Hace dos años recibí una invitación del escritor Lovecraft para dar una conferencia en Providence. Me alojé en su casa, mejor dicho en casa de su madre. El ambiente en aquel hogar era extremadamente asfixiante, lóbrego y triste. Se puede decir que la familia conservaba ese aire puritano de los Padres Peregrinos. El joven escritor estaba obsesionado con Edward Allan Poe y su obra. Podía recitar de memoria todos sus libros, pero le obsesionaba especialmente la muerte del escritor. Una de las largas noches que pasamos juntos me contó una de sus ideas descabelladas:

—Edward no murió de la manera que han querido hacernos creer. Muchos han dicho que estaba muy deprimido y que por eso se le encontró abandonado en las calles de Baltimore, pero ¿por qué iba estar en ese estado tan lamentable si unos días después se iba a casar con el amor de su vida? Además, muchos testigos dijeron que estaba sumamente feliz por la boda.

—A veces nuestro estado de ánimo cambia de repente —le comenté.

—Sí, es posible, pero ¿por qué estaba vestido con unas ropas que no eran suyas y deliraba nombrando a uno de los personajes de su novela La narración de Arthur Gordon Pym? No sé si la ha leído.

—No.

—La historia trata de un viaje y la llegada a una misteriosa isla, allí unos salvajes les atacan y tienen que esconderse en unas grutas. Creo que Edward se basó en otro libro y que cambió el escenario real de los hechos por otro, para no dar demasiadas pistas. Aun así alguien leyó el libro y se dio cuenta de que Edgar conocía una historia que solo un selecto grupo sabía —dijo el joven Lovecraft.

—¿Me está diciendo que le mataron a causa de un libro?

—Podríamos decirlo así. Hace un año viajé a su casa en Nueva York. Allí se conserva su vieja biblioteca. Uno de los libros encuadernados en cuero negro me llamó la atención. No parecía el típico libro de Edward, sin duda se trataba de un manuscrito antiguo, calculé que del siglo XVII o XVIII. No pude evitar la tentación, lo guardé entre mis ropas y lo robé.

—¿Lo robó? —le pregunté al joven, sorprendido.

—Edward ya no lo iba a necesitar y los libros no fueron creados para pudrirse en museos.

El joven me dejó unos instantes y regresó con el libro en la mano.

—Este libro es mucho más que una historia, desde que lo tengo mi vida ha sido un desastre, tal vez no sea la persona adecuada para custodiarlo.

—No le entiendo —le dije extrañado.

—Desde que llegó a mis manos, mi abuelo falleció, nuestra familia está al borde de la ruina, y mi madre está cada vez más histérica.

—Pero esas situaciones son normales —le comenté.

—Escucho voces y noto una presencia extraña. Por favor, llévese el libro. Yo no he podido terminarlo y desentrañar su misterio.

En ese momento sentí un escalofrío que recorrió mi espalda, pero a pesar de ello le dije:

—Yo no creo en cuentos de fantasmas. Cuando Jack London terminó su relato, todos estaban inquietos. Escucharon un fuerte portazo, que les sobresaltó.

—Será mejor que continuemos la visita —comentó el tío de Lincoln.

El grupo recorrió las salas del museo y escuchó las explicaciones del

bibliotecario. A mediodía estaban hambrientos y cansados. Salieron del edificio y se dirigieron a un restaurante próximo. Todos tenían la misma sensación de pesadez y angustia, pero no podían explicarla. Algo se cernía sobre ellos, una amenaza silenciosa y terrible.

Capítulo 52

Nueva York, 5 de febrero de 1916

La Orden Negra llevaba siglos luchando contra sus enemigos. Apenas unos años después de la llegada de la Orden del Temple a las colonias, la Orden Negra ya estaba establecida en América. Mientras que los miembros de la Orden del Temple luchaban por desestabilizar las posesiones británicas y provocar la insurrección, la Orden de Orange y la exclusiva Orden Negra apoyaban a la monarquía.

Después de tantos años de lucha era normal que ambas órdenes se conocieran bien, en ambos casos, tenían espías que investigaban a su enemigo, pero todavía se les escapaban los grandes arcanos ocultos. En la masonería los grandes misterios se reservaban para los grados más altos y era tremendamente difícil que un espía llegara hasta ese punto. Aunque la Orden del Temple lo había conseguido por primera vez; uno de sus miembros formaba parte del Consejo de la Orden Negra y estaba a punto de descubrir los misterios de esta y de la Orden de Orange.

El gran maestro no podía ni imaginar que tenía un traidor justo en el alma de su organización. Pensaba que cada vez estaba más cerca de conseguir su objetivo: destruir a sus enemigos y hacerse con todos sus secretos.

—Gran maestro —dijo uno de los hermanos.

—¿Sí?

—El resto del Consejo ya está aquí.

—Gracias, ahora mismo bajo.

El gran maestro observó la ciudad a sus pies. Mientras que la mayoría de las logias tenían sus sedes en la capital, cerca del poder político, él había preferido situarla justo en el corazón del poder financiero. Hacía mucho tiempo que las decisiones verdaderamente importantes se tomaban allí. Otro de los poderes que cada vez era más importante controlar era la prensa, no en vano él poseía el mayor número de periódicos de todo el país.

Tomó el ascensor y bajó hasta la planta sótano, cuando entró en la sala ya estaban todos sentados.

—Hermanos, he convocado esta reunión urgente preocupado por la situación en la que se encuentran nuestros planes. Como sabrán, estamos a punto de descubrir el misterio que la Orden del Temple ha buscado durante siglos, pero al mismo tiempo nos enfrentamos a un peligro.

Un murmullo invadió la sala.

—Durante todo este tiempo hemos pensado que el misterio oculto era un tesoro y

en parte lo es, pero hay algo más. La orden ocultó una misteriosa reliquia que tiene un gran poder sobrenatural; ellos creen que resucitando ese poder recuperarán su antigua posición.

—Eso son cuentos de viejas —dijo uno de los miembros del Consejo.

—Puede que sea así, pero no podemos arriesgarnos. Ahora es más importante que nunca que nos hagamos con ello.

—¿No tenemos hombres que persiguen a los amigos del senador Phillips? —preguntó uno de los miembros del Consejo.

—Les perdimos la pista en alta mar. Imaginamos que se dirigen a Washington, pero no hemos logrado localizarlos —dijo el gran maestro.

El Consejo comenzó a inquietarse y el gran maestro tuvo que poner orden.

—Hermanos, en unos días los habremos localizados y el misterio será nuestro, pero debemos reforzar nuestros medios. Tengo el candidato perfecto para realizar esta misión.

El gran maestro miró a uno de los consejeros más jóvenes. Se hizo un gran silencio y todos le miraron.

—¿Quién, yo?

—Nuestra orden lleva siglos protegiendo al imperio, ahora somos americanos, pero nuestro deber es salvaguardar los valores protestantes, luchar por el progreso y la libertad. Usted hizo un juramento.

—Pero yo soy inexperto.

—No se preocupe, encomiéndese al Todopoderoso y él le ayudará. Pase al centro.

El joven pasó al centro, justo en medio de las mesas. Todos se pusieron en pie y le rodearon, después pusieron sus manos sobre él y levantaron una plegaria.

Capítulo 53

Washington, 5 de febrero 1916

—Nos han informado de que Pancho Villa está armando un ejército para atacar el sur de los Estados Unidos —dijo el secretario.

—Eso es absurdo, ¿por qué un mosquito querría pinchar a un elefante? —dijo Wilson.

—Porque el mosquito está loco —dijo el secretario de Estado.

—¿Saben de cuántos hombres dispone? —preguntó el presidente.

—Es difícil de asegurar.

—Bueno, refuercen las fronteras, imagino que los alemanes quieren entretenernos en el sur, por si acaso decidimos entrar en la guerra —dijo Wilson.

—La situación en la República Dominicana tampoco es muy buena. Esperamos que la situación se desestabilice en breve. Isidro Jiménez no tiene la fuerza para controlar el poder —dijo el secretario de Estado.

—Pues tendremos preparado un contingente de intervención, no podemos permitir que los militares recuperen el poder —dijo Wilson.

Después de dos horas tratando los asuntos más urgentes, lo único que quería era descansar un poco.

—¿Hay alguna cosa más? —preguntó el presidente.

—No, bueno hay una última cuestión. Hemos tanteado al electorado y el resultado es muy ajustado —dijo el secretario de Estado.

—¿Qué quiere decir con muy ajustado? —preguntó el presidente.

—Si se celebraran hoy las elecciones posiblemente las perderíamos.

Wilson lo miró sorprendido, no pensaba que las cosas estuvieran tan mal.

—¿Cómo es posible?

—La opinión pública teme que entremos en guerra.

—Pero si los republicanos entran en el Gobierno también nos llevarán a la guerra. La gente no entiende que hay decisiones que no son políticas, muchas decisiones son inevitables.

—Ya, presidente, pero los republicanos han utilizado su promesa de no intervención para ganar votos.

—Pues tendremos que contraatacar. Proponga una reunión por la paz en Washington, invite a los embajadores y a los representantes de todos los bandos —dijo Wilson.

—Pero es inútil, ya lo hemos intentado antes —dijo el secretario.

—Ya lo sé, pero debemos reforzar nuestra posición neutral, que la gente vea que los Estados Unidos lo intentarán todo antes de entrar en la guerra.

—Lo haremos, señor —dijo el secretario de Estado.

—Gracias, pueden retirarse.

El secretario de Estado y el asistente del presidente lo dejaron solo. Intentó pensar en otra cosa y relajarse, pero el poder era absolutamente adictivo. Uno no podía desconectar sin más; como una droga te enajenaba y te hacía sentir tremendamente vulnerable, pero también poderoso e invencible.

La ciudad continuaba nevada, y él odiaba los interminables inviernos de la capital. Ahora los graves asuntos de la guerra en Europa no le dejaban viajar, aunque desde el principio de su mandato se había propuesto visitar el Viejo Continente, Canadá y algunos países de América Latina.

Se aproximó a la ventana, miró los árboles y pensó en los monumentos levantados en la ciudad. Todos aquellos hombres que le había precedido, que habían puesto los cimientos de la nación le observaban. Norteamérica llevaba demasiado tiempo aislada, desde Theodore Roosevelt la mayoría de los presidentes se habían conformado con regir los destinos de los Estados Unidos e influir en el continente, pero su visión era mucho más amplia; Norteamérica debía ser el guardián de la libertad en el mundo. Cuando la guerra terminara en Europa, alguien tenía que reconstruir las relaciones internacionales, crear un sistema que solucionara los problemas sin tener que acudir a la guerra, ese era su gran sueño. Un mundo en paz, liderado por su país.

Capítulo 54

Alexandria, 5 de febrero de 1916

El café era muy acogedor. Después de la copiosa comida, tomar un café o un té era la mejor forma de continuar con la conversación del museo. Durante la comida apenas habían hablado de la investigación, como si todos necesitaran un respiro antes de enfrentarse de nuevo a los misterios que les rodeaban.

—Entonces, ¿cuál es el contenido de ese libro? —preguntó Hércules.

—Es un libro curioso, se lo digo yo que me dedico a escribir. Al principio me pareció un libro de viajes, una crónica sobre una expedición desde Escocia a las colonias, pero a medida que avanzaba comprendí que había algo más.

—¿Algo más? —preguntó Lincoln.

—Sí, una especie de misterio dentro de la narración. El autor no da muchas pistas sobre el lugar en el que depositaron el tesoro, pero creo que usa ciertas expresiones para facilitar señales que nos lleven hasta él —dijo Jack London.

—Creo que me he perdido —comentó Alicia.

—Es muy sencillo, pasa en muchos libros. Los que se acercan a un texto sin conocer los misterios y las palabras claves, lo hacen a un nivel más superficial, como si simplemente leyeran una historia.

—¿Cómo en la Biblia? —preguntó Lincoln.

—Algo parecido, muchos se acercan a la Biblia como un libro de historia o de leyendas, eso es lo que buscan y eso es lo que encuentran, pero los que se acercan con fe ven algo muy distinto —dijo Jack.

—Entonces, si leemos el libro con la mente de un miembro de la orden, podremos desentrañar sus misterios —dijo Hércules.

—Exacto.

—Pero ¿cómo podemos hacer algo así? —preguntó Alicia.

—Bueno, yo llevo casi dos años investigando a los templarios, sus símbolos y ritos, muchas cosas fueron destruidas, pero otras, en cambio, son conocidas —comentó Jack.

—Nosotros hemos leído parte del diario del senador, en él describe como se fundó la orden y por qué se destruyó, pero no entra en detalles —dijo Hércules.

El tío de Lincoln arqueó una ceja y comenzó a hablar.

—Si me permiten.

Todos le miraron.

—No soy un experto en templarios, pero tal vez podría ayudarles con respecto a

la orden implantada en Norteamérica, de eso sí conozco un poco.

—¿La historia de los templarios en América? —preguntó Alicia.

—Sí, llevan varios siglos aquí y algunos piensan que su poder se extiende cada vez más, aunque claro, han tenido diferentes nombres durante todos estos años.

Todos le miraron sorprendidos.

—¿Diferentes nombres? —preguntó Alicia.

—Sí, el Rito Escocés es uno de sus herederos más claros —dijo el tío de Lincoln.

—No sabía que en la masonería hubiera distintos ritos, creía que todos creían lo mismo —dijo Alicia.

—No, hay diferencias notables en los grados, las ceremonias y los ritos —comentó Jack London.

—En el diario del senador hablaba de esto, de que el Rito Escocés tiene influencia templaria —dijo Hércules.

—Yo diría que mucho más que influencia.

Capítulo 55

Alexandria, 5 de febrero de 1916

Los llevaban observando toda la mañana, los peores presagios de Lear se habían cumplido, los investigadores se habían reunido con Jack London, pero además había un hombre mayor negro al que conocía.

Tenían órdenes de capturarlos a todos y hacerse con lo que hubieran encontrado. Para ello debían ponerse en contacto con la promesa de liberar a la chica, aunque la hija del senador ya estaba destinada a ser la víctima propiciatoria del ritual que liberaría la fuerza de su dios.

Se aproximaron al café y entraron. Se sentaron en una mesa próxima y esperaron a que salieran, justo en el regreso a Washington sería el mejor momento para asaltarles.

El hombre viejo era el que hablaba más animadamente, mientras los demás escuchaban. Apenas les llegaba algo de la conversación, pero sin duda hablaban sobre sus descubrimientos.

Un camarero se acercó a ellos y pidieron dos cafés para no levantar sospechas. Como miembros de la orden tenían prohibido el alcohol, cualquier estimulante y naturalmente las mujeres, aunque en sus ceremonias solemnes tomaban una especie de droga que los caballeros habían conocido en su estancia en Tierra Santa, la misma droga que la secta de los Assassini había utilizado durante siglos.

Eran cinco y ellos solo tres, pero no creían que opusieran mucha resistencia. Tres de ellos eran de una edad bastante avanzada, una mujer y el hombre negro más joven. Iban bien armados; además de sus cuchillos tradicionales llevaban armas de fuego.

Preferían cogerlos a todos vivos, pero si era necesario no dudarían en matarlos. Lo más importante era recuperar los objetos, el diario del senador y el libro que poseía Jack London.

Al otro lado de la calle les esperaba su sargento, London lo había visto en el tren y podría reconocerlo con facilidad. En una hora la misión estaría cumplida y la Orden del Temple recuperaría la llave que le devolvería su antiguo esplendor.

Capítulo 56

Alexandria, 5 de febrero de 1916

—El Rito Escocés es uno de los más conocidos y polémicos de la masonería. Una de las razones del interés que ha levantado este rito ha sido su carácter esotérico y las leyendas que se desprenden de él —dijo el tío de Lincoln.

—Creía que la masonería era una sociedad filantrópica y que sus ritos eran puro simbolismo, así me lo explicó algún miembro que conocí en Cuba —dijo Hércules.

—Ya hemos dicho que la masonería es muy amplia, pero el Rito Escocés sí encierra algunos misterios supersticiosos —dijo el tío de Lincoln.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Lincoln.

—Desde su origen, todo ha estado salpicado de misterio. El iniciador del Rito Escocés fue Chevalier Andrew Michael Ramsay. Este escocés pasó la mayor parte de su vida en Francia. Tutor del príncipe Carlos Eduardo Tudor, en 1737 se convirtió en orador de la Gran Logia de Francia y en canciller de la Logia de París.

—¿Ramsay? —dijo London— su nombre me resulta familiar.

—Es uno de los masones más conocidos. Fue el que pronunció el 21 de marzo de 1737 el discurso a la Gran Logia de París, el texto corrió de un lado para otro, dando lugar al famoso Rito Escocés o Rito Antiguo y Aceptado, el rito masónico con más grados, treinta y tres, que hundía sus raíces en muchas de las tradiciones rosacruz.

—¿Quiénes son los rosacruz? —preguntó Alicia.

—La verdad que su origen también es bastante misterioso. Algunos creen que de ellos salieron los modernos masones. Se opina que nacieron de antiguos gremios, pero su verdadero origen parte del siglo xv, cuando un tal Christian Rosenkreuz funda la orden. Las diferencias entre el sistema rosacruz de estilo Estuardo y la propuesta de Ramsay, una nueva forma de masonería de origen escocés, es evidente. La primera es muy antigua y la segunda nace de la mente y la pluma de Ramsay. Ramsay astutamente denominó al nuevo rito «Antiguo», aunque no hay constancia de su existencia antes de 1760. Ramsay bautizó al nuevo rito como «Escocés», para distinguirlo del conocido Rito Inglés, que llevaba en Francia desde 1725 —dijo el tío de Lincoln.

—Entonces, ¿el nombre de «Escocés» es lo de menos? —preguntó Hércules.

—El origen del Rito Escocés vincula la masonería con las cruzadas. Según Ramsay, en el siglo xiii había muchas logias en Alemania, Italia, España y Francia. El rito terminó por instalarse en Escocia en 1286, tomando de ella el nombre, para ser redescubierto por Ramsay en el siglo xviii.

—¿Entonces hay relación entre las cruzadas y la masonería? —preguntó Alicia. El tío de Lincoln se quedó pensativo. La respuesta no era fácil.

—Yo creo que realmente se trata de una excusa de Ramsay para hacer más atractivo el nuevo rito.

—Mi opinión es que hay una relación directa —comentó Jack London.

—No, Ramsay sabía que el nuevo rito prendería rápidamente entre los franceses si le daba un carácter caballeresco y pseudocristiano, que añadía un atractivo especial a la nueva orden. Curiosamente, Ramsay no diseñó los grados que más tarde compondrían el rito. Además Ramsay era católico, aunque su familia había sido presbiteriana. Su pupilo, el príncipe Carlos Eduardo Estuardo, se había educado en Roma bajo una rígida doctrina católica, pero a la edad de treinta años se había separado de la Iglesia. Según algunos estudiosos, Ramsay habría vinculado a la masonería con las cruzadas y la Iglesia católica, para desacreditar las ideas que relacionaban la masonería con los templarios, a los que él consideraba herejes. Según el escocés: «La masonería era un reino de príncipes religiosos y guerreros que habían sido designados para iluminar, edificar y proteger los templos vivientes del Altísimo».

—Entonces él fundó el rito, pero fueron otros los que lo completaron —dijo Alicia.

—Sí, a pesar de que el Rito Escocés va a incorporar muchas de las ideas de Ramsay. El nuevo rito tendrá un marcado sentido religioso, Dios formará parte de los grados y ceremonias. Después del 3er grado, el de maestro masón, los grados del 4.º al 14.º se llaman grados inefables y tienen como fin la contemplación del inefable nombre de Dios —dijo el tío de Lincoln.

—Entonces el rito es cristiano —dijo Lincoln.

—La verdadera fuerza del Rito Escocés no está en sus grados, ni en su configuración interna, sino en sus objetivos y en el sentido de comunidad. En la actualidad el Rito Escocés es uno de los más preocupados por el bienestar social, pero no es cristiano —dijo London.

—No entiendo nada, si el rito es peligroso y esotérico, ¿cómo es al mismo tiempo una sociedad benéfica? —preguntó Hércules.

—Porque depende de quién lo practique, además se divide en ciertas ramas —dijo el tío de Lincoln.

—Curiosamente, según tengo entendido, uno de los sitios donde el Rito Escocés prendió con más fuerza fue en los Estados Unidos. La Jurisdicción del Norte se fundó en 1867 e incluye quince estados. Su central está en Lexington, Massachussets. La Jurisdicción del Sur se fundó en 1801, abarca treinta y cinco estados y tiene su sede central en el distrito de Columbia —dijo Jack London.

—Pero su origen en Norteamérica es mucho más antiguo. En las colonias actuaba

la Gran Logia de Inglaterra, que con el tiempo se dividió en Antigua y Moderna, la Gran Logia de Irlanda, introducida en gran parte por militares y con el tiempo llegaría el Rito Escocés. Los escoceses se instalaron en las colonias debido en gran parte a su apoyo a los jacobitas. El levantamiento jacobita de 1745-1746 empujó a muchos escoceses a América. Unos fueron juzgados y enviados a las colonias por los tribunales ingleses y otros escaparon de las duras condiciones del Acta de Desarme. Durante cuarenta y seis años, todos los que incumplieran las Actas de Abolición podían ser deportados a las colonias. Se cree que cerca de cien mil escoceses fueron vendidos como esclavos en el extranjero y otros muchos desaparecieron —dijo el tío de Lincoln.

—Pero creo que otro de los sitios donde se extendió mucho el rito fue en Irlanda. Allí la situación era algo diferente, en 1688 la masonería era muy popular en la isla. También se habían perdido las antiguas formas de la masonería, especialmente los libros de actas, pero algunos de los antiguos ritos se conservaron en cartas e informes sobre la masonería. Se cree que la Gran Logia de Irlanda se creó en torno a 1723 o 1724, unos seis años más tarde que en Inglaterra. El primer gran maestro fue el duque de Montague. El duque era ahijado de Jorge I y un Hannover convencido. La dirección de la logia estuvo salpicada por las disputas entre jacobitas y los partidarios de la casa Hannover, pero apenas han quedado referencias escritas sobre este asunto —dijo Jack.

—Pero ¿por qué el Rito Escocés se extendió precisamente en Francia? —preguntó Alicia.

—A Francia era adonde huían todos los jacobitas, ya fueran irlandeses, ingleses o escoceses. Los primeros masones debieron llegar a Francia tras la derrota jacobita, entre los años 1688 y 1691. Aunque, según las crónicas del siglo XVIII, la primera logia llegó a Francia el 25 de marzo de 1688. Esta primera logia estaba compuesta por la Royal Irish; formado por Carlos II en 1661, este grupo había acompañado a Jacobo II durante la restauración y después se había exiliado. Durante años se les conoció como el Regiment d'Infanterie Walsh por el nombre de su oficial. La familia Walsh era una ferviente seguidora jacobita y apoyó económicamente a los reyes exiliados. Los escoceses exiliados y los irlandeses se movían en los mismos ambientes. Algunos han especulado con que fue en Francia en donde la masonería recuperó su relación con los templarios —dijo el tío de Lincoln.

—Por lo que dice, la masonería francesa es de origen británico —dijo Hércules.

—Efectivamente, las primeras logias propiamente francesas no aparecieron hasta 1725, y su principal inspirador fue Charles Radclyffe, un jacobita reconocido. El otro gran personaje de la masonería francesa es un viejo conocido que ya hemos mencionado, Andrew Michael Ramsay. Ramsay en su juventud había pertenecido a una sociedad rosacruz llamada Filadelfinos. Al parecer Ramsay no se estableció en

Francia por causas políticas, su deseo era estudiar junto a François Fénelon, pero tras la muerte de este continuó en Francia y se estableció en París. Tras su periodo como tutor de Carlos Eduardo Estuardo, retornó a Inglaterra. Cuando regresó a Francia en 1730 ya era un masón muy activo —dijo el tío de Lincoln.

—Pero ¿en qué creen realmente estos masones? —preguntó impaciente Hércules.

—La ambición de Ramsay era que la masonería se convirtiera en la directora de toda la raza humana. Ramsay decía que el origen de la masonería era muy antiguo y que surgió en Tierra Santa durante las cruzadas. Los primeros caballeros con los que Ramsay relacionó a la masonería fueron los Caballeros de San Juan, pero su baza definitiva fue relacionar a la masonería con la guardia escocesa que desde hacía cientos de años servía al rey de Francia —dijo el tío de Lincoln.

—Pero yo creía que los masones habían sido perseguidos en Europa —arguyó Hércules.

—Las persecuciones no tardaron en llegar. Entre los años 1735 y 1737 se desató una cacería contra los masones en Holanda, Suecia y Francia. Justo en este momento es cuando el papa Clemente XII escribe su famosa bula condenando la masonería. Los masones jacobitas sobrevivieron a las persecuciones y continuaron con su idea de restaurar a los Estuardo en el poder. Lo único que había hecho Ramsay era dar un carácter místico a una sociedad que antes era, en muchos sentidos, meramente política —dijo el tío de Lincoln.

—Según lo que he investigado en los últimos años, el encargado de unir masonería y templarios no sería un británico, sino un barón alemán llamado Karl Gottlieb von Hund —dijo Jack London.

—¿Quién? —preguntó Alicia.

—Hund era un alemán que llegó a París en 1742 y contribuyó a la extensión de su masonería templaria. Hund dijo a los masones jacobitas que había sido iniciado como caballero templario con un nuevo rito masónico. La forma ritual de Hund sería conocida más tarde como la «Estricta Observancia». El nombre deriva del juramento de obediencia que exigía una sujeción permanente a los misterios superiores desconocidos —dijo Jack London.

—¿En qué consiste la Estricta Observancia? —preguntó Lincoln.

—Según Hund, la Estricta Observancia provenía directamente de los templarios. Hund no pudo probar el origen del nuevo rito y muchos le acusaron de charlatán, por eso alegó que sus antiguos maestros le habían abandonado y no habían continuado dándole nuevas instrucciones sobre sus ritos —dijo Jack London.

—Entonces no tuvo mucho éxito —dijo Alicia.

—Al principio no, pero un hecho le vendría a ayudar. Mientras, la trama política de los jacobitas seguía en marcha. El 2 de agosto de 1745, los jacobitas intentaron invadir Inglaterra, entraron en Manchester y el 4 de diciembre alcanzaron Derby, pero

no tenían el apoyo francés que tanto habían buscado. El pueblo no se levantó para defender la causa de los Estuardo. Tras cuatro meses de escaramuzas, el 16 de abril de 1746, los jacobitas fueron acorralados por el duque de Cumberland en Culloden y aniquilados. Carlos Eduardo Estuardo escapó, pero muchos de sus hombres murieron o fueron encarcelados. Se cree que entre los desaparecidos se encontraban los hombres que habían iniciado a Hund en los misterios de los templarios —dijo el tío de Lincoln.

—Entonces, ¿quién fue el maestro oculto de Hund? —preguntó Hércules.

—No se sabe, pero él habló de una lista de grandes maestros que habían guardado esa sabiduría durante siglos. Se han barajado algunas listas de caballeros templarios desde 1118 hasta el siglo XVIII. Hund había tenido esa lista, que algunos investigadores han reconocido como fidedigna. Según estos investigadores, Hund podía conocer esa lista gracias a sus maestros ocultos —dijo Jack London.

Todos le miraron sorprendidos. Según esa teoría, la relación entre templarios y masonería sería real.

—Se ha intentado investigar la identidad de uno de sus supuestos maestros, más conocido con la identidad de Pluma Roja. Hund insinuó que el caballero de la Pluma Roja podía haber sido el propio Carlos Eduardo Estuardo, otros han mencionado al conde de Kilmarnock. En una carta fechada en 1848 se hace mención a la muerte de Kilmarnock en la Torre de Londres, la carta apunta a Alexandre Seton como el caballero de la Pluma Roja. Alexandre Seton era Alexandre Montgomery, décimo conde de Eglinton —explicó Jack London.

—¿Las enseñanzas de la Estricta Observancia eran nuevas o las viejas enseñanzas anteriores al siglo XVIII que se habían perdido? —preguntó Hércules.

—Nunca lo sabremos, pero sin duda su protagonismo en América nos ayudará a entender algunas cosas sobre la historia de los Estados Unidos —dijo el tío de Lincoln.

Hércules miró la calle a través de la cristalera. Había oscurecido muy deprisa y apenas había luz en la calle.

—Será mejor que nos marchemos antes que se haga de noche —dijo el español.

Se levantaron y se dirigieron a la salida. El grupo parecía animado, pero acusaba la fatiga del día.

—¿Se alojará en nuestro hotel? —preguntó Alicia a Jack London.

—Será un placer.

—Imagino que mañana irás a la iglesia de tu padre —dijo el tío de Lincoln mirando muy serio a su sobrino.

Lincoln titubeó unos instantes, pero al final Alicia lo tomó del brazo y dijo: —Iremos todos.

Jack London frunció el ceño, no pisaba una iglesia desde hacía cuarenta años.

Hércules estuvo a punto de desmarcarse de la invitación, pero al final cedió. Le había prometido en varias ocasiones a Lincoln ver en directo sus primitivas creencias.

En cuanto salieron del local, sus tres perseguidores fueron tras ellos. Esta vez no les dejarían escapar.

Capítulo 57

Alexandria, 5 de febrero de 1916

—¿Cómo regresaremos a Washington? —preguntó Alicia al ver la calle desierta.

—No se preocupen, hay un servicio de autobuses y taxis muy bueno —comentó Laurence, el tío de Lincoln.

—Será mejor que regresemos en taxi, creo que todos estamos muy cansados —dijo Hércules.

Caminaron bajo la noche estrellada. Recorrieron los jardines del monumento y observaron el edificio en penumbra.

—Parece un faro muerto —dijo Jack London.

Apenas alguna ventana estaba iluminada, pero la luna lograba limitar la oscuridad.

Escucharon unos pasos y Hércules se dio la vuelta. Tres figuras se acercaban hacia ellos. A unos metros, las tres figuras se separaron, como si intentaran rodearlos.

—¡Corran! —gritó Hércules señalando el edificio.

Todos corrieron hasta las escalinatas y comenzaron a ascender hasta la entrada principal. Los perseguidores aceleraron el paso.

Lincoln tiró con fuerza del pasador, pero la puerta no se movió.

—Está cerrado.

—Maldición —dijo Hércules, intentando pensar una nueva solución.

—Hay otra entrada —dijo Laurence, y comenzó a mover su pesado cuerpo hacia uno de los laterales.

Hércules sacó su revólver y Lincoln lo imitó. Se aproximaron a una puerta pequeña, una planta por debajo de la principal. Laurence empujó y esta se abrió.

Entraron fatigados al edificio, no había mucha luz, pero la suficiente para verse las caras y sentirse a salvo.

—No tardarán en entrar. Alicia, lleva a Jack y Laurence a un sitio seguro —comentó Hércules.

La mujer frunció el ceño, no le gustaba la sobreprotección de su amigo, pero al final extrajo una pequeña pistola de dos tiros de la liga y se llevó a los dos hombres hasta una sala contigua.

—No sé cuáles son las intenciones de estos tipos, pero será mejor que primero disparemos y después preguntemos —dijo Hércules.

Se apartaron de la puerta y se cubrieron detrás de una mesa. Esperaron cinco minutos, pero no pasó nada.

—¿Por qué no entran? —preguntó Lincoln.

—Me temo que les es más fácil esperar a que salgamos. No quieren empezar un tiroteo en un lugar público.

De repente, la puerta se abrió y entraron varios hombres, la mayoría de ellos de avanzada edad. Conversaban amigablemente y en todo momento ignoraron a Hércules y Lincoln.

—Debe haber una reunión de la logia —explicó Lincoln.

Después de que casi medio centenar de hermanos entraran por la puerta y se dirigieran a una gran sala al fondo, la paciencia de los dos amigos había llegado a su límite.

—Será mejor que salgamos y nos enfrentemos a ellos —dijo Lincoln.

—No estoy seguro. Ellos están al acecho, no conocemos el terreno y está demasiado oscuro.

Un hombre se acercó por su espalda. Lincoln dio un respingo y Hércules se giró.

—No teman. He visto a sus amigos y me han contado que están en problemas. Este edificio tiene una salida secreta. No crean que los masones siempre hemos sido respetados por la comunidad, hubo un tiempo en el que se nos perseguía, por eso la mayoría de nuestros edificios tienen algún sistema de escape —dijo el hombre señalando hacia una dirección.

Los dos amigos se miraron extrañados, pero escapar era la mejor solución. El rostro del anciano reflejaba paz y sosiego, como si estuviera acostumbrado a hacer aquello todos los días.

Se unieron al resto del grupo y después se dirigieron a la sala principal en la que estaba la estatua de Washington, justo detrás había una puerta disimulada que se habría con un resorte. El anciano entró primero con una lámpara y los demás lo siguieron. Caminaron unos veinte minutos por un pasillo húmedo, pero amplio y prácticamente plano. Después salieron por una trampilla en el suelo.

El anciano no salió del agujero, simplemente les sonrió y se dio la media vuelta. Caminaron hasta alcanzar la calle principal y tomaron un taxi. Una hora más tarde estaban descansando plácidamente en el hotel.

Capítulo 58

Nueva York, 6 de febrero de 1916

La catedral de San Patricio estaba abarrotada. Los domingos por la mañana centenares de fieles recorrían las calles de Manhattan para dirigirse al templo más grande de la ciudad. La fachada gótica, muy similar a la de Notre Dame de París, apenas destacaba entre los inmensos rascacielos de la ciudad. Franklin D. Roosevelt había vivido allí toda la vida, pero en los últimos años el número y tamaño de los rascacielos había aumentado. A veces pensaba en la ciudad como una nueva Babilonia, desafiante y orgullosa.

Cuando atravesaron las puertas y se aproximaron por el pasillo central hacia el altar, pensó en lo que debían sentir los fieles en la Edad Media al entrar en la casa de Dios. Aquellos edificios se construyeron para hacer que uno se sintiese pequeño. Él no se consideraba un tipo muy religioso, su familia era episcopaliana, pero no tenía ningún problema en acudir los domingos al servicio.

Comenzó el oficio y Franklin no pudo evitar imaginar a toda aquella orgullosa ciudad humillada. El crecimiento de los últimos años había sido impresionante: los ricos, más ostentosos y los pobres, aún más pobres. No se consideraba un defensor de los más necesitados, pero tal vez una de las cosas que su familia nunca había olvidado eran sus orígenes modestos y que el motivo de viajar a América había sido la falta de libertad religiosa.

Al terminar el servicio se les acercaron varios amigos para saludarles.

—Franklin, ya tenemos todo preparado, el viernes que viene saldremos para allí si te parece bien —dijo su amigo Duncan.

Eleanor miró a su marido de reojo. No le gustaban nada sus aventuras, pensaba que le entretenían de su carrera política. Cuando media hora más tarde estaban en casa comiendo, su mujer inició la conversación.

—¿Por qué pierdes el tiempo buscando tesoros o metiéndote en negocios ruinosos?

—No es perder el tiempo, hay misterios que todavía no han sido resueltos y me gusta pensar que puedo contribuir a desvelarlos.

—Tú no has sido predestinado para eso. Hace años que hablamos de nuestro futuro y del deseo de hacer de este país un lugar más justo.

—Pero ¿realmente crees que un congresista puede cambiar algo? —preguntó Franklin.

—Creo que puede intentarlo, además, ¿quién está hablando de ser un congresista?

Debes aspirar a más —dijo Eleanor.

—La política no es lo mío. Creo que es el corsé que el hombre ha inventado para decir que hace algo y no hacer nada. Ya ayudamos a centenares de personas con nuestras fundaciones y entidades benéficas. El dinero invertido en política en cambio, es como tirar billetes a la basura.

Eleanor no soportaba cuando su marido se ponía antagónico. Su relación, para bien o para mal, siempre había sido apasionada. No había podido ser de otra manera. Sus padres se oponían a la boda, la sociedad de Nueva York no veía con buenos ojos su unión, pero la fuerza del amor les había mantenido firmes en la adversidad. Ahora, once años más tarde, notaba a su marido frío y distante. No lo sabía con certeza, pero intuía que tenía una aventura con otra.

—Franklin, ¿por qué dices cosas que realmente no piensas? Sigue jugando a descubrir tesoros, no me importa, pero no descuides tu verdadera vocación. Solo vivimos una vez y nuestras decisiones nos conducen más de que lo creemos hacia nuestro destino.

—El destino es una cosa intangible, querida. Yo prefiero vivir el presente.

Capítulo 59

Washington, 6 de febrero 1916

Al otro lado del Potomac la ciudad perdía su nombre. Los edificios oficiales y los monumentos dejaban paso a una zona residencial de casas desvencijadas, basura acumulada en las cunetas y niños que corrían de un lado al otro, vestidos con ropa vieja. Desde que el coche entró en el barrio de Lincoln, Alicia no había quitado ojo de la ventanilla, sabía que conocer el lugar donde se había criado su prometido la ayudaría a entenderlo mejor. Lincoln, sin duda, era un luchador. Había logrado sobrevivir a todo eso y dejarlo atrás, pero muchos de sus temores y complejos tenían su origen en aquel lugar.

—¿Qué piensas al regresar después de tantos años? —preguntó Alicia.

—Tengo sentimientos contrapuestos. Por un lado siento una gran nostalgia, conozco cada rincón de esta zona y pasé buenos momentos con mis amigos. Cuando uno es niño no es consciente de las diferencias sociales ni se compara con nadie, pero al crecer opiné que este ambiente degradado me aprisionaba —dijo Lincoln.

—Al cruzar al otro lado vería el contraste —dijo Hércules.

—Sí, pero no me importaba tanto el contraste entre ricos y pobres, creo que siempre habrá pobres, por mucho que el hombre intente paliar las necesidades, lo que no soportaba era que los pobres fueran negros y los ricos, blancos. El nacer condenado a vivir míseramente por el color de tu piel —dijo Lincoln.

—¿Y tu padre no estaba de acuerdo? —preguntó Alicia.

—Sí lo estaba.

—Entonces, ¿por qué llevas años sin hablar con él? —preguntó Alicia.

—Él es de los que piensa que el deber de la gente que prospera o logra educarse es quedarse aquí para ayudar a la comunidad, yo creo que es mejor integrarse en la sociedad y demostrar que un negro puede hacer las mismas cosas que un blanco.

—Su padre tenía razón —dijo Jack London que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Qué? —preguntó extrañado Lincoln.

—Le digo que su padre tenía razón. Aquí es más necesario. Allí fuera sigue siendo un negro, un negro capaz de hacer cosas, pero para la mayoría no es mejor que un mono de feria que ha aprendido a dar vueltas a una rueda. Llevo toda la vida dando tumbos y denunciando las injusticias de este país, pero la única manera de conseguir la dignidad de su pueblo es que todos se unan.

Lincoln miró fijamente al hombre. Era fácil opinar de las cosas que no se

conocían, pero ya estaba acostumbrado a sentirse incomprendido.

—Quedarse era morir, vivir una vida para la que no estaba preparado. Mi padre quería que fuera pastor pentecostal y eso era imposible. Soy incapaz de amar hasta ese punto, no puedo darme sin más a los demás.

Alicia pasó su brazo por detrás y le abrazó. Entonces el coche se detuvo frente a una iglesia pintada impolutamente de blanco. Era hermosa, como un diamante arrojado en mitad del estiércol.

Lincoln levantó la vista y observó a los feligreses que caminaban sonrientes hacia la puerta principal. Estaba en casa, aunque sintió la incertidumbre del hijo pródigo que no sabe cómo será recibido.

—Adelante —dijo Hércules bajando del vehículo.

—No he estado en un servicio pentecostal en mi vida, aunque cuando comenzó la moda en la calle Azusa en Los Ángeles se montó un gran revuelo, miles de personas pasaban todos los días por esa iglesia —comentó Jack London.

—¿Están preparados para algo realmente diferente? —preguntó Lincoln recuperando el ánimo.

Abrió la puerta y todos contemplaron la capilla completamente llena. Se sorprendieron de la efusiva bienvenida y de cómo la gente se besaba, se abrazaba y saludaba.

—Será mejor que nos sentemos, la reunión está a punto de empezar —dijo Lincoln.

Lo que desconocían era que una ceremonia mucho más macabra estaba comenzando al otro lado de la ciudad.

Capítulo 60

Washington, 6 de febrero de 1916

Todos iban vestidos con la túnica negra y la cruz roja en el pecho. En la cara llevaban máscaras doradas con la expresión de cruel indiferencia. Para aquella ceremonia solemne se habían reunido prácticamente todos los hermanos. Algunos acababan de llegar de las reuniones de sus diferentes iglesias, era mejor que al menos la sociedad siguiera viéndoles como hombres respetables. Ahora podrían dar libertad a sus instintos.

Lear entró con una guardia de diez hombres. Sus atuendos eran ligeramente más ricos, bordados en oro y sus máscaras representaban algo parecido a un dios pagano o un demonio.

Se hizo un gran silencio y Lear se dirigió al altar.

—Hermanos, caballeros templarios, estamos aquí reunidos para celebrar una de nuestras ceremonias solemnes. Hace siglos, los que fundaron nuestra orden no podían ni imaginar que en las entrañas del antiguo templo de Salomón iban a encontrar las respuestas a las preguntas que la humanidad llevaba siglos haciéndose. Salomón terminó sirviendo a muchos dioses, se dio cuenta que el dios de los israelitas era caprichoso, celoso, pero que no recompensaba a aquellos que le entregaban su vida. Descubrió que el verdadero culto era al dios de la luz, a aquel que había creado la música. Al más celestial de todos los ángeles.

Hizo una pausa y comprobó la expectación de los hermanos. Durante todo el año esperaban esa ceremonia, era la forma de tomar energía para el resto del año.

—Nuestra misión de transmitir la verdad sobre Dios y las mentiras de la Iglesia nos llevó a la clandestinidad y el destierro, pero eso está a punto de acabar. Dentro de poco recuperaremos todo lo que nuestros hermanos escondieron en estas tierras y el mundo temblará.

Un gran murmullo se extendió por la sala.

—¡Se necesita sangre inocente! —gritó Lear.

—¡Se necesita sangre inocente! —gritaron todos a coro.

Dos caballeros trajeron a una muchacha rubia hasta el altar, tenía unos dieciséis o diecisiete años y, aunque estaba visiblemente drogada, su cara reflejaba una expresión de pánico. Su cuerpo temblaba, pero no se resistía.

La tumbaron sobre el altar y de repente todos se callaron. Un silencio espeso e impaciente recorrió la sala.

—Hermanos, Abraham no se atrevió a sacrificar a Isaac, el dios de los judíos fue

cobarde y le mandó un cordero, pero nuestro Dios es valeroso. Él no tiene miedo de derramar sangre humana.

Lear levantó un gran cuchillo y dijo unas letanías en latín. Después gritó:

—Moloch, Baal, Lucifer, Satanás, por todos tus nombres, para tu gloria te entregamos este cuerpo inocente.

El gran maestro hundió el cuchillo en el vientre de la muchacha y esta lanzó un grito espantoso. La sangre comenzó a manar del vientre y la chica intentó agarrárselo con las manos, pero dos hombres sujetaban sus piernas y otros dos sus manos. Lear volvió a hincar el cuchillo una y otra vez, mientras la sangre le salpicaba la cara y las ropas. Olfateó el olor caliente y dulzón de la sangre, pero no se detuvo hasta que la chica dejó de moverse.

Después levantó el cuchillo y lo enseñó a los presentes.

—Por el verdadero Dios, por aquel que un día gobernará el mundo y someterá al hombre bajo nuestros pies.

Los caballeros gritaron eufóricos, extasiados por la sangre y el horror. El mecanismo ancestral de la violencia había inflamado sus más bajos instintos, aquellos que convierten al hombre en un animal cruel.

Capítulo 61

Washington, 6 de febrero 1916

Hércules intentaba observar aquello de una manera científica, pero a ratos se le hacía imposible. La música era animada y alegre. El cuerpo se dejaba engatusar por el órgano y la orquesta que tocaba a todo volumen. Un coro de medio centenar de mujeres y hombres dirigía las alabanzas con una fuerza que ponía los pelos de punta. Él había visto en Cuba a negros bailando las ancestrales danzas, pero aquello no tenía nada que ver. Mientras que las ceremonias en las playas sacrificando gallinas tenían para él algo de macabro y oscuro, aquella gente parecía sinceramente feliz, libre.

Alicia lo miró y sonrió. Ella estaba más que ninguno de ellos concentrada en cada detalle de la reunión. Las oraciones de algunos miembros de la congregación entre canción y canción, un par de testimonios y el electrizante ambiente que se creaba eran cosas que Lincoln le había contado decenas de veces.

El grupo tenía la tentación de dejarse llevar, como si una fuerza irresistible quisiera conquistar, pero de inmediato Hércules y sus amigos volvían a recuperar el control.

Después de pasar la ofrenda, un hombre no muy alto, con el pelo canoso, barba y con algo de sobrepeso, subió al púlpito.

—Creo que hoy tenemos la visita de varias personas —comentó sonriente.

Lincoln se hundió un poco más en el banco, pero su padre no estaba dispuesto a dejarle escapar.

—George, ¿puedes presentarnos a tus amigos?

El padre de Lincoln habló con la familiaridad de alguien que acaba de ver a su hijo esa misma mañana en el desayuno.

Lincoln se levantó y presentó al resto del grupo, después de cada saludo, la gente aplaudía. Cuando terminó se volvió a sentar.

—Hoy me gustaría hablaros del hijo pródigo. Lo siento, George, pero no sabía que estarías en la iglesia —comentó el pastor y la congregación rio a carcajadas.

En ese momento, a Lincoln le hubiera gustado que se lo tragara la tierra, pero permaneció serio sin moverse un milímetro.

—En muchas ocasiones nos han hablado de un Dios justiciero que busca constantemente martirizar al hombre. El Dios vengativo que espera una ocasión para destruir al ser humano, pero, por el contrario, la verdadera imagen de Dios es la del padre que espera al hijo pródigo. Un hijo que ha pedido la herencia del padre y la ha derrochado, pero que cuando vuelve en sí, se da cuenta que en la casa de su padre

vivía mejor. —El predicador hizo una pausa y miró al público. Nadie hablaba, todo el mundo permanecía atento y en silencio—. ¿Qué visión tienes tú de Dios? ¿Cómo crees que te acogerá si hoy vuelves a él? Nos dice la Biblia que cada día aquel padre salía al camino para ver si su hijo regresaba y que el día que vio de nuevo a su hijo corrió hacia él, le dio nuevas vestiduras, un anillo y organizó una gran fiesta.

El auditorio hizo un gesto de asombro y algunos expresaron a viva voz su alegría.

—Dios no nos reprocha nuestros pecados, ya que sabe que somos pecadores, pero los perdona si venimos a él. Regresa a la casa de tu padre.

El coro comenzó a cantar suavemente un espiritual y la iglesia se fue uniendo progresivamente. El coro de voces inundó la sala. Algunos de los presentes comenzaron a llorar y se dirigieron a la parte delantera de la iglesia para que el pastor orara por ellos.

Cuando el servicio terminó, el pastor pasó por el pasillo central y se puso a la puerta de la iglesia. Hércules y sus amigos salieron de su banco y se dirigieron a la salida.

—Reverendo Lincoln —dijo Hércules—, muchas gracias por su sermón.

—De nada, es mi trabajo predicar la palabra de Dios —dijo el padre de Lincoln, sonriente.

Lincoln se adelantó un paso y su padre le abrazó. Al principio Lincoln se quedó rígido e inexpresivo, pero al final terminó por rodearle con los brazos.

—Hijo, me alegro mucho de verte. Tu tío me había dicho que estabas en la ciudad, no sabía si ibas a venir a verme.

—No podía dejar de hacerlo.

—¿Os vendréis a comer a casa?

—No podemos, padre, estamos en medio de una importante investigación —contestó Lincoln.

—El día del Señor es para descansar, además solo serán unas horas.

—No sé —dijo Lincoln mirando a sus amigos.

—Estaremos encantados —dijo Alicia aproximándose al reverendo.

—Tengo que presentarte a mis amigos. Alicia Mantorella, una amiga.

La mujer le miró sorprendida; llevaban meses prometidos, pero por alguna razón Lincoln prefirió omitir ese detalle.

—Hércules Guzmán Fox, un gran amigo y compañero de fatigas. El señor Jack London, famoso escritor e investigador.

—Encantado, espero que tengan una feliz estancia en la ciudad de Washington. Son muy bienvenidos. Si me esperan un momento, termino de despedir a la congregación y nos iremos a mi casa a comer.

El grupo se apartó del pastor y un gran número de personas se acercó a saludarles. La mayoría abrazaba a Lincoln como si formaran parte de su familia.

—George, no has cambiado —dijo una atractiva mujer.

Lincoln se ruborizó y Alicia dio un paso para presentarse.

—Alicia Mantorella.

—Encantada, mi nombre es Ana Jefferson, George y yo somos amigos desde niños.

Una mujer mayor se acercó al grupo y le dijo a Lincoln:

—¿Sigues sin casarte, hijo? Aquí muchas se acuerdan de ti.

Ana sonrió e intentó cambiar de tema.

—Mi madre siempre está bromeando. Creo que comeremos con vosotros en casa de tu padre. Desde hace años, preparamos su comida de los domingos. Cada día de la semana una mujer de la iglesia le lleva la comida, es la única manera de asegurarnos de que se alimenta bien.

—¿Dónde está mi hermana Elisabeth? —preguntó Lincoln.

—Hace más de un año que se casó y se fue a vivir a Maine —dijo Ana—, tu padre se ha sentido muy solo, pero ya comienza a acostumbrarse.

El grupo abandonó la capilla y fue caminando al otro lado del jardín, donde se encontraba la casa pastoral. Pasearon en silencio, disfrutando del sol que derretía la nieve acumulada en los jardines.

—Todo sigue igual —dijo Lincoln.

—Aquí no cambia nunca nada —dijo Ana, resignada.

—Me parece una hermosa iglesia —dijo Alicia.

—Gracias —dijo el reverendo—, nos costó más de cinco años terminarla. Todo el mundo ayudó, hasta George. Y eso que a él las cosas de la iglesia nunca le interesaron. Siempre quiso volar solo.

Lincoln frunció el ceño. No entendía por qué su padre tenía que hablar de su vida privada. Ana se le agarró del brazo y Alicia los miró enfadada.

—Lo importante es que hoy nos ha venido a ver —comentó Ana.

Entraron en la casa. El reverendo los llevó al salón y se sentaron directamente a la mesa, que ya estaba puesta. Las mujeres añadieron cuatro cubiertos más y se fueron a la cocina a por la comida.

—Siéntense, por favor.

Todos ocuparon su sitio y el pastor comenzó a hablar.

—Tu tío me comentó que estáis investigando algo sobre la masonería.

Lincoln le miró sorprendido, había advertido a su tío que no dijera nada.

—Es una investigación peligrosa y es mejor que no sepas lo que estamos investigando.

—Bueno, Lincoln, no creo que suceda nada porque tu padre sepa... —comentó Alicia.

—A él no le interesa lo que estamos investigando.

—George, no le hables así a la señorita. ¿Es que has olvidado tus modales? —dijo el padre de Lincoln enfadado.

—Disculpe a su hijo, está sometido a mucha presión y su deseo es protegerle. Normalmente investigamos organizaciones criminales muy peligrosas y es mejor que dejemos al margen a personas inocentes —dijo Hércules—, pero en este caso no creo que importe mucho hablar del tema. Si al señor Jack London le parece bien.

—No tengo ningún inconveniente —dijo el escritor.

—Investigamos la muerte de un senador —dijo Hércules.

—¡Qué extraño!, no he leído nada en los periódicos —dijo el padre de Lincoln.

—¿No ha salido en los periódicos? —preguntó Lincoln.

—No, ya sabes que yo leo dos o tres todas las mañanas. Una noticia como esa no me habría pasado desapercibida.

—Tal vez el Gobierno prefiera no airear la muerte para descubrir a los asesinos —comentó London.

—Es posible —dijo Hércules.

—Me parece sorprendente. Creía que la prensa en Norteamérica no se sujetaba a los dictados del Gobierno —comentó Alicia.

—En nuestro país muchas cosas no son lo que parecen. Hace casi cincuenta años que se hizo una guerra para que los negros fueran libres y pudieran votar, pero en la mayoría de los estados se nos trata peor que a esclavos y se nos impide ejercer nuestro derecho al voto y ejercer ciertos oficios —dijo el padre de Lincoln.

En ese momento llegaron Ana y su madre con la comida. Sirvieron a los invitados y después se sentaron a la mesa. El pastor rezó una breve oración y comenzaron a comer.

—Entonces investigan el asesinato de un senador —dijo el padre de Lincoln.

—¡Qué horror! —dijo Ana.

—No se preocupe, el pobre senador murió muy lejos de aquí, cerca de las costas de Nueva Orleans —dijo Hércules.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con la masonería? —preguntó el padre de Lincoln.

—Eso es lo que estamos investigando —dijo Hércules.

—Yo nunca he aprobado la masonería, de hecho nuestros feligreses tienen prohibido pertenecer a una logia, aunque hay otros pastores que lo ven bien.

—Hay muchos tipos de masonería —dijo London.

—Sin duda, pero creo que no es lógico que personas adultas hagan ciertas cosas en secreto. Si les soy sincero, todo eso me parece cosa del diablo —dijo el padre de Lincoln.

—¿Del diablo? —preguntó London.

—Sin duda, algunos creen que el diablo no existe, pero créanme, yo lo he visto en acción.

—¿Usted ha visto al diablo? —preguntó Alicia asombrada.

—He tenido que liberar a muchas personas de posesiones demoníacas y más de una vez he experimentado su desagradable presencia. Son gajes del oficio —dijo el reverendo.

—Perdóneme, pero me cuesta creer ese tipo de leyendas —dijo Hércules.

—¿Leyendas? El diablo tiene muchas rostros, señor Guzmán Fox, espero que nunca tenga que verlo cara a cara —dijo el reverendo, mientras su expresión se ensombrecía por unos momentos.

El sol comenzó a ocultarse por el horizonte y las sombras se alargaron en el salón. La oscuridad los atenazó por unos instantes, el príncipe de la noche parecía algo lejano e irreal por el día, pero en cuanto la oscuridad lo cubría todo, el temor se apoderaba del corazón de los hombres.

Capítulo 62

Washington, 6 de febrero 1916

Lear estaba furioso. Sus hombres habían fracasado de nuevo, el tiempo se agotaba y sus enemigos les pisaban los talones. Tenía que tomar medidas desesperadas. Al parecer, las advertencias no habían sido suficientes, y la amenaza de matar a la hija del senador no había servido para nada. Después del ritual de la mañana se sentía más fuerte, pero por otro lado se arrepentía de haber cambiado la víctima del sacrificio en el último momento, sin duda Margaret habría sido la mejor can di data.

Uno de sus hombres entró en su despacho. Desde allí se podía contemplar el monumento a Jefferson y gran parte de la ciudad.

—Gran maestro.

—Sí, ¿qué quieres? —preguntó Lear, molesto.

—Hemos vuelto a localizar al grupo, están en la casa pastoral de la calle Veintitrés.

—¿Dónde?

—El padre de uno de ellos al parecer es pastor de una iglesia pentecostal de negros —dijo el caballero.

—No podemos perder esta oportunidad. Ordena inmediatamente que todos los hombres disponibles los busquen y los traigan aquí. Esta vez no podéis fallar.

—Sí, gran maestro.

—Los quiero vivos, especialmente a los tres, el hombre negro, el caballero español y la señorita, el resto no me importa —dijo Lear.

—Saldremos de inmediato —dijo el caballero retirándose.

Lear pensó en cuántos grandes maestros habían buscado las reliquias perdidas y habían fracasado. Un tesoro tan bien guardado que sus propios cuidadores lo habían perdido. Una verdadera fortuna en oro, plata y piedras preciosas, pero sobre todo aquella reliquia tan poderosa que les devolvería su antigua gloria.

Capítulo 63

Washington, 6 de febrero 1916

—Reconozco que es difícil creerlo entre personas educadas como ustedes, pero el diablo existe y se mueve en el mundo —dijo el padre de Lincoln.

Todos le miraron sorprendidos. El diablo era una bonita explicación, pero sin duda no se trataba de una persona o ente real.

—Pero ¿cómo puede afirmarlo con toda seguridad? —preguntó Alicia.

—Llevo muchos años estudiando demonología. Lo mejor para vencer a un enemigo es conocerlo a fondo, pero, sobre todo, tengo un especial discernimiento espiritual.

—¿Qué tiene? —preguntó Jack London.

—Los cristianos lo llamamos discernimiento espiritual, se trata del don de identificar y sentir a cualquier tipo de espíritu demoníaco —dijo el padre de Lincoln.

—Padre, será mejor que no aburras a mis amigos.

El padre de Lincoln lo miró enfadado.

—No nos está aburriendo, al contrario, parece un tema muy interesante —dijo Hércules.

—El cristianismo no es la única religión que cree en el diablo, prácticamente en todas las religiones se habla de él. Tiene muchos nombres y muchas caras, pero en esencia es el mismo ser —dijo el padre de Lincoln.

—Espero que no me tomen por un loco, pero desde que estoy investigando este tema, he notado ciertas presencias extrañas. Al principio las identifiqué con simples alucinaciones, pero ahora estoy seguro de que es algo más —dijo London.

Todos le miraron sorprendidos.

—El libro en el que se narra cómo los templarios ocultaron el tesoro es mucho más que una mera narración, tiene cierto poder destructivo. Es como si comenzara obsesionándote, hasta el punto de que te introduce en la mente la idea de suicidio —dijo London.

—Puede tratarse de una simple idea obsesiva —dijo Hércules.

—No lo creo —contestó London.

—En las últimas semanas he notado un aumento de esa presión espiritual en la ciudad. Seguramente se han hecho algunos rituales satánicos —dijo el padre de Lincoln.

—¿En qué consisten ese tipo de rituales? —preguntó Alicia.

—Son la contraposición de los cultos cristianos. Algunos los llaman misas negras.

Mientras que en el culto cristiano se adora a Dios y a su hijo Jesucristo, la misa negra se centra en la adoración a Satanás. Se utilizan símbolos cristianos como la cruz o la hostia, pero a la inversa —dijo el padre de Lincoln.

—La famosa cruz invertida —dijo Hércules.

—Exacto, pero lo más macabro es cuando se hacen sacrificios —dijo el padre de Lincoln.

Ana se estremeció.

—Estos temas me aterrorizan —reconoció la mujer—, con su permiso pondré el café.

—¿Te ayudo? —dijo Lincoln.

Se levantaron de la mesa y Alicia lanzó una mirada que no pasó desapercibida a Hércules.

—He visto algún ritual parecido en Cuba, pero los sacrificios solían ser de animales —dijo Hércules.

—Sí, pero cuando se quiere aumentar el poder diabólico, los satanistas suelen recurrir al sacrificio humano, ya sea de una joven virgen o de niños pequeños. Ese tipo de sacrificios aumentan su poder y preparan el camino para cualquier tipo de manifestación poderosa —dijo el padre de Lincoln.

—¿Cree que los templarios eran un grupo satánico? —preguntó London.

—Fue una de las acusaciones por las que se disolvió la orden y se ejecutó a sus líderes, si no recuerdo mal —dijo el padre de Lincoln.

—¿Pero hay pruebas? —dijo Hércules.

—Me temo que no estoy especializado en los templarios, pero sin duda mi hermano les podrá ayudar mañana en la Biblioteca del Congreso, allí acumulan miles de libros de todos los temas. Muchas veces me paso las horas muertas investigando entre las estanterías de la biblioteca.

—En el libro habla de un tal Baphomet, una especie de ídolo al que adoraban los caballeros templarios —dijo London.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alicia.

—Baphomet. Es un ídolo con barba, se encontró en algunas de las casas templarias. Aunque la masonería moderna considera a este ídolo un símbolo de la sabiduría —dijo London.

—Es increíble —dijo Alicia.

—El nombre aparece en algunos poemas del siglo XIII lamentando la derrota de la Séptima Cruzada, según dice el libro. Además la acusación de adorar a este ídolo es exclusiva de los templarios. Normalmente se metían todo tipo de acusaciones sin fundamento para agravar las causas: sodomía, brujería y blasfemias, pero a los templarios se les acusó también de adorar a esta figura —dijo London.

—Qué curioso —comentó Hércules.

—Algunos creen que detrás de ese nombre estaba Mahoma, que los templarios adoptaron ideas musulmanas, pero varios escritores les acusaron de satanismo. Uno de sus mayores detractores fue Leo Taxil, un exmasón arrepentido que explicó los rituales ocultos de los masones, especialmente de los masones templarios o del Rito Escocés —dijo London.

—Leo Taxil, me suena mucho —dijo Hércules.

—Taxil denunció en su tiempo que la masonería rendía culto a esta especie de ídolo satánico, pero muchos no le creyeron —dijo London.

—Pero ¿realmente lo adoraban los templarios? —preguntó Alicia.

—Algunos creen que solo un círculo preferente de los templarios participaba en esta clase de ceremonias, la mayor parte de los caballeros desconocían estos cultos satánicos, por ello muchos no confesaron a pesar de ser duramente torturados —explicó London.

—¿Qué significa «Baphomet»? —preguntó Alicia.

—Al parecer, no se sabe a ciencia cierta su significado. Algunos creen que es la suma de las palabras Bap, que proviene de Juan el Bautista y las últimas de Mahomet, Mahoma, el dirigente de los musulmanes. Otros piensan que simplemente significa Baphe y Meteos, «bautismo» y «adoración» —dijo London.

—Entonces las acusaciones contra los templarios estaban fundadas —dijo Hércules.

—Las acusaciones siempre se ha creído que fueron una excusa para quedarse con el tesoro de los templarios, pero yo intuyo que los templarios descubrieron una reliquia que tenía un gran poder. Lo que el rey de Francia y el papa querían era esa reliquia —dijo London.

—¿No será el famoso Santo Grial? —preguntó Hércules.

—¿La copa en la que supuestamente depositaron la sangre de Cristo? —preguntó el padre de Lincoln.

—Mucho se ha especulado sobre esta copa y sus supuestos poderes curativos, pero no creo que se trate del Santo Grial, en el libro habla de una pieza poderosa, capaz de matar a un hombre —dijo London.

—Entonces, ¿de qué se trata?

En ese momento se escuchó un fuerte golpe en la entrada y todos se asustaron. Unos segundos más tarde la puerta reventaba en mil pedazos.

Capítulo 64

Washington, 6 de febrero 1916

La cena estaba puesta en la mesa. El presidente charlaba animado con el embajador británico, desde hacía semanas los aliados presionaban para que los Estados Unidos entraran en la guerra, pero los europeos eran incapaces de entender cómo funcionaba el sistema electoral norteamericano.

—No comprendo —dijo el embajador británico.

—Nuestro sistema es más garantista. No se trata de tener una mayoría en el Parlamento y que el jefe del Estado nos pida formar Gobierno. Primero debemos ganar las primarias de nuestro propio partido para presentarnos como candidatos, después necesitamos el apoyo de miles de ciudadanos que nos den donativos para sufragar la campaña. La mayor parte de los norteamericanos no ven la necesidad de entrar en guerra, piensan que es un asunto meramente europeo —explicó Wilson.

—¿No ven que Alemania y Austria son un peligro? Las potencias centrales no quieren solo un predominio en los Balcanes, su deseo es gobernar el mundo. Alemania se extiende por África y busca colonias en Asia, dentro de poco se atreverá hasta con América —dijo el embajador francés.

—No tenemos miedo a Alemania, a pesar de que en los últimos años nos consta que ha instigado a los mexicanos a enfrentarse contra nosotros, pero lo que no desea nuestro Gobierno es que una sola potencia se haga con el control del mundo —dijo el presidente.

—La situación es crítica. La guerra se está alargando demasiado y nuestros países se encuentran al borde del colapso. Necesitamos su ayuda —dijo el embajador británico.

—Denme unos meses, ahora mismo tengo las manos atadas. Mi deseo es que de esta guerra salga una paz larga y duradera. No podemos permitir que las grandes potencias diriman sus luchas a través de la guerra —dijo el presidente.

—¿De qué otra forma podrían hacerlo? —preguntó el embajador británico.

—Creando organismos que arbitren en las disputas y den una solución justa —respondió el presidente.

—Y, ¿por qué una nación soberana se iba a someter al dictado de una organización internacional? —preguntó el embajador francés.

—Por la presión del resto —dijo el presidente.

—Lo siento, presidente, pero no creo que algo así funcione. Hay países democráticos que están acostumbrados a someterse al imperio de la ley, pero la

mayor parte de las naciones son dictaduras o regímenes totalitarios, ese tipo de Estados no se someterían a las decisiones de un organismo de esas características —dijo el embajador británico.

—Muchos únicamente entienden el empleo de la fuerza —dijo el embajador francés.

—Yo creo que el hombre del siglo xx está aprendiendo una gran lección con esta guerra y no volverá a caer en los mismos errores —dijo el presidente.

Los dos embajadores se quedaron en silencio. A veces se sorprendían de la ingenuidad de los norteamericanos. Sin duda eran una nación demasiado joven y optimista para entender qué era lo que movía el mundo.

—Los hombres se gobiernan por ambiciones y el uso de la fuerza es el único instrumento que hasta ahora ha satisfecho su deseo de dinero, poder o prestigio. Las guerras continuarán mientras el hombre habite la tierra —dijo el británico.

—Los franceses tenemos una visión más optimista de la raza humana, pero todavía estamos lejos de vivir en un mundo de paz y armonía.

—Les comprendo, yo tampoco creo en la bondad del ser humano, pero sí en el poder de las palabras —dijo el presidente.

Mientras, al otro lado de la ciudad, las palabras eran acalladas por los disparos.

Capítulo 65

Washington, 6 de febrero 1916

Todos se arrojaron al suelo. Los cristales de las ventanas comenzaron a estallar y las balas silbaban por todo el salón. Lincoln escuchó el alboroto desde la cocina, sacó su arma y se disponía a ir a ver lo que pasaba cuando dos hombres entraron por la puerta de atrás. Los tipos iban vestidos de negro y llevaban el rostro cubierto. Lincoln disparó a uno de ellos y después a la lámpara del techo. La cocina se oscureció y tiró de Ana para que se colocara detrás de la mesa.

El intruso se introdujo en la cocina y se lanzó sobre Lincoln. A este no le dio tiempo de disparar. Los dos forcejearon y el intruso logró quitarle el arma. Sacó un cuchillo y comenzó a acercárselo al cuello.

—¡Maldito! —dijo Lincoln al límite de sus fuerzas. Aquel tipo era demasiado fuerte.

El puñal ya rozaba su garganta cuando Ana se lanzó sobre su espalda clavándole un puñal. El intruso bramó y se estiró hacia atrás, lanzando a Ana por los aires. Lincoln se incorporó y empujó al intruso. Este perdió el equilibrio y se cayó de espaldas, hincándose el cuchillo hasta el fondo.

Mientras, en el salón cuatro hombres disparaban contra Hércules y sus amigos.

—La policía no tardará en venir —dijo Alicia.

—En este barrio la policía no se atreve a entrar —dijo el padre de Lincoln.

—¿Qué?

—Pensaran que es un ajuste de cuentas entre delincuentes —dijo el padre de Lincoln.

La anciana estaba aterrorizada, temblando, en el suelo, y Hércules se mantenía a resguardo antes de actuar. Se preguntaba dónde estaba Lincoln.

Escucharon unos pasos en el pasillo y observaron que parte de los disparos se dirigían hacia la cocina; eso era lo que Hércules estaba esperando.

El español se levantó y disparó a dos de los hombres, uno cayó abatido. Después se dirigió reptando hasta otra parte del salón y alcanzó a otro.

Lincoln logró matar a uno más, pero unos segundos más tarde otros cuatro hombres entraron en la casa.

—Pero ¿cuántos son? —gritó Hércules.

—Creo que esta vez quieren asegurarse de que no escapamos —dijo Alicia, que había sacado su pistola de dos tiros. Se levantó y con un disparo certero mató a uno de los intrusos.

De repente los tiros cesaron y uno de los asaltantes comenzó a hablar:

—Están rodeados. No queremos que muera gente inocente. Dénnos lo que han conseguido y les dejaremos marchar.

—¿Qué pasa con Margaret? —preguntó Alicia.

—También la liberaremos.

—Tráiganla aquí —dijo Hércules.

—Las condiciones las ponemos nosotros. Entréguenos el diario del senador, las figuras y el libro, después nos marcharemos y hoy mismo liberaremos a la muchacha.

—No, primero traigan a Margaret —dijo Alicia.

El hombre hizo una señal y los intrusos comenzaron a disparar de nuevo. A pesar de lograr abatir a varios asaltantes, la situación comenzaba a ser crítica. Empezaba a escasear la munición.

Uno de los disparos alcanzó a Hércules en el hombro.

—Maldita sea —dijo el español mientras se sujetaba el brazo.

—Deme el arma —dijo el padre de Lincoln. Se puso en pie y mató a uno de los asaltantes, pero un tiro lo alcanzó y cayó al suelo.

Siguieron intercambiando disparos hasta que se escucharon tiros desde fuera. Al parecer un grupo de feligreses se había acercado con sus armas para defender la casa del pastor. Los asaltantes huyeron, dejando tras de sí varios cadáveres.

Cuando los feligreses entraron en la casa encontraron varios heridos y todo destrozado.

Uno de ellos limpió la mesa y puso sobre ella al pastor. Otros atendieron las heridas de Hércules y la anciana.

Lincoln se acercó al salón preocupado, su padre estaba sobre la mesa semiinconsciente. Tuvo que tragar saliva para contener las lágrimas. Esos malditos bastardos le habían herido.

Capítulo 66

Nueva York, 6 de febrero de 1916

La casa de Hyde Park se conservaba en perfecto estado. Dejó el coche delante del porche y se adentró en la penumbra. El tiempo había vuelto a empeorar después de una mañana radiante. Aquel invierno estaba siendo especialmente duro. La biblioteca permanecía igual que la última vez que entró. El abuelo había reunido miles de volúmenes a lo largo de toda su vida. En eso se parecía poco a su padre. La familia Delano se remontaba al siglo XVII, cuando un peregrino de Flandes llegó a Plymouth huyendo de las persecuciones religiosas. Su abuelo Isaac era un hombre de negocios como su padre, pero también era un amante de los libros.

El abuelo era el que le había narrado la historia de la familia y por qué pertenecían a la Orden de Orange; aunque él no tenía ese marcado protestantismo, no quería olvidar sus raíces. Pertenecer a una de las sagas más importantes del país tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Todos esperaban mucho de ti, quizá demasiado.

Recordaba que su abuelo siempre le había hablado de los misterios escondidos en América, conservaba un libro antiguo que narraba leyendas y viejas historias de los primeros pobladores del país.

Revisó las estanterías y al final se subió a la escalera. Allí, casi en la parte más alta, se encontraba el libro. Su buen estado de conservación le impresionó. Se sentó con él en una de las butacas tapadas con sábanas blancas y comenzó a leer.

El libro narraba todo tipo de aventuras y leyendas, pero había una que le obsesionaba especialmente. La relacionada con la famosa cueva de la isla de Oak. Nadie había podido desvelar por completo sus secretos, ahora una nueva expedición estaba a punto de partir, y por fin el misterio sería desvelado.

Capítulo 67

Washington, 6 de febrero de 1916

El hospital de Georgetown era una vieja institución fundada por los jesuitas. A muchos no les gustaba el hospital porque los estudiantes tenían que practicar con los pacientes, pero era una de las instituciones que más se ocupaba de la gente necesitada de la ciudad.

Lincoln caminaba de un lado al otro de la sala esperando noticias. Alicia y él eran los únicos que no habían necesitado una revisión médica. La madre de Ana había fallecido, Hércules estaba herido y su padre se debatía entre la vida y la muerte.

—Todo saldrá bien —dijo Alicia poniendo una mano sobre su hombro.

—No estoy tan seguro, parecía muy grave. No sé cuántas balas lo han alcanzado.

—Tu padre es un hombre fuerte.

—Es demasiado mayor, tiene ochenta años.

—Los médicos saben lo que hacen —dijo Alicia intentando tranquilizarle.

—Lo peor de todo es que hoy me comporté de una manera totalmente injusta, pero no lo puedo evitar, él me recuerda a todo lo que he renunciado y a lo que pude haber sido.

Lincoln se sentó y se inclinó hacia delante con las manos en la cabeza. Su mente bullía de recuerdos. Había sido un niño feliz a pesar de las discriminaciones que había sufrido, sus padres siempre lo habían valorado y hasta la adolescencia no se había enfrentado nunca a las decisiones paternas.

Un hombre vestido con una bata blanca entró en la sala.

—¿Familiares del reverendo Lincoln?

—Sí —dijo Lincoln ansioso.

—Siento comunicarle que su padre acaba de fallecer. Las heridas eran demasiado graves, tenía un pulmón perforado y el hígado deshecho. Además, su enfermedad no ha contribuido a ayudarlo —dijo el doctor.

—¿Qué enfermedad?

—Su padre sufría desde hacía más de un año una enfermedad degenerativa. Le habíamos dado apenas unos meses de vida —dijo el doctor.

Lincoln se quedó sin palabras, conteniendo el aliento. Alicia lo abrazó y el médico le dio la mano.

—Lo lamento.

Cuando se quedaron solos, Lincoln hundió su cara sobre el hombro de la mujer y comenzó a llorar. Toda aquella rabia contenida, el miedo y el dolor afloraron y

rompieron todas sus resistencias.

—Cariño —dijo Alicia abrazándole con fuerza hasta que el llanto comenzó a cesar.

Capítulo 68

Washington, 7 de febrero de 1916

Un nuevo fracaso ponía todos sus planes en peligro. Lear se acercó furioso al sargento encargado. El resto formaba una fila a pocos pasos.

—Sabes que no admito un segundo error. Si hemos sobrevivido todos estos siglos ha sido precisamente porque no hemos cometido fallos. Esos malditos entrometidos se han escapado dos veces delante de tus narices. Una mujer y dos hombres contra casi treinta caballeros.

—Se atrincheraron en la casa. Los hombres son especialistas, por lo menos disparaban como profesionales.

—No quiero más excusas —dijo Lear levantando la voz.

—Pero...

—Has puesto en peligro la misión, ahora tenemos a toda la policía de Washington buscándonos.

—Lo siento —dijo el hombre, asustado.

Lear tomó su puñal y se acercó sonriente al hombre.

—Todos tenemos que hacer sacrificios —dijo abrazando al individuo. Le hincó el puñal hasta la empuñadura y lo movió dentro de sus tripas.

El hombre apenas soltó un gemido, se aferró a Lear y permaneció unos segundos balbuceando antes de caer muerto al suelo.

—Esto es lo que les espera a los cobardes y a los que cometan más fallos —dijo Lear con el puñal ensangrentado en la mano.

Todos le miraron nerviosos. La orden no podía permitirse más errores, su fuerza estaba en su anonimato. Llevaba actuando en la sociedad durante siglos sin que nadie se diera cuenta. La única forma de hacerse con el control y recuperar su fuerza era de una manera sigilosa.

Lear se quitó la ropa ceremonial y salió a las calles vestido de traje. A pocas manzanas estaba el edificio en el que trabajaba, la Biblioteca del Congreso.

Capítulo 69

Washington, 8 de febrero de 1916

Aquella mañana el frío regresó a la ciudad como un mal presagio. El pequeño cementerio baptista parecía un jardín muerto. La nieve había cubierto de nuevo todo y un centenar de personas se apretujaba delante de la tumba.

Lincoln y Alicia estaban juntos, Hércules permanecía en un segundo plano, a un paso de la pareja. El pastor leyó el salmo 23 y después habló de las virtudes del reverendo Abraham Lincoln. Se escuchaban algunos llantos apagados y al finalizar la ceremonia una larga cola de feligreses saludó a la pareja.

Cuando todos se hubieron marchado, Hércules y el tío de Lincoln se aproximaron en silencio.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Lincoln.

—No se preocupe por la investigación, puede esperar —comentó Hércules.

—Lo que menos necesito ahora es quedarme parado pensando en la muerte de mi padre. Cuanto antes investiguemos, antes olvidaré todo esto.

—Creo que Hércules tiene razón, cariño —dijo Alicia agarrando el brazo de Lincoln.

—Prefiero encontrar a los que han hecho esto a mi padre y sobre todo a quien lo ordenó.

Sus amigos lo miraron sorprendidos, no estaban acostumbrados a ver esa expresión de rabia en su rostro. Su tío se acercó y le abrazó.

—Sé cómo te sientes. Os ayudaré en todo lo que pueda.

Jack London, cabizbajo, se aproximó al grupo y en voz baja les dijo:

—Lo siento, caballeros, pero hoy mismo regreso a casa. Cuando emprendí este viaje creía que simplemente sería una aventura en la que descubriríamos un misterio oculto durante siglos, pero esto me sobrepasa. Tengo a mi mujer en casa, me queda poco tiempo de vida y no quiero pasar los últimos meses corriendo de un lado para otro lejos de mi esposa.

Hércules se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Lo comprendemos.

—Les dejo el libro y mis anotaciones por si les pueden ser útiles —comentó entregándole todo a Hércules.

—Ha sido un placer conocerle —dijo Alicia acercándose al escritor y dándole un abrazo.

—Muchas gracias por todo —dijo Lincoln dándole la mano.

Jack London se despidió del grupo y caminó por el sendero hasta la salida. Era la primera vez que dejaba algo a medias, pero no se sentía con fuerzas ni con ánimo para seguir adelante. Desde el exterior, un par de hombres lo observaban con atención y comenzaron a seguirlo cuando se adentró en las calles de la ciudad.

Capítulo 70

Washington, 8 de febrero de 1916

El secretario de Estado se aproximó al presidente justo después de sus oraciones. Sabía que en ese momento siempre estaba de buen humor, optimista.

—Señor presidente, tengo malas noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó el presidente quitándose las gafas.

—Nuestros informadores en Alemania han interceptado un mensaje cifrado. Creen que se va a producir un ataque de gran envergadura contra Francia. Nuestra suposición es que será sobre Verdún.

—¿Qué?

El secretario extendió una nota y el presidente se volvió a poner las gafas.

«Todo preparado, cinco días para la acción. En una semana nos vemos en París, pero antes comeremos en Eix. Saludos.»

—No entiendo nada —dijo el presidente.

—Nuestros especialistas creen que se trata de un ataque de gran envergadura en las proximidades de Verdún —comentó el secretario.

—Pero ¿qué tiene de especial este ataque?

—Hemos observado un desplazamiento de tropas increíble, como nunca antes. Creemos que es el ataque definitivo; si Francia sucumbe, Europa está perdida.

El presidente se quedó pensativo. Dentro de unos meses, cuando tuviera las manos libres para actuar, podría ser demasiado tarde, pero tenía que ganar primero las elecciones.

—Mande un informe urgente al presidente de la República con todos nuestros datos y prométale toda la ayuda material que necesite. Acelere el envío de voluntarios y prepare los planes de guerra, en cuanto empiece mi segundo mandato entraremos en guerra y tenemos que estar preparados.

—Sí, señor presidente.

—Gracias.

—Una cosa menor de agenda, señor. Dentro de dos días tendremos el concierto especial en la Casa Blanca para reunir fondos para los huérfanos de la guerra, tengo la lista provisional de invitados y querría que la aprobara, vamos muy mal de tiempo.

—Adelante, confío en usted.

—Gracias, señor presidente —dijo el secretario alejándose del despacho y dirigiéndose a la puerta.

Wilson se levantó del sillón y caminó nervioso por la sala. A veces ser presidente

era muy frustrante. Todos creían que tenía poder para hacer lo que quisiera, pero lo cierto era que era una misión casi imposible controlar al Congreso y al Senado. Era prisionero del sistema y no podía hacer nada para acelerar la maquinaria política.

Capítulo 71

Washington, 8 de febrero 1916

La Biblioteca del Congreso volvió a sobrecogerle de nuevo. Los edificios de la ciudad se habían construido para reflejar el poder del pueblo norteamericano y, en muchos sentidos, imitaban las viejas instituciones y grandeza del Imperio romano. El tener un guía de excepción como Laurence, el tío de Lincoln, enfatizaba esta sensación de introducirse en el corazón mismo de la historia, pero la euforia de la investigación había sido empañada por la tristeza de todo el grupo.

—El otro día no pude contarles la historia de esta insigne biblioteca —dijo Laurence.

—Por favor, sería un placer escucharle —lo animó Alicia.

—La primera biblioteca fue creada por el Congreso en 1800 y estaba ubicada en el Capitolio. La invasión británica de 1812 había terminado con una buena parte de los libros de la primera biblioteca y muchos habían desaparecido. Thomas Jefferson vendió su colección personal para aumentar un poco sus fondos. Durante todo el siglo XIX aumentaron los libros, pero el proyecto de crear una biblioteca nacional fue retrasándose. En 1851 un incendio arrasó dos terceras partes de los libros y el Congreso se limitó a reemplazarlos, pero la biblioteca no terminaba de progresar.

—¿Cuándo se construyó este edificio? —preguntó Hércules.

—Un bibliotecario llamado Ainsworth Rand Spofford convirtió la colección del Congreso en una biblioteca nacional como la de otros países occidentales. Su estrategia fue muy sencilla: consiguió que el Congreso aprobara una asignación de dinero para la compra de libros y la reserva de una copia de todos los libros editados en Estados Unidos, de esta manera el crecimiento de la biblioteca obligaría a la construcción de un edificio que albergara todos los libros. El edificio Thomas Jefferson fue construido entre los años 1890 y 1897 —explicó el tío de Lincoln señalando a su alrededor.

—No imaginaba que fuera un edificio tan reciente —dijo Alicia.

Recorrieron las salas hasta una de las zonas internas. Los pasillos por los que los bibliotecarios caminaban con carritos repletos de libros no eran tan lujosos y el depósito de las obras más importantes parecía más la caja acorazada de un banco que una biblioteca.

—Aquí tenemos las obras más importantes —dijo Laurence orgulloso.

—Me pasaría la vida aquí dentro —comentó Lincoln recuperando por primera vez el ánimo.

Se acercaron a una mesa y se sentaron. Sacaron los libros y todo el material, tenían que terminar esa investigación antes de que fuera demasiado tarde para Margaret y que aquellos criminales se salieran con la suya.

—Ahora mismo les traeré todo lo que tenemos sobre masonería, templarios y América. Me temo que es mucho, pero intentaré hacer una selección.

Hércules comenzó a recapitular sobre lo que ya sabían. Conocían la orden que estaba detrás del asesinato y que su intención era recuperar un fabuloso tesoro llevado por los templarios en el siglo XVII, en pleno conflicto entre jacobitas y los Hannover, pero desconocían todo lo demás.

Lincoln tomó el libro de Jack London y releyó sus notas, después leyeron el diario del senador y sus descubrimientos.

—Parece que no avanzamos —dijo Alicia.

—Hay algo que se nos escapa. Si supiéramos qué estamos buscando... —dijo Lincoln.

—Creo que esa es la clave. Si descubrimos qué es tan valioso para que la orden mate y sea capaz de cualquier cosa para conseguirlo, resolveremos el misterio —dijo Hércules.

Laurence apareció con un carrito de libros tan lleno que apenas se veía su gran figura. Se paró delante y asomando la cabeza por un lado dijo, sonriente:

—Con esto pueden comenzar, el resto se lo traeré luego. He hablado con uno de los eruditos de la biblioteca especializado en masonería en Estados Unidos, dentro de un rato vendrá a verles.

Capítulo 72

Memphis, 8 de febrero 1916

El tren parecía avanzar más rápido de lo normal, pero Jack London no se percataba. Tenía la mirada perdida en el paisaje aún salvaje e interminable de su país. Después de dos días, se sentía cansado y desesperado por llegar a casa.

Había alquilado un compartimento privado, lo último que quería era un vecino de viaje al que tuviera que dar conversación. Había comprado unos libros en una de las paradas de tren, pero apenas les había echado un vistazo, como si estuviera demasiado nervioso para concentrarse. En los últimos días sentía un fuerte dolor en el pecho que sus pastillas apenas aliviaban.

Justo cuando el tren entró en el túnel, el corazón del escritor se aceleró. No le gustaba la oscuridad, y menos después de sus últimas experiencias. El maquinista tocó el silbato y el tren se introdujo debajo de la montaña. London se apoyó en el asiento y cerró los ojos.

Un ruido le hizo abrir de nuevo los pesados párpados. La pequeña luz del compartimento apenas iluminaba los sillones y el espejo que estaba justo encima de su cabeza. Sintió una presencia extraña, pero intentó pensar en otra cosa. Respiró hondo y volvió a cerrar los ojos.

Un frío inexplicable invadió todo el recinto. London se abrazó, pero sus manos estaban heladas. Notó como algo se sentaba a su lado y el sonido de una respiración. London comenzó a rezar.

Apenas lo había hecho en su larga vida, pero fue lo único que le devolvió en parte el sosiego.

—¿Está rezando, señor Jack London? —preguntó una voz desgarradora y burlona.

El corazón del escritor se aceleró aún más. Se apartó levemente de la voz e intentó decirle a su mente que aquello era imposible. Nadie había abierto la puerta.

—Los seres humanos son muy necios, ¿no cree? Toda una vida dedicada a la escritura, defendiendo que solo lo racional, lo que perciben nuestros sentidos existe y ahora juega a descubrir cosas que le superan.

London no respondió, tenía la infantil idea de que si ignoraba la voz, esta terminaría por desaparecer. Había escuchado muchos casos de personas que oían voces, sin duda se estaba volviendo loco.

—No hace falta que conteste, no he venido hasta aquí para charlar.

—Entonces, ¿para qué ha venido? —preguntó London sin poder refrenar sus

palabras.

—Viejo Jack, creo que lo sabe. Ha estado muchas veces al borde del abismo como para no saber lo que hay en el fondo, pero esta vez es la definitiva.

Jack pensó en su mujer. Siempre había imaginado su muerte en la cama de su casa en California. Un sueño tranquilo y después la nada, pero supo que no iba a ser así.

—No lo piense más, lo importante no es cómo, sino que vamos a tener toda una eternidad para conocernos, viejo amigo.

La voz parecía salir del mismo infierno y London se agarró al asiento hincando sus uñas en la piel. Sintió como si se elevara y flotara en medio del compartimento. Comenzó a gritar, pero no consiguió escuchar su propia voz. Después abrió los ojos. A pesar de la oscuridad, la figura monstruosa podía verse con cierta claridad. Sus ojos rojos lo miraron y London comenzó a temblar de miedo. Movi6 los brazos intentando apartarle, pero esa cosa se acercó sonriente y le aferró de la mano. De repente el tren salió del túnel.

Capítulo 73

Washington, 8 de febrero 1916

Laurence apareció una hora más tarde con un individuo muy atractivo. El acompañante era rubio, de ojos muy azules, tez blanca y figura esbelta. Iba elegantemente vestido con un traje cruzado y unos relucientes zapatos marrones.

—Déjenme que les presente al señor Jean Gagnon, es uno de los mayores especialistas en masonería a pesar de su juventud —dijo Laurence.

—Por desgracia ya no soy tan joven —bromeó Jean.

—¿Es usted francés? —preguntó Hércules.

—No, soy escocés, pero mi familia sí es de origen francés, aunque llevamos más de cien años en los Estados Unidos —comentó Jean sonriente.

Le ofrecieron un asiento y le pusieron en antecedentes.

—Es una historia increíble, yo creía que los templarios llevaban cientos de años extinguidos. Aunque lo cierto es que algunas sectas modernas se creen sus herederos —dijo Jean.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Lincoln, al que no le terminaba de gustar el bibliotecario.

—Algunas tienen inspiración templaria o han sido creadas directamente por masones como la «Orden de la Luz», una secta creada por Maurice Vidal Postman a finales del siglo XIX. También es muy conocida la Societas Rosicruciana in Anglia, una secta ocultista fundada en 1866, que solo permite la entrada a masones de tercer grado y está presente en casi toda Europa y Sudamérica. Se cree que este grupo y el anterior crearon la secta satánica Alba Dorada.

—¡Qué interesante! —dijo Alicia.

—Pero hay mucho más; tal vez uno de los grupos más curiosos sea la secta rosacruciana norteamericana o Sociedad Rosacruciana en los Estados Unidos, fundada por masones rosacrucianos en 1880. Otro grupo rosacruciano es el fundado por Arthur Edward Waite llamado la «Fraternidad Rosa Cruz», fundado en 1915 e integrado por masones y rosacrucianos. Este tipo de sectas masónicas son muy numerosas y sus ideas suelen ser ocultistas, no son abiertamente proselitistas e intentan que sus actividades sean lo más discretas posibles, pero existen sectas más conocidas que han nacido en el seno de la masonería y algunas de ellas tienen millones de seguidores.

—No entiendo qué relación tienen con la masonería —dijo Hércules.

—Muchos de sus ritos y principios son masones, además la mayoría de sus

componentes y sus fundadores también lo son —dijo Jean.

—¿Cuándo llegaron los masones a América? —preguntó Hércules.

—Es difícil de determinar. Hay muchas teorías, pero los expertos aseguran que los primeros masones llegaron a Norteamérica en el viaje de los primeros colonos anglosajones al continente en 1620, los famosos Padres Peregrinos, con las primeras logias en Nueva Inglaterra, pero la opinión de los historiadores es que la masonería fue introducida en Norteamérica por colonos holandeses que llegaron a Newport en Massachussets en 1650 —dijo Jean.

—¿Por los holandeses? —preguntó extrañado Laurence.

—Sí, los escritos de los masones nos hablan del establecimiento del primer masón en Norteamérica antes de 1704 con la llegada de Jonathan Belcher, nacido en Boston, pero iniciado por una logia de Londres. Tras su regreso a las colonias, Belcher fue nombrado gobernador de Massachussets y New Hampshire, pero la referencia a la creación de una logia en Jamestown, Virginia, en 1707 no está demostrada —dijo Jean.

—Entonces hubo masones en América casi desde el principio —dijo Alicia.

—Es normal, América fue fundada por aquellos que huían de la intolerancia religiosa y política —dijo Lincoln.

—Efectivamente, y entre ellos destacaba un grupo esotérico, el grupo de los rosacrucianos, que buscaban un lugar para poner en práctica las ideas de uno de sus más importantes maestros, *sir* Francis Bacon. Otras fuentes nombran al inglés John Skene, que en 1670 se inscribió en una logia en Aberdeen, viajó a las colonias en 1682 y se estableció en Nueva Jersey, como el primer masón en pisar Nueva Inglaterra.

—¿Quiénes eran los rosacrucianos? —preguntó Alicia.

—Los rosacrucianos fueron una sociedad secreta que surgió durante el siglo XVII. Su nombre hacía referencia a los principales símbolos utilizados por la orden, aunque ellos mismos presumían que su fraternidad provenía de una larga tradición y tenía miles de años. Las tres grandes obras rosacrucianas fueron escritas en 1614 y 1616. El primer libro, *Fama Fraternitatis*, estaba dirigido a la atención de los reyes y los científicos. El segundo libro, *Confessio Fraternitatis*, está firmado por el fundador de la orden, un tal Christian Rosenkreutz. El tercer y último libro, *Christian Rosenkreutz*, editado en París en 1623, se enfrenta abiertamente a la jerarquía católica y al papa. El escritor habría fundado la orden en el siglo XV después de un viaje a Tierra Santa, pero sus libros no se habrían publicado hasta el siglo XVII. Según una serie de leyendas que no están documentadas, los rosacrucianos se habrían establecido en América para desarrollar su ideal de sociedad, aunque no hay datos fidedignos que lo demuestren —dijo Jean.

—Todo eso me parece muy bien, pero ¿qué tiene eso que ver con los templarios?

—dijo Lincoln.

Jean sonrió al hombre y se puso en pie, cogió uno de los libros que todavía estaban en el carrito y lo abrió. Aparecieron antes sus ojos algunos símbolos bastante misteriosos.

—Uno de los ritos masónicos, el Rito Escocés, es el que ha heredado casi toda la simbología de los templarios —dijo Jean.

—Eso ya lo sabemos —dijo Lincoln.

Jean volvió a sonreír.

—Pero lo que tal vez no sepan es que desde hace más de cincuenta años, los masones de Rito Escocés han planeado hacerse con el poder en los Estados Unidos —dijo Jean.

Capítulo 74

Nueva York, 8 de febrero de 1916

—¿Entonces qué hay en la isla de Oak? —preguntó Roosevelt intrigado.

—No lo sabemos —dijo su amigo.

—¿Quieres que invierta todo ese dinero sin estar seguros de lo que hay dentro? Ya sabes que mi mujer no está a favor —dijo Roosevelt.

—Ya te he contado que la cueva fue descubierta en 1795 por casualidad, se cree que es mucho más antigua, incluso anterior a la llegada de los europeos a América.

—Pero tiene que haberse usado con posterioridad, ¿no me contaste que un tal Daniel McGinnis encontró una polea colgada de un árbol y un agujero circular? —dijo Roosevelt.

—Efectivamente —dijo su amigo levantando las manos.

El camarero se acercó hasta la mesa y pagaron la cuenta.

—¿Te importa que sigamos hablando mientras damos un paseo?

—No, ya sabes que me encanta pasear, por lo menos por esta ciudad —respondió Roosevelt.

—McGinnis creía que había encontrado el tesoro de algún pirata. Muchos piratas robaban en el Caribe, pero luego se refugiaban más al norte; sin embargo, enseguida entendió que aquello no lo había hecho un pirata —dijo el amigo.

Las calles de Nueva York eran un hervidero de gente a aquella hora. Todo el mundo corría de un lado para otro. La mayoría había terminado su jornada y estaban deseosos de tomar una copa antes de regresar a casa.

—¿Por qué pensó que no podían haber construido la cueva unos piratas? —preguntó Roosevelt impaciente.

—El suelo estaba pavimentado, no creo que ningún pirata se pusiera a pavimentar el suelo de una cueva. Tuvo que hacerlo una cultura más antigua y sofisticada.

—Entonces, tu teoría es que la cueva la construyó alguna cultura antigua —dijo Roosevelt.

—Sí, pero no india.

Roosevelt le miró sorprendido.

—Pudieron ser vikingos, ya sabes que fueron de los primeros en llegar a América.

—¿Vikingos? ¿Y por qué se iban a molestar en construir una cueva? —preguntó Roosevelt.

—A lo mejor ocultaron allí todo lo que robaron en Europa durante siglos.

—No me encaja —dijo Roosevelt.

—El caso es que McGinnis excavó la cueva y encontró varias plataformas de roble y restos de carbón vegetal, masilla y fibra de coco, pero lo peor es que comenzaron a sacar mucha agua. La cueva estaba en parte anegada y tuvieron que abandonarlo todo —comentó el amigo.

—¡Qué desgracia!

—Sí, pero unos cincuenta años más tarde regresaron para terminar el trabajo. Descubrieron un viejo dique que controlaba las mareas, al parecer estaba roto y por eso se inundaba la cueva. Construyeron uno provisional, pero no resistió mucho —dijo el amigo de Roosevelt.

—Pero ¿por qué alguien iba a tomarse tantas molestias?

—Eso se preguntaron ellos también. Sin duda ahí abajo se encuentra algo que merece la pena —comentó el amigo.

—Es increíble.

—Lo único que se sabe es que se encontró una piedra en la que había una inscripción: «Cuarenta pies más abajo están enterrados dos millones de libras».

—Pero esa inscripción tiene que ser reciente.

—Sin duda, sobre todo si tenemos en cuenta que la libra esterlina fue conocida bajo ese nombre en el reinado de Isabel I —dijo el amigo.

—Por tanto, mediados del siglo XVI.

—Exacto.

—Entonces ¿crees que es rentable invertir en eso? —dijo Roosevelt.

—Creo que merece la pena arriesgarse —comentó su amigo sonriente.

—El riesgo forma parte de la vida —dijo Roosevelt—, aunque en mi familia nadie se haya arriesgado en los últimos cien años.

Los dos amigos se rieron y entraron a beber una última copa antes de regresar a casa.

Capítulo 75

Washington, 8 de febrero de 1916

La sala comenzó a oscurecerse. Las lámparas apenas iluminaban las mesas, mientras Jean continuaba narrándoles la relación entre el Rito Escocés y la masonería. Laurence les había vuelto a dejar y el grupo se reducía a Hércules, Alicia y Lincoln.

—¿Por qué dijo antes que el Rito Escocés intentó tomar el poder en América? —preguntó Hércules.

Jean lo miró en silencio. Aquella historia no era muy conocida y la masonería había intentado tenerla oculta durante los últimos cincuenta años.

—La guerra civil americana constituyó uno de los hechos históricos más traumáticos de los Estados Unidos. El país todavía estaba articulándose y organizándose cuando comenzó la contienda, y su fractura había dejado al descubierto la debilidad de las instituciones republicanas.

—Pero Jean, ¿tuvo algo que ver la masonería en el estallido de la guerra? —preguntó Alicia.

—Muchos piensan que sí, que en el bando rebelde había un claro componente masón —dijo Jean.

—Yo siempre he pensado que era un problema entre esclavistas y antiesclavistas —dijo Lincoln.

—En parte sí. Todo comenzó cuando los confederados o sureños emprendieron las hostilidades el 12 de abril de 1861. Tras la victoria presidencial de Abraham Lincoln, candidato del Partido Republicano, los estados del Sur declararon la secesión. Los sureños temían que Lincoln aboliera de inmediato la esclavitud, con lo que eso supondría para la economía de su región y ante el temor de que los negros, viéndose libres, se vengaran de sus antiguos amos. Las fuerzas confederadas atacaron el fuerte de Sumter, en Carolina del Sur, demostrando que su declaración de secesión iba en serio. Lincoln intentó que un asfixiante bloqueo naval ahogara la economía sureña, que dependía de sus exportaciones de materias primas y de la importación de armas y todo tipo de maquinaria. El Plan Anaconda, que fue como se llamó al bloqueo, era la solución para derrotar sin esfuerzo a los sureños. El bloqueo no fue efectivo. Los confederados siguieron comerciando indirectamente con los británicos a través de las Bahamas, apoyándose también en Cuba y en otras partes del Caribe.

Hércules se quedó sorprendido. A pesar de ser un antiguo lobo de mar, desconocía por completo las luchas navales entre los dos contendientes.

—En 1862, los confederados crearon su propia armada y se enfrentaron a los

unionistas en la batalla de Ironclads, donde la armada confederada fue derrotada. A pesar de todo, la astucia de varios generales del Sur logró parar los avances del Norte. Los confederados habían conseguido hacer acuerdos comerciales con Gran Bretaña y Francia. Aunque los unionistas lograron abortar una de las negociaciones más importantes y capturar a enviados del Gobierno británico, Londres pidió la liberación de sus hombres y Lincoln cedió ante el temor de que los británicos entraran en la guerra, por lo que los acuerdos entre confederados y algunas potencias europeas continuaron.

—Pero ¿qué tuvo que ver la masonería? —preguntó Lincoln impaciente.

—Uno de los datos curiosos de la guerra es que mucha gente se inscribió en las logias masónicas en los Estados Unidos entre los años 1860 y 1863. Las logias de la Confederación superaron los traumas del famoso caso Morgan y crecieron a un ritmo vertiginoso. El ejército del Sur fue uno de los más influenciados por este crecimiento de las logias. Se cree que la motivación de los norteamericanos, para integrarse masivamente en las logias era buscar la posible protección que les permitiría la hermandad de las logias, una vez terminada la guerra.

—¿El caso Morgan? —preguntó Alicia.

—Bueno, el caso Morgan es un asunto muy sucio. El asesinato de un antiguo miembro de una logia que decidió salirse y escribir un libro en el que contaba los secretos de los masones —explicó Jean.

—No lo sabía —confesó Hércules.

—Pero continuemos. El gran maestro de la Orden del Temple de los Estados Unidos pronunció un discurso tras la primera batalla entre Norte y Sur, en el que pidió el mínimo derramamiento de sangre entre los hermanos masones de ambos bandos. Un mes más tarde, los grandes maestros de la logia de Kentucky, la mayoría de ellos oficiales del ejército Sureño, pidieron lo mismo. En Carolina del Sur, el lugar en el que se originó la guerra, el gran maestro escribió una carta a los miembros de la logia en la que les decía que aquella guerra no podía enfrentarse a los hermanos de la misma logia. Son muchos los testimonios que hablan de liberaciones de prisioneros de uno y otro bando; cuando eran reconocidos, se les liberaba, como ya había pasado en la guerra de Independencia. Uno de los casos se dio en Charleston, en donde unos prisioneros fueron liberados por dos guardias cuando demostraron ser hermanos masones. Otros mejoraron sus condiciones de captura, tras declarar su pertenencia a una logia.

No podían dar crédito al poder que tenía la masonería en el país. Siempre habían pensado que era una organización secreta al margen de la sociedad. Jean parecía disfrutar mientras hablaba sobre los masones. Paró unos instantes y contempló la cara de fascinación de la mujer y el español. Lincoln se mantenía más escéptico y no disimulaba su antipatía.

—Hubo militares e importantes políticos masones en ambos bandos. En el gobierno de Lincoln había sesenta cargos de importancia ocupados por masones. Entre ellos destacamos a Edward Bates, fiscal general; Anson Burlingame, embajador en Austria; Simón Cameron III, secretario de guerra; William Campbell, general federal; Thomas Corwin, embajador de México; John Evans, gobernador de Colorado; John S. Phelps, gobernador militar de Arkansas o a Gideon Welles, secretario de la Armada, entre muchos otros. En el bando confederado los masones eran aún más numerosos. El presidente sureño Jefferson Davis, al igual que Lincoln, no era masón. Algunos han señalado a Robert E. Lee como masón, pero tampoco lo era. Otros muchos generales y políticos sí lo eran. Se han contabilizado trescientos sesenta y dos altos cargos militares masones durante la guerra civil, la mayor parte en el bando confederado —dijo Jean.

—Pero todo eso no prueba nada, hubo masones en los dos bandos —dijo Lincoln. Jean ignoró el comentario de Lincoln y continuó con la explicación:

—Lo increíble fue que en ese momento surgió un grupo llamado el Círculo Dorado.

—Nunca había escuchado nada sobre este grupo —comentó Lincoln.

—Los Caballeros del Círculo Dorado fueron una sociedad secreta que promovía los intereses de los sureños en los Estados Unidos. Los caballeros preparaban el camino para la anexión de una serie de territorios de Centroamérica a los que denominaban El Círculo de Oro.

—¿El Círculo de Oro? —preguntó Alicia.

—El Círculo de Oro era una alianza política de todo el Caribe esclavista. La idea del Círculo está inspirada en un grupo de hacendados del Sur, que conspiraron con el vicepresidente Aarón Burr para crear un Estado separado de los Estados Unidos, el nuevo territorio anexionaría parte de México, Cuba, Puerto Rico, etcétera. Burr fue detenido por traición y nunca se conocieron las implicaciones políticas de la conspiración. Uno de los colaboradores en la trama fue James Wilkinson, oficial del ejército que se unió a Burr en la conspiración, pero que en el último momento le traicionó. Burr intentó llegar a un acuerdo con los británicos para separar al Sur del resto del país. Burr ofreció al ministro británico Anthony Merry la entrega de Luisiana a cambio de la ayuda del Reino Unido —dijo Jean.

—Pero ¿quiénes eran? —preguntó Hércules.

—El Círculo de Oro consistía en una alianza política entre varios Estados del Caribe. Comprendía alrededor de dos mil cuatrocientos kilómetros cuadrados. Todos estos territorios formarían una federación esclavista. Para conseguir este objetivo se creó en 1854 los Caballeros del Círculo de Oro o los Caballeros del Círculo Dorado. Su fundador, George W. L. Bickley, un médico nacido en Virginia, editor y que residiera en Cincinnati, logró extender la organización por varios estados de la Unión.

Al finalizar la guerra civil, muchos sudistas se trasladaron a países de Centroamérica. El auge de los Caballeros se produjo durante la guerra mexicano-americana de 1846, cuando el sueño de anexionar la mayor parte de México estuvo a punto de cumplirse. Los Caballeros eran muy activos en Texas, donde existieron más de treinta y dos logias durante la guerra con México. En 1860, un grupo de caballeros intentó invadir el país vecino tras la decisión del gobierno de no anexionar todo el territorio, pero el estallido de la Guerra Civil, concentró a los caballeros contra sus enemigos del Norte. Los Caballeros del Círculo de Oro aportaron una pequeña fuerza al ejército confederado. Se unieron al teniente coronel John Robert Baylor en las luchas en Nuevo México y consiguieron desplazar a los federales.

—¿Todavía existen? —preguntó Alicia.

—Sí, aunque con otro nombre. A finales del 1863, la orden se convirtió primero en la Orden de los Caballeros de América y más tarde en la Orden de los Hijos de la Libertad.

—Según su teoría, esta orden querría dividir el país, hacer una alianza con algunos países de Centroamérica y crear un nuevo Estado —dijo Hércules.

—Sí, ese es su plan a grandes rasgos —dijo Jean.

—Para ello necesitarían mucho dinero, que el Gobierno federal se viera involucrado en una guerra y aliados externos —comentó Hércules.

—Exacto, si el presidente Wilson entra en la guerra y los caballeros encuentran lo que sea que buscan, pueden intentar tomar el poder —dijo Jean.

—Pero ¿qué es lo que buscan? —preguntó Alicia.

—Lo que buscan se explica en este libro —dijo Jean sujetando un viejo tomo desgastado.

—Entonces, ¿usted cree que los templarios y los caballeros del Círculo Dorado son una misma cosa? —preguntó Lincoln.

—Eso creo.

Las miradas de todos se centraron en el libro. Jean lo abrió y señalando un párrafo les dijo:

—¿Les suena el nombre de el pergamino Chinon?

Todos negaron con la cabeza. No entendían bien las implicaciones de aquel descubrimiento. Alicia únicamente quería liberar a Margaret. Hércules en cambio sentía una profunda curiosidad por los grandes misterios, y Lincoln disfrutaba descubriendo a los malos, pero la muerte de su padre había cambiado las cosas. Ahora se trataba de un asunto personal. Aquella investigación era un medio para perseguir a los asesinos de su padre.

—Aquí puede estar la clave —dijo Jean—, los templarios y muchos otros llevan siglos detrás de ello, pero hasta ahora ninguno lo ha conseguido. Gracias al diario del senador, el libro que nos trajo su amigo London y esos símbolos podemos resolver

este misterio.

Capítulo 76

Washington, 8 de febrero de 1916

Margaret observó la puerta. Estaba entreabierta. Sus carceleros le habían llevado la comida y en un descuido habían dejado el cerrojo sin echar. Se aproximó y miró por la rendija. No se veía a nadie. Abrió lentamente la puerta, que chirrió ligeramente. Después, de puntillas, caminó por el pasillo y subió por unas escaleras. En la planta superior, la luz artificial la cegó por unos instantes. Después se acercó a una de las ventanas y se arrojó sin pensarlo dos veces. Si moría al menos podría evitarse más sufrimientos, si sobrevivía confiaba en que alguien la ayudara.

El impacto no fue muy fuerte. El cristal estalló con facilidad y el césped amortiguó la caída. Cuando logró levantar la cabeza, se quedó sorprendida. Estaba a unos pasos del Capitolio, en el corazón mismo de Washington. Enseguida, un carro rodeó a la muchacha. Unos policías del Capitolio se aproximaron para comprobar qué sucedía.

La chica estaba vestida con una especie de camisón blanco, sucia y llena de arañazos y magulladuras. Tenía la mirada perdida y repetía incansablemente un nombre: Alicia.

Capítulo 77

Little Rock, 8 de febrero de 1916

El revisor aferró el pomo con fuerza, pero la puerta estaba cerrada por dentro. Llamó con los nudillos insistentemente, pero no halló respuesta. Sacó la llave maestra y abrió la puerta. Observó el compartimento en penumbra y no vio nada extraño; estaba a punto de volver a cerrar y dirigirse al siguiente vagón cuando tropezó con algo en el suelo. Encendió la luz y se quedó atónito mirando el cuerpo inerte allí tendido. Se sobresaltó al ver la expresión aterrorizada del hombre. Nunca había visto un rostro tan desencajado por el miedo. Intentó ponerlo sobre el sillón, pero no pudo moverlo. Resopló y se apoyó en la puerta, después hizo un nuevo intento y consiguió apoyarlo contra el sillón, y luego tiró de él hasta colocarlo sobre sí mismo.

El cuerpo se movió y abrió los ojos. El revisor lanzó un grito de terror, pero apenas se escuchó su voz asfixiada por el ruido del tren al entrar en la estación.

El hombre balbuceó algo, pero el revisor no logró entenderle.

—¿Qué?

—Él ha estado aquí.

—¿Quién? —preguntó el revisor, nervioso.

—Él no quiere que toquemos a sus hijos...

—No le entiendo, ¿qué le sucede? Quédese quieto e iré a buscar un médico.

—Ya estoy muerto, pero avise a mis amigos. No pueden enfrentarse a él.

El revisor intentó calmar al hombre, pero no podía transmitirle mucha tranquilidad, notaba como su corazón palpitaba con fuerza.

—Cálmese, iré a por ayuda.

—No deje que me lleve —comentó el hombre aferrándose a la chaqueta del revisor.

—No se preocupe —contestó sintiendo como un escalofrío le recorría toda la espalda.

El revisor salió del compartimento con la cara pálida y las piernas flojas. Apenas se movía, caminando nervioso hasta la salida. Buscó al jefe de estación y unos minutos después regresaron al vagón. Cuando entraron en el compartimento, el hombre estaba sentado con expresión tranquila, mirando hacia la ventana. El jefe de estación, el médico y el revisor se miraron extrañados.

—Señor —dijo el revisor tocando el hombro del pasajero.

El cuerpo se cayó hacia delante y los tres se lanzaron sobre él para recogerlo. El médico le tomó el pulso.

—Está muerto.

Los tres hombres se miraron inquietos.

—¿Quién es? —preguntó el jefe de estación.

El revisor miró su libreta con la mano temblorosa y, casi sin voz, dijo:

—John Griffith Chaney.

Capítulo 78

Nueva York, 8 de febrero de 1916

A pesar de lo cansados que estaban, Hércules y sus amigos permanecían atentos a las explicaciones de Jean. Lincoln era el único que miraba constantemente el reloj.

—Aunque una de las cosas que la mayoría de la gente ignora acerca de los templarios es que el papa decidió perdonarles —dijo Jean.

Todos le miraron sorprendidos.

—Sí, el papa Clemente V quiso absolver al último gran maestro y al resto de los templarios. Antes se desconocía esto, pero hace poco tiempo apareció un documento histórico vital. Étienne Baluze publicó en el siglo XVII en su obra *Papatum Avenionensis*, un documento que para la mayoría pasó desapercibido. El pergamino se escribió el diecisiete de agosto de 1308.

—Pero eso debió ser en pleno proceso contra los templarios —dijo Alicia.

—Así es.

—¿Por qué iba el papa a escribir una carta para absolverles y poco después dos bulas condenándoles? —dijo Hércules.

—En el documento el papa absuelve a todos los templarios, especialmente a sus dirigentes, les pide que hagan un acto de penitencia para reconciliarse con la Iglesia y ser readmitidos.

—Eso es increíble —dijo Alicia.

—Al parecer el papa no quería disolver la orden como el rey Felipe IV, su intención era corregir sus errores y unirlos a los Hospitalarios, de esta forma crearía una orden más fuerte a su servicio, pero el rey de Francia no quería que los templarios salieran tan bien parados —comentó Jean.

—¿Por qué? —preguntó Lincoln.

—Tenían algo que el rey ansiaba y no estaba dispuesto a perderlo —dijo Jean.

—El tesoro —adivinó Hércules.

—Siempre se ha creído eso. El rey estaba en bancarrota, pero había algo de mayor valor en manos de los templarios. Un objeto que se habían resistido a entregar.

—¿Qué? —preguntó Alicia impaciente.

—Una reliquia en la que se concentraba mucho poder. O eso era lo que ellos creían —dijo Jean.

En ese momento Laurence entró agitado en la sala. Respiraba fatigado y con los ojos muy abiertos les dijo:

—Han encontrado a la chica.

—No entiendo —dijo Hércules.

—La hija del senador, está cerca de aquí. Al parecer se arrojó de una de las ventanas de la biblioteca.

—¿Estaba aquí? —preguntó Alicia ansiosa.

—Sí, en la biblioteca. Está en observación en el hospital —dijo Laurence.

Hércules se puso en pie y con un gesto se despidió apresuradamente de Jean. El resto de sus amigos lo siguieron. Margaret seguía con vida. Jean les miró inquieto. Lincoln tomó todos sus libros y los guardó en un bolso de cuero.

—Tío, nos veremos más tarde. Por favor, que nadie toque nada —comentó Lincoln.

—No os preocupéis —dijo Laurence— Jean y yo os esperaremos aquí.

Los tres corrieron hasta un taxi y en unos minutos estaban en el hospital.

La policía no les dejó entrar durante un par de horas, hasta que los médicos hicieron todas sus pruebas. Después, permitieron el paso a Alicia.

Cuando la mujer observó el rostro demacrado de la joven tuvo que morderse el labio inferior para no echarse a llorar.

—Margaret —dijo abrazando a la muchacha.

La chica apenas reaccionó. Tenía la mirada ida y el rostro inexpresivo.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien, Alicia.

—Ya ha pasado todo.

—¿Tú crees?

—Sí, no dejaremos que te vuelvan a coger —comentó Alicia con la muchacha todavía entre los brazos.

—Ellos tienen mucho poder. No descansarán hasta verme muerta.

—Te protegeremos. Daré mi propia vida si es necesario.

—No lo entiendes, son muy poderosos. No me refiero a sus influencias, tienen una fuerza que no es de este mundo.

Alicia miró a la chica sorprendida.

—Estás bajo los efectos de una experiencia terrible, en unos días te sentirás mejor.

—No me sentiré mejor, Alicia. Ellos se quedaron con mi alma. Estoy condenada —dijo llorando de repente.

—Tranquila —dijo Alicia volviendo a abrazarla.

—Estoy condenada.

Las palabras de la chica le estremecieron. Su cuerpo delgado temblaba bajo el camisón blanco y tenía un sudor frío, parecía que deliraba, pero Alicia sabía que se encontraba consciente.

—No digas eso. No estás condenada, eres una niña.

—No, Alicia, ellos se han llevado mi alma.

—Pero ¿quiénes son ellos?

—Los diablos, Alicia. Me ofrecieron al demonio y ahora le pertenezco —dijo la chica entre llantos.

—Lo solucionaremos —dijo la mujer intentando tranquilizarla.

TERCERA PARTE

La ciudad de la diosa Libertad

Capítulo 79

En mitad del océano, 8 de junio de 1314

Fragmento del libro de Jack London. Primera expedición templaria

Habían salido de Escocia hacía dos semanas y la tripulación comenzaba a desesperarse. El océano estaba en calma y hacía días que no soplaba el viento. Durante las primeras jornadas habían observado muchas ballenas que viajaban en su dirección y Andrew Pohl estaba seguro de que se movían en la dirección correcta.

En febrero de ese mismo año la infamia que había comenzado años antes se había consumado. Su gran maestre y el resto de sus hermanos habían muerto en París como viles criminales. Él y un gran número de caballeros habían logrado refugiarse en Portugal, Escocia y algunos puertos musulmanes, pero ahora todos juntos se dirigían a una nueva tierra, un sitio en el que empezar de nuevo.

En las bodegas había provisiones para al menos otras dos semanas, pero la mayor parte de su pesada carga era el tesoro que la orden había logrado reunir en los últimos doscientos años. El rey de Francia y el papa no verían jamás sus riquezas, aunque para ello las tuvieran que arrojar a lo más profundo del mar.

Los mapas conseguidos en Tierra Santa les habían ayudado mucho, pero no indicaban la verdadera distancia a aquella tierra desconocida y muchos creían que era mucho más fácil ir hacia el Oriente. También sabían que los árabes lo habían conseguido mucho tiempo antes, pero las posibilidades de morir en el centro del océano les inquietaban en parte, no tanto por el hecho de morir, como por la pérdida que supondría para su orden el hundimiento de todos los tesoros.

Algunas de las reliquias más importantes se habían quedado en Escocia, hasta que se instalaran en las nuevas tierras serían su moneda de cambio. Además el gran maestre no quería deshacerse de algunas de ellas, porque poseían el poder que necesitaban para resistir a todos sus enemigos.

—Almirante —escuchó desde el otro lado del puente.

—Sí, maestre Pedro —dijo Andrew.

—Hemos encontrado restos de árboles en el agua.

—¿Qué?

—Ramas con hojas, y estaban todavía verdes.

—No podemos estar muy lejos. Que un hombre haga guardia de día y de noche hasta que avistemos tierra.

—Sí, almirante.

Aquellas eran muy buenas noticias, en unos días estarían en su destino.

Capítulo 80

En las costas de un nuevo continente, 18 de junio de 1314

Fragmento del libro de Jack London. Primera expedición templaria.

Las costas eran muy boscosas y apenas se veían indígenas. En cierto modo le recordaba a Noruega, su tierra natal. Muchos habían hablado de una nueva Jerusalén a este lado del océano, de grandes ciudades y maravillosos templos, pero estaba claro que aquellas tierras eran en su mayor parte vírgenes.

Atracaron en una bahía amplia salpicada de pequeñas islas. Los primeros días exploraron los alrededores y después construyeron unas cabañas de madera, el invierno podía echárseles encima y necesitaban un refugio y reunir el mayor número de comida posible. Uno de los barcos lo dedicaron para pescar y sazonar las provisiones, el resto de los hombres construyó una pequeña ciudad de la nada.

A un día de camino a pie encontraron el sitio perfecto para esconder el tesoro, una inmensa cueva con una entrada en el suelo. Únicamente tenían que acondicionarla. Estaba en mitad de una gran isla justo en la desembocadura de un gran río.

Andrew apuntó el lugar exacto de la cueva, sus hermanos tendrían que volver tarde o temprano allí para recuperar las riquezas de la orden. Dentro de poco sus enemigos morirían y una nueva generación recuperaría las posesiones robadas al Temple.

Llegó el invierno y tuvieron que refugiarse durante meses, la nieve lo cubría todo y el frío apenas les dejaba salir de las cabañas.

Cuando llegó la primavera todo estaba listo, prepararon el tesoro y lo colocaron en los distintos niveles, después volvieron a aprovisionarse, había pasado un año y desconocían cómo estaban las cosas en Escocia. Las presiones del papa para que todos los reinos persiguieran a sus hermanos podían haber terminado con su último refugio. Andrew tuvo la tentación de decir a sus hombres que se quedaban allí, pero al final embarcaron, dejando en las nuevas tierras uno de los barcos y cincuenta caballeros. Si las persecuciones arreciaban en Europa, se dirigirían todos a aquel refugio.

Zarparon en verano. Durante el viaje de regreso Andrew anotó el lugar exacto del escondite y lo guardó en un rollo de cuero para protegerlo de la humedad y el paso del tiempo. Aquel legado esperaba a sus hermanos hasta el momento oportuno, cuando su Señor reinara en el mundo por medio de sus hijos y todos los secretos fueran descubiertos.

Capítulo 81

Washington, 9 de febrero de 1916

Durmieron todos en el hospital. La policía custodiaba noche y día a la muchacha, pero Alicia insistió en quedarse y sus amigos no quisieron dejarla sola.

Lincoln se levantó pronto y llevó unos cafés a Alicia y Hércules. En las últimas semanas las desgracias se habían concentrado y ahora estaba de nuevo en un hospital. No podía evitar recordar a su padre y sentirse angustiado, había muerto por su culpa, él había llevado a una banda de asesinos hasta su propia casa.

Alicia estaba medio dormida al lado de Margaret y Hércules permanecía de pie frente a la ventana. Lincoln le alcanzó la taza, pero su amigo le hizo un gesto para que salieran.

—Tendremos que esperar otro día —dijo Hércules.

—Hoy mismo tenemos que reanudar la búsqueda —dijo Lincoln impaciente.

—Entiendo su premura, pero Alicia quiere que nos aseguremos de que la muchacha está tranquila.

—La policía se encargará de eso —dijo Lincoln, enfadado.

—Sin duda, pero hasta que las cosas se aclaren, no podemos dejar sola a la hija del senador.

Se produjo un silencio molesto y los dos tomaron el café con la vista perdida. En ese momento, un hombre vestido con un traje gris y dos policías entraron en la sala de espera.

—Señores, soy el inspector King, y tengo la misión de proteger a la hija del senador y aclarar lo ocurrido.

Hércules miró con indiferencia al oficial, no le gustaban los policías, pero se esforzó en parecer simpático.

—Hércules Guzmán Fox y mi amigo George Lincoln.

—Encantado —dijo el hombre quitándose el sombrero y dejando al descubierto su pelo gris.

—Los hechos son muy simples y ya los hemos relatado en un informe —dijo Hércules.

—Pueden volver a empezar desde el principio.

Hércules narró con desgana el incidente en el barco y todas las peripecias por las que habían atravesado hasta su llegada a Washington. El inspector escuchó con atención, apuntando algunos detalles en una libreta y sin interrumpirles una sola vez.

—Si les he comprendido bien, creen que todo se trata de una especie de

conspiración masónica. Me parece que sus deducciones son absurdas, aquí la masonería es una institución muy respetada —dijo el inspector.

—Nos alegra su optimista opinión y naturalmente no estamos acusando a toda la masonería, sino a esta orden del Temple, que al parecer está buscando algo que les pertenece y están dispuestos a todo para conseguirlo —dijo Hércules.

—Hay criminales que se disfrazan de todo tipo de cosas para obtener sus fines, y no importa cómo se nombren, son ladrones comunes —dijo el inspector.

—Si usted lo dice —comentó Hércules encendiendo su puro.

El inspector le miró con desagrado cuando el olor del habano invadió la estancia. Lincoln se adelantó un paso y se dirigió directamente al hombre.

—No nos importa cómo lleve la investigación, lo que queremos es que nos garantice la seguridad de Margaret.

—Su seguridad está garantizada. Hemos buscado algún familiar directo pero la pobre muchacha está completamente sola, hasta que cumpla los veintiún años tendrá que permanecer en un colegio interno. Es la ley.

—No creo que esa idea le guste mucho a Alicia —dijo Hércules.

—¿Qué? —preguntó el inspector.

—Nada, pensaba en alto.

Hércules expulsó el humo del habano y el inspector tosió levemente.

—No pueden salir de la ciudad.

—¿Qué? —dijo Lincoln indignado.

—Como oyen, estamos investigando varios robos y una cadena de asesinatos, necesito tenerles localizados en todo momento.

—No tiene ningún derecho —dijo Lincoln.

—Hasta que no se aclare el caso permanecerán en la ciudad, llevarán en todo momento un agente que les custodiará. Cada vez que se acercan a alguien, muere de repente —dijo el inspector.

Lincoln apretó los puños y acercó su cara a la del inspector.

—Mi padre fue asesinado y la policía apareció por la casa cuando nuestros asaltantes habían huido. En esta ciudad siguen igual demasiadas cosas. No se iban a molestar en enviar a sus hombres a un barrio de negros.

—Señor Lincoln, la policía metropolitana hace lo que puede y usted que ha sido agente debería saberlo mejor que nadie.

—Ese es el problema, inspector, que sé muy bien cómo funcionan las cosas en la policía.

—Bueno, caballeros, es un placer escucharles, pero ya que está todo claro, el señor Lincoln y yo nos marcharemos a terminar un asunto. Confiamos en sus medios para proteger a Margaret, lo único que le pido es que uno de sus hombres comunique a nuestra amiga Alicia que regresaremos esta noche —dijo Hércules en tono

reconciliador.

El inspector frunció el ceño y tardó un rato en afirmar con la cabeza.

—Que tenga un buen día —dijo Hércules tirando del brazo de su amigo y saliendo por la puerta.

Un agente comenzó a seguirles a unos pasos. Al menos no iba de uniforme, pensó Hércules al verle. Abandonaron el hospital y se dirigieron directamente a la casa de Jean. El tío de Lincoln había estado la noche anterior en el hospital y les había citado en la casa del bibliotecario a las diez de la mañana.

Capítulo 82

Washington, 9 de febrero de 1916

No había dormido en toda la noche. La chica había escapado y ahora toda la operación estaba en peligro. La sala de la orden en la Biblioteca del Congreso no tardaría en ser descubierta y la chica conocía su identidad.

—Tenemos que acabar con ella cuanto antes —dijo Lear visiblemente alterado.

—El hospital está tomado por la policía —comentó uno de sus hombres.

—Es normal, después del reguero de muertos que hemos dejado —dijo Lear.

—Las cosas se torcieron.

—¡Que las cosas se torcieron! Maldita sea, no hemos conseguido casi nada. No me importa la policía, tenemos a varios hermanos en el cuerpo, que ellos se encarguen; pero esta noche, ella y sus amigos deben morir.

—Lo intentaremos —dijo el caballero.

—¿Lo intentaremos? He sido demasiado paciente hasta ahora. Si no se cumplen mis órdenes comenzarán a rodar cabezas y no estoy hablando metafóricamente. ¿Entendido? —dijo Lear.

—Sí, gran maestro.

—Ahora quiero estar solo.

Lear se sentó en el escritorio de su despacho. Le dolía la cabeza y sentía un nudo en el estómago que le impedía tomar nada. Él era el hombre elegido por la Providencia para recuperar el tesoro y desatar todo el poder antiguo, no podía flaquear. Su Dios les protegería. Puso la mente en blanco y notó como la fuerza le invadía de nuevo. Sus temores eran sustituidos por el hálito de su Dios. Después se dejó llevar. Los espíritus de la ciudad estaban revueltos, deseosos de poner todo su poder en marcha, pero lo harían a través de él. No había otra forma, siempre había sido así.

Capítulo 83

Washington, 9 de febrero de 1916

La casa de Jean se encontraba en una de las zonas residenciales de la ciudad. Atravesaron una verja abierta y recorrieron un sendero custodiado por árboles hasta los pies de una estatua de Cristo con los brazos abiertos. El sendero se dividía en dos, optaron por caminar por el de la derecha, ascendieron una pendiente y contemplaron la casa blanca, de techo gris y un enorme porche sobre columnas dóricas. A pesar de la blancura de la fachada, su vetustez les inquietaba. Gran parte del frente estaba cubierta por enredaderas sin hojas y sus ramas daban la sensación de estar devorando la casa poco a poco. Llamaron a la puerta y esperaron hasta que un criado les salió a recibir. Era negro y vestía un impecable uniforme negro, con camisa blanca y pajarita. Les llevó hasta la biblioteca y esperaron hojeando los libros hasta que su anfitrión apareció por la puerta.

—Siento haberles hecho esperar. Por favor, siéntense. ¿Quieren tomar algo?

—No gracias —contestó Lincoln.

—Yo me tomaré un poco de brandi. Es algo temprano y mi santa madre decía que hasta el mediodía no había que probar el alcohol, pero eso es cuestión de opiniones.

El hombre se sirvió una copa y se acercó a una gran mesa sobre la que tenía varios libros.

—Llevo el día entero pensando en su investigación.

—Me sorprende que tenga esta mansión y sea bibliotecario —dijo Lincoln.

Jean levantó los brazos con gesto grandilocuente y dijo:

—Todo esto es parte de mi herencia. Mis abuelos fundaron una empresa naviera y mis padres invirtieron todo su dinero en Bolsa. Me temo que el origen de mi fortuna actual es la especulación bursátil; aunque es mi agente quien lleva esos asuntos, yo me limito a disfrutar de los libros.

—Le entiendo perfectamente, gracias a sus rentas puede dedicar el resto de su vida a los libros —dijo Hércules.

—Somos unos privilegiados —comentó Jean abriendo uno de los tomos.

Hércules y Lincoln se aproximaron. El libro era un viejo volumen en el que se hablaba de la colonización de América.

—Según el libro que les dio Jack London, un grupo de templarios ocultaron algo en la zona de Nueva Inglaterra. Se menciona que pasaron por Nueva York y se dirigieron más hacia el norte, pero eso es algo extraño —dijo Jean.

—¿Por qué? —preguntó Hércules.

—Más al norte la tierra era muy inhóspita y por las características de las islas que se describen parece que estuvieran describiendo la desembocadura del propio río Hudson —dijo Jean.

—¿De verdad cree que lo que escondieron esos templarios está en el centro de la ciudad? —preguntó Lincoln.

—Ellos visitaron la ciudad, puede que el resto del relato simplemente fuera una manera de alejar a los curiosos del tesoro —dijo Jean.

—Eso no tiene mucho sentido —comentó Lincoln.

—Las figuras que les dio el senador: una cruz templaria de piedra, un caballero con la inscripción «pozo de las almas» y algo parecido a una oveja o carnero. ¿Es correcto?

—Sí, sin duda los tres símbolos son templarios. Tenemos que buscar algún resto templario en Nueva York —dijo Jean.

—Pero eso es absurdo. No hay restos templarios en Nueva York. Yo viví allí durante varios años y nunca escuché nada parecido —dijo Lincoln.

—Naturalmente, los restos están ocultos, no a la vista de cualquiera —dijo Jean frunciendo el ceño.

—Sí están allí, los encontraremos —dijo Hércules señalando el mapa de la ciudad de Nueva York.

Capítulo 84

Washington, 9 de febrero de 1916

Alicia llevaba toda la mañana cuidando de Margaret. La chica recuperaba poco a poco el apetito y parecía estar saliendo del estado de ensimismamiento. Durante unos instantes observó su sueño apacible y después se sentó para leer el periódico.

Cuando llevaba un rato hojeando el periódico, una de las noticias le llamó la atención: Jack London, el famoso novelista, ha sido hallado muerto en un tren que se dirigía a California. No se encontraron signos de violencia, aunque el cadáver presentaba una expresión de terror. La muerte se creía debida a un fallo cardíaco por una dosis indebida de medicamentos.

Alicia leyó la noticia varias veces, incrédula. En una segunda lectura descubrió un detalle inquietante. Junto al cadáver se había encontrado un alfiler de corbata con la leyenda «Deus meumque jus». Al parecer el alfiler tenía forma de triángulo.

La mujer se quedó pensativa. El periódico detallaba el símbolo con una fotografía. Entonces recordó que era lo mismo que el senador había escrito en el suelo del barco, pero otra noticia le llamó poderosamente la atención. Ese mismo día Enrique Costanzo Granados daba un concierto privado en la Casa Blanca con su orquesta.

—No puede ser —dijo Alicia mientras pasaba las hojas.

Alicia salió a la puerta de la habitación.

—Disculpe, ¿sabe dónde se encuentran mis amigos?

El policía le entregó una nota.

—El inspector dejó esta nota para usted.

Alicia leyó la nota y se puso apresuradamente su abrigo.

—Cuide de Margaret. Que nadie entre en la habitación —dijo Alicia mientras salía del dormitorio.

Mientras corría escaleras abajo una idea le rondaba la mente. Si el violonchelista seguía con Costanzo Granados, el presidente estaba en peligro.

Capítulo 85

Washington, 9 de febrero de 1916

Todo estaba preparado. Aquel era el primer concierto que se daba en la Casa Blanca desde la muerte de la mujer del presidente y la llegada de su nueva esposa. De alguna manera Wilson quería alejar de su mente los últimos rescoldos de dolor y rehacer su vida. Observó la sala decorada y no pudo evitar pensar en Ellen. Era una mujer tan llena de energía y optimismo que aún le costaba pensar en ella sin imaginar que aparecería en cualquier momento por la puerta.

Edith se acercó hasta él y le tomó de la mano discretamente.

—¿Te encuentras bien, querido?

—Sí, en las últimas semanas el trabajo ha sido agotador, creo que nos merecemos algo de diversión.

—Además he escuchado que ese pianista es fantástico —dijo la mujer.

—Eso espero, lo hemos traído desde España —comentó el presidente.

—Un día me gustaría ir a España y conocer otros países de Europa —dijo Edith.

—En cuanto deje la presidencia, ya sabes que no está bien visto que el presidente visite otros países y deje el timón de la nación.

—Sí.

—Pero bueno, tenemos que prepararnos para el concierto. Esta noche estará aquí lo más granado de la ciudad. En cierto sentido, es tu presentación oficial —dijo el presidente colocando la mano sobre el hombro de la mujer.

—Las cotillas de Washington tendrán tema de conversación durante semanas. ¿Estás seguro de que esto no perjudicará tu campaña?

—Llevamos casados un año, no creo que eso nos perjudique, aunque ¿sabes una cosa? No me importa. Antes que presidente soy hombre. Si no aceptan eso, no tengo nada más que hacer por este país.

—Lo aceptarán, te quieren demasiado —dijo Edith sonriente.

—Eso espero, querida. Eso espero.

Capítulo 86

Washington, 9 de febrero de 1916

Cuando el taxi se detuvo frente a la casa de Jean, Alicia sintió un escalofrío. No era la arquitectura ni el oscuro sendero, algo maléfico se movía en el pesado ambiente de la mansión. Se aproximó a la puerta con el sombrero empapado. Había comenzado a llover y unas nubes negras encapotaban el cielo de la ciudad. El mayordomo llevó a la mujer hasta la biblioteca y en cuanto Hércules y Lincoln la vieron se acercaron a ella preocupados.

—¿Qué ha sucedido, Alicia?

Sabían que algo grave pasaba, de otro modo su amiga nunca habría dejado sola a Margaret.

—Jack London ha muerto —dijo Alicia.

Los dos hombres la miraron incrédulos.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó Hércules.

—Según se cree, Jack ha sufrido un ataque al corazón por un exceso de medicamentos.

—Eso es terrible —dijo Lincoln.

—No se han encontrado indicios de violencia. Puede que sea una casualidad, pero ya saben que Jack estaba asustado, creía que algo o alguien le perseguía —dijo Alicia nerviosa.

—Eso es algo muy común en gente con personalidades ansiosas —dijo Jean.

Alicia le miró. No se había percatado de que se encontraba entre las sombras de la biblioteca.

—Pero, señorita Alicia, será mejor que tome algo caliente, está empapada.

—No gracias. Tenemos algo de prisa.

—¿Tenemos? —dijo Hércules.

—Sí, ha surgido otra cosa. Se lo contaré en el camino. Un taxi nos espera fuera.

—No se preocupen, yo despediré el taxi y les llevaré donde quieran en mi coche —dijo Jean.

—Es muy amable, pero es algo urgente —dijo Alicia.

En ese momento la mujer se dio cuenta de que en la corbata del hombre un alfiler lucía las iniciales DMJ y el triángulo. Fueron unos segundos, pero suficientes para que Jean se diera cuenta de lo que estaba observando.

—Insisto. No pueden marcharse de esa manera —dijo Jean amablemente, después sacó una pistola del bolsillo y les apuntó sin dejar de sonreír.

Capítulo 87

Washington, 9 de febrero de 1916

Los dos hombres entraron en el hospital y se dirigieron a uno de los vestuarios, se pusieron un par de batas blancas y subieron por las escaleras hasta la segunda planta. Caminaron por el pasillo hasta la puerta de la habitación. A pesar de las batas blancas, su aspecto no tenía nada que ver con los médicos que cruzaban los pasillos a todas horas, pero cuando el policía levantó la vista apenas tuvo tiempo de reaccionar. Dos grandes puñales le atravesaron el corazón. Los dos hombres lo cogieron en volandas y lo metieron a la habitación, lo dejaron sobre el suelo y se dirigieron directamente hacia la chica.

Margaret dormía plácidamente. Los hombres se acercaron hasta ella y sin mediar palabra la apuñalaron sin piedad. La chica no llegó a despertarse. Las sabanas se riñeron de rojo y un fuerte olor a sangre inundó la habitación. Los dos hombres se quitaron las batas y las arrojaron al suelo. Después uno comprobó que la chica estaba muerta y se dirigieron a la salida sin prisa.

En unos minutos habían abandonado el edificio sin que nadie se hubiera percatado de su presencia. El trabajo ya estaba hecho.

Capítulo 88

Washington, 9 de febrero de 1916

Hércules observó la pistola e intentó sopesar las opciones. Lanzarse sobre Jean podía ser peligroso, uno de sus amigos podía morir, pero si no lo reducían sin duda alguna sus compinches acudirían en su ayuda. Entonces optó por el camino más fácil, atacar directamente a su vanidad.

—¿Por qué no nos eliminó antes? —preguntó Hércules mientras extraía lentamente uno de sus puros habanos.

—Creía que me podían ser útiles; su fama de investigadores se ha extendido por todo el mundo —contestó Jean satisfecho.

—Pero era un riesgo —dijo Hércules.

—Desde el principio estuvieron en la palma de mi mano, pero quería demostrarles que no llevamos casi mil años de existencia por casualidad —dijo Jean.

—Señor Jean, han traicionado sus votos. Son unos miserables, su orden se dedicaba a servir a Cristo y proteger a los peregrinos que iban a Tierra Santa —dijo Lincoln enfadado.

—Por favor, prefiero que me llame Lear, gran maestro de la Orden de los Caballeros del Temple. Sin duda desconoce la historia. Los templarios dedicamos nuestra vida a los demás y ustedes nos lo pagaron exterminándonos. Nuestros líderes murieron en la hoguera y robaron todas nuestras posesiones, pero ahora nos vengaremos de toda esa ignominia —dijo Jean alzando el tono de voz.

—Ustedes renegaron de Jesucristo, se les acusó de idolatría, profanación, herejía y homosexualidad —dijo Lincoln.

Jean se aproximó unos pasos a Lincoln y le puso el cañón de la pistola en el pecho.

—Nosotros descubrimos la verdad, en el mismo corazón de Jerusalén, cuando el rey nos cedió la mezquita de Al-Aqsa, allí en sus entrañas estaba la verdadera historia del pueblo de Israel, el secreto mejor guardado desde el profeta Jeremías.

—¿Qué? —preguntó Hércules.

—¿No saben la historia? Después de destruir el templo de Salomón en el 587 antes de Cristo, los babilonios se llevaron casi todos los tesoros del templo, menos el más valioso —dijo Jean.

—¿El Arca de la Alianza? —preguntó Hércules.

—Exacto. El arca fue salvada con todo lo que contenía dentro: la vara de Aaron, el maná y lo más importante, las tablas de la ley —dijo Jean.

—Los diez mandamientos —dijo Lincoln.

—Jeremías escondió el arca antes de que llegaran los babilonios, esa fue una de las razones por las que Dios le advirtió de su ataque —dijo Jean.

—Eso es una herejía —dijo Lincoln.

—Está escrito en el segundo libro de los Macabeos, capítulo 2, versículos del 4 al 10, que el profeta, advertido por un oráculo, mandó llevar con él la carpa y el arca, y que partió hacia la montaña donde Moisés había subido para contemplar la herencia de Dios. Al llegar, Jeremías encontró una caverna: allí introdujo la carpa, el arca y el altar del incienso y clausuró la entrada. Algunos de sus acompañantes volvieron para poner señales en el camino, pero no pudieron encontrarlo. Y cuando Jeremías se enteró de esto, los reprendió, diciéndoles: «Ese lugar quedará ignorado hasta que Dios tenga misericordia de su pueblo y lo reúna. Entonces el Señor pondrá todo de manifiesto, y aparecerá la gloria del Señor y la nube, como apareció en tiempos de Moisés y cuando Salomón oró para que el santuario fuera solemnemente consagrado». Además, se ha de constatar que Salomón, lleno del espíritu de la sabiduría, ofreció el sacrificio de la dedicación y la terminación del templo. Así como Moisés oró al Señor y bajó fuego del Cielo, que devoró las ofrendas del sacrificio, así también cuando oró Salomón bajó fuego y consumió a la víctima —recitó de memoria Jean.

—Nunca había escuchado esa historia —dijo Hércules.

—El libro de los Macabeos es apócrifo, no está dentro del canon —dijo Lincoln.

—No es apócrifo, es deuterocanónico. La Iglesia de Roma lo acepta como veraz —dijo Jean.

—No son considerados de inspiración divina —dijo Lincoln.

—¿Dónde estaba la cueva en la que Jeremías escondió el arca? —preguntó Hércules impaciente.

—El texto dice que en el mismo sitio en el que Moisés vio la Tierra Prometida —dijo Jean.

—¿Por qué no se devolvió más tarde, cuando el templo fue reconstruido? —preguntó Hércules.

—Jeremías había muerto y no encontraron la cueva, pero nosotros encontramos una carta de Jeremías en el subsuelo de la mezquita de Al-Aqsa en la que hablaba de su verdadera ubicación. Sin embargo, según la leyenda, el arca no debía ser abierta hasta que la humanidad estuviera preparada, por eso la custodiamos hasta que en el siglo XIV se deshizo nuestra orden, después la llevamos a Escocia y en el siglo XVII a América, a un lugar preparado por nuestros hermanos siglos antes, pero se volvió a perder su rastro. Llevamos desde entonces buscándola, hasta que ustedes reunieron todas las piezas —dijo Jean.

—No sabemos dónde se encuentra —dijo Lincoln.

—Sí, está en Nueva York. En algún lugar de la isla de Manhattan. Ustedes mismos vieron la descripción que se hacía del lugar en el libro de Jack London —dijo Jean.

—Usted ha matado a Jack —dijo Alicia, que hasta ese momento había permanecido en completo silencio.

Sus amigos la miraron sorprendidos.

—El viejo murió casi solo, únicamente le ayudamos un poco —dijo Jean sonriente.

—También secuestró a Margaret —le acusó Alicia.

—Ese problema ya está resuelto —dijo Jean.

—¿Por qué es tan importante para ustedes el arca? —preguntó Hércules.

—¿Desconocen la leyenda de Hiram Abif? Se habla de él en el primer libro de Reyes, capítulo siete y versículos 13 y 14. Hiram era el artífice jefe del templo de Salomón. En el libro se comenta que hizo los pilares de latón bruñido, Hiram I, el rey de Tiro, se lo presentó a Salomón. Hiram guardaba un fabuloso secreto, al parecer varios de sus ayudantes lo descubrieron y lo mataron, pero antes logró esconderlo en el lugar más sagrado del templo, donde nadie se atrevería a entrar —dijo Jean.

—El sanctasanctórum —le interrumpió Lincoln.

—Exacto, en aquel lugar solo se podía entrar una vez al año, únicamente el sumo sacerdote y después de realizar un complejo ritual de purificación. Hiram introdujo el secreto dentro del arca y allí ha permanecido desde entonces —dijo Jean.

—Pero ¿cuál es el secreto? —preguntó Hércules.

—Únicamente los iniciados pueden saberlo.

Alicia había logrado colocarse a un lado, cerca de una de las velas que iluminaba la estancia; la empujó suavemente y una de las mesas repletas de libros comenzó a arder. Jean miró hacia el fuego y Hércules logró desarmarle y golpearle en la cabeza. Lincoln tomó las figuras y sus libros y después corrieron hacia la salida.

El criado intentó interponerse, pero al ver el fuego corrió hacia la biblioteca y los tres lograron escapar. Tras salir del jardín encontraron el taxi todavía en la esquina.

—Hemos logrado huir —dijo Lincoln resoplando.

—Pero sospecho que aún nos queda algo urgente que hacer, creo que esta noche estos locos van a intentar asesinar al presidente de los Estados Unidos —dijo Alicia a sus amigos.

Capítulo 89

Washington, 9 de febrero de 1916

Mientras el taxi se acercaba a toda prisa a la Casa Blanca, Lincoln trataba de idear un plan para proteger al presidente Wilson. ¿Cómo iban a explicar que uno de los músicos del concierto benéfico que se celebraba en la Casa Blanca era un asesino de una orden desaparecida hace más de setecientos años?, se preguntaba Lincoln.

—¿Conoces a alguien del servicio secreto que siga en activo? —le preguntó Hércules.

Lincoln lo pensó unos instantes, llevaba muchos años fuera del servicio secreto, más de una década y casi dos años fuera de los Estados Unidos.

—Puede que esté uno de mis compañeros, éramos los dos únicos negros del servicio secreto hace casi veinte años. La última vez que lo vi, trabajaba en la protección a altos cargos. Tras el asesinato del presidente McKinley, la Agencia comenzó a ayudar con la protección de los puestos vitales del Gobierno. Aunque creo que ahora trabaja en el Capitolio.

—Por favor, diríjase al Capitolio —dijo Hércules al conductor.

El coche dio un giro brusco y corrió a toda velocidad por la calle semidesierta. El sol ya había desaparecido y el frío glacial no animaba a que los habitantes de la ciudad pasearan por la noche, pero había dejado de llover. En cinco minutos se encontraron frente a las puertas del Capitolio. Lincoln se acercó rápidamente al policía de guardia y le dijo algo que sus amigos no lograron oír. Este corrió hacia el interior del edificio.

—¿Por qué corre? —preguntó Alicia.

—Le he dicho que estamos en código rojo, el más alto de seguridad nacional y que buscara de inmediato al agente Jefferson.

Diez minutos más tarde el policía regresó con un gigantesco hombre de color vestido con un traje gris.

—Lincoln, ¿qué demonios pasa? Espero que no se trate de una broma —dijo el agente malhumorado.

—Te aseguro que lo que sucede es muy serio. Alguien intentará asesinar al presidente esta noche —dijo Lincoln.

—¿Por qué no lo has comunicado a la Casa Blanca?

—¿Estás loco? Con toda esa burocracia del servicio secreto matarían al presidente antes de que el primer papel llegara a tramitarse —dijo Lincoln.

—Está bien, cuéntame todo mientras nos dirigimos para allí.

—¿Qué hora es? —preguntó Alicia.

—Son las siete de la tarde —contestó el agente.

—El concierto está a punto de comenzar.

Capítulo 90

Washington, 9 de febrero de 1916

La sala estaba abarrotada. Había un centenar de personas distribuidas por todos lados a la espera de que entrara el presidente. Los músicos afinaban sus instrumentos y el servicio recorría la estancia ofreciendo bebidas a los invitados. En la Sala Verde, el presidente tomaba una última copa antes de entrar al salón.

—Querido, creo que debes entrar —comentó Edith impaciente.

—Lo bueno de ser presidente de los Estados Unidos es que a nadie le importa esperarte. Déjame que apure el vaso —contestó bebiendo el último trago.

—Son donantes de tu campaña —dijo Edith.

—Esta noche no, los fondos irán para la Escuela de Huérfanos de la Guerra —dijo el presidente.

—Razón de más.

—Llevo semanas sin descansar, entre la guerra y la campaña para ser nombrado candidato demócrata estoy agotado —dijo Wilson quejicoso.

—No te presentes —dijo Edith. Sabía que cuando Wilson se ponía así, lo mejor era no darle tregua.

—¿Para que esos malditos republicanos conviertan el país en un yermo? Ni hablar. Necesito cuatro años más para completar mi trabajo y conseguir la paz en Europa.

—Pues adelante, querido.

Wilson notó como recuperaba el ánimo y cruzó la puerta con la expresión solemne de un presidente de los Estados Unidos.

Uno de los ujieres anunció su llegada y después los invitados esperaron a que se sentara en la silla. Se atenuó un poco la luz y el concierto comenzó.

Capítulo 91

Washington, 9 de febrero de 1916

Las ruedas chirriaron cuando el coche derrapó enfrente de la Casa Blanca. Los cuatro ocupantes bajaron a la carrera y Jefferson dio una nota al oficial de guardia. Un minuto más tarde dos agentes bajaron a recibirlos.

—¿Qué sucede?

—Código rojo. El presidente está en peligro —dijo Jefferson.

—Pero se ha saltado la cadena de mando. Tenía que informar a su jefe y este...

—¿Quiere que maten al presidente? Lo dejo bajo su responsabilidad.

Los dos agentes se quedaron petrificados. Si les dejaban pasar incumplirían todos los protocolos de seguridad, pero si aquellos hombres estaban en lo cierto, el presidente corría peligro.

—Nosotros nos ocupamos. ¿Quién es el asesino? —preguntó el mayor de los dos agentes.

—Es un músico llamado Jules Fauré y toca el violonchelo.

Los dos agentes corrieron hacia dentro y Jefferson los siguió. Lincoln y sus amigos se unieron a la marcha sin hacer caso a las advertencias de que se quedarán en la puerta.

Entraron en un *hall* y corrieron hasta un pasillo que daba a la sala del concierto. Sus pasos eran amortiguados por las gruesas alfombras, pero antes de que llegaran a la puerta, se les había unido media docena de agentes.

Abrieron los portones de par en par y cinco de los hombres se dirigieron directamente hacia el presidente. El público comenzó a lanzarse al suelo en medio del pánico. La música continuó durante unos segundos, hasta que el violonchelista se puso en pie y se lanzó contra el presidente con un cuchillo en la mano.

Capítulo 92

Washington, 9 de febrero de 1916

Cuando vio entrar a los agentes tardó unos segundos en reaccionar, había planeado atacar al presidente en la segunda parte del concierto y la irrupción del servicio secreto le dejó completamente fuera de juego.

Los hombres del presidente se lanzaron directamente sobre Wilson, pero el asesino logró herir a uno de ellos y volver a levantar el puñal para hincárselo al presidente. Hércules dio un gran salto y empujó al asesino hacia atrás. Los dos hombres forcejearon en el suelo, y para sorpresa de todos, otros dos músicos sacaron también sus cuchillos y volvieron a la carga para asesinar al presidente.

Lincoln sacó su revólver y apuntó al que se aproximaba más a su objetivo. Disparó y logró darle en la mano. El asesino le miró sorprendido, después sacó de algún lugar un arma y comenzó un tiroteo.

Mientras Hércules seguía en el suelo forcejeando con uno de los asesinos, Alicia sacó su pistola de dos tiros y logró situarse delante del presidente. La gente huía de la sala en medio de la confusión, chocando con los agentes y los camareros.

Lincoln alcanzó a uno de los asesinos en la cabeza. Por fin podía vengar la muerte de su padre.

Hércules logró quitar el cuchillo a su contrincante y le golpeó varias veces hasta que este quedó inconsciente, pero uno de los asesinos había logrado refugiarse detrás de una mesa y coger a un rehén.

—¡Suelta a la mujer! —gritó Lincoln mientras apuntaba al asesino.

El hombre lo miró desafiante. Después puso de nuevo el cuchillo sobre el cuello de la mujer y sonrió.

—No moriré en vano.

Los agentes habían logrado evacuar la sala y el presidente estaba en la otra habitación a salvo.

Hércules se acercó al asesino, pero este volvió a rozar con el cuchillo el cuello de la mujer. Entonces un disparo retumbó en la sala. El asesino abrió sobresaltado los ojos antes de notar que las piernas se le aflojaban. Después cayó muerto al suelo.

—¿Está loco, Lincoln? Podía haber matado al rehén —dijo Hércules.

Lincoln tenía la mirada perdida. Alicia lo miró asustada. Su prometido nunca se había comportado de aquel modo.

—Lo lamento. Me dejé llevar.

Los agentes cogieron al único asesino con vida. Después, la sala quedó en

silencio y los cuatro se dirigieron por el pasillo hacia la salida.

—Señores, el presidente desea verles —dijo uno de los agentes.

Los cuatro se miraron sorprendidos y entraron en la Sala Verde. Aquella noche habían cambiado la historia.

Capítulo 93

Washington, 9 de febrero de 1916

El presidente Wilson los saludó con una compostura que contrastaba con el nerviosismo generalizado del resto de víctimas. Su entereza se debía sin duda a la firme convicción de que su misión no había concluido. Primero saludó a Alicia, después a los agentes y por último a Hércules.

—Muchas gracias por su heroica acción. Gracias a gente como ustedes el mundo es un poco menos cruel —dijo el presidente.

—Estamos al servicio de la verdad, señor presidente —contestó Hércules.

—Me alegra que todavía alguien sirva a la verdad.

—Presidente —comentó uno de los ayudantes—, tiene que descansar.

—Es cierto, mañana será un día muy duro. Me lloverán miles de preguntas sobre lo sucedido esta noche. Buenas noches a todos.

El presidente se retiró y uno de los hombres del servicio secreto comenzó a hacerles preguntas.

—Sé que estarán agotados, pero antes de que se marchen tienen que responderme a un par de preguntas.

—Estamos a su entera disposición —dijo Hércules.

—¿Cómo supieron que iba a producirse el atentado?

—No lo supimos, lo dedujimos. Habíamos conocido a los músicos en el barco que nos traía a Norteamérica. Uno de ellos fue sospechoso de asesinato, pero no pudimos probar su culpabilidad. Les perdimos la pista, pero a nuestra amiga Alicia le resultó sospechoso que tocaran delante del presidente —dijo Hércules.

—¿Fue una simple deducción? —preguntó sorprendido el agente.

—La mayoría de cosas que creemos son simples deducciones —dijo Lincoln.

—¿Saben cuáles podían ser las razones de los asesinos para matar al presidente?

—Creemos que pertenecen a un grupo masónico del Rito Escocés, los Caballeros del Temple, su jefe es Jean Gagnon. Es bibliotecario en la Biblioteca del Congreso, escapamos de él poco antes de venir aquí —dijo Alicia.

El agente tomó nota de todo.

—¿Conocen a algún miembro más de la logia?

—No, pero los asesinos tienen relación con el ataque que recibimos hace unos días y en el que murieron varias personas —dijo Lincoln.

—Los culpables serán apresados y castigados —dijo el agente.

—Eso espero —comentó Lincoln.

—Tenemos la policía y el servicio secreto más eficiente del mundo —dijo el agente.

—¿Podemos irnos? —preguntó Lincoln.

—Sí, ¿quieren que les facilitemos un vehículo y escolta?

—No es necesario —dijo Hércules.

—Muchas gracias por su servicio a los Estados Unidos —dijo el agente de manera solemne.

Los tres abandonaron el edificio acompañados por el amigo de Lincoln. Una vez en la gélida calle se subieron a su coche y en unos minutos estaban en su hotel. Se sentían agotados y nerviosos, cada uno fue a su habitación para descansar, pero los tres se pasaron la mayor parte de la noche en vela. Sus vidas habían estado en peligro muchas veces, pero uno no terminaba nunca de acostumbrarse. Hércules observó de nuevo el libro y recordó las últimas palabras de Jean: el tesoro podía estar oculto en Manhattan. Al día siguiente partirían para Nueva York. Era una ciudad que odiaba; demasiada prisa, suciedad y contaminación, la antítesis de lo que le gustaba. Aquella noche echó de menos Madrid y por primera vez en mucho tiempo, quiso regresar a su antigua rutina, pero sin duda el destino tenía otros planes y no tardaría mucho en saberlo.

Capítulo 94

Washington, 10 de febrero de 1916

La mañana no pudo empezar peor. A primera hora un policía les informó de la muerte de Margaret. Al parecer, mientras ellos salvaban al presidente, unos hombres la habían asesinado en su propia cama. No había sufrido, pero aquella desgraciada muchacha había tenido el final que temía. Alicia pasó toda la mañana taciturna. Lincoln intentó consolarla, pero fue imposible. Antes del almuerzo prepararon las maletas y recibieron la visita del tío de Lincoln. El hombre se sentía abrumado y preocupado.

—Siento haberles presentado a Jean. Nunca habría imaginado que aquel perfecto caballero era el mismo diablo —dijo Laurence.

—Tío, usted no tiene culpa de nada. Ese maldito bastardo ha matado a demasiada gente para conseguir lo que busca, pero nosotros lo encontraremos antes.

—¿Saben que ha logrado escapar? No encontraron a nadie en su mansión. El despacho estaba quemado, pero la casa estaba desierta. Cuídense, por favor.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Hércules.

Lincoln abrazó a su tío.

—Tu padre se sentiría orgulloso de ti —dijo Laurence con los ojos llenos de lágrimas.

—Espero que desde el Cielo pueda ver que vengo su muerte.

—Él nunca querría venganza, George, él simplemente desearía que se hiciera justicia —dijo su tío.

Laurence se despidió de Hércules y Alicia, y después los acompañó hasta la salida del hotel. Allí los esperaba un coche, el botones cargó las maletas y los tres subieron al vehículo.

—Vamos a Nueva York, si necesitas algo puedes localizarnos allí —dijo Lincoln.

—Tengan mucho cuidado —dijo Laurence, levantando la mano para despedirse.

—Lo tendremos —dijo Alicia asomándose por la ventanilla.

El coche se puso en marcha ruidosamente y se dirigió hasta una de las avenidas. Aquella tarde el calor comenzaba a derretir la nieve. La primavera parecía mucho más que una lejana esperanza.

Capítulo 95

Washington, 10 de febrero de 1916

Observaron como el coche salía del hotel y los siguieron. Jean sentía el dolor de las quemaduras en su rostro. La noche anterior, mientras yacía inconsciente en la biblioteca, las llamas habían devorado la mitad de su cara. Sus bellos rasgos eran ahora un amasijo de carne deforme. Su primer impulso fue ir en busca de Hércules y sus amigos para aplastarlos como a moscas, pero después supo mantener la mente fría. Ellos le llevarían hasta el tesoro, después los poderes de las reliquias ocultas podrían rehacer su maltrecho rostro.

Durante varias horas vigilaron el vehículo. Apenas pararon un par de veces, cuando llegaron a Nueva York ya era de noche. Hércules y sus amigos se registraron en el hotel Plaza. El hotel estaba cerca de Central Park, en un lugar estratégico, en mitad de la isla de Manhattan.

Uno de los hombres de Jean alquiló una habitación en el mismo hotel. El gran maestre tuvo que subir a la habitación de manera apresurada, con el abrigo y el sombrero calado, disimulando las quemaduras.

Cuando llegó a su habitación, repleta de espejos, no pudo evitar observarse de nuevo. La mitad de su cara había desaparecido como si un enfadado alfarero la hubiera deshecho como barro. Se sintió horrorizado, lanzó uno de los ceniceros contra el espejo y este estalló en mil pedazos. Cuando volvió a alzar la mirada, los cristales rotos multiplicaron su rostro mutilado. Jean comenzó a llorar, por primera vez sintió que el monstruo que había creado dentro de sí había terminado por ocuparlo todo, incluida su hermosa cara. Había odiado su aspecto angelical, a su perfecta y religiosa familia, la virtuosa vida de sus padres, pero por unos segundos tuvo miedo. Se quitó las manos de la cara y volvió a contemplarse en el espejo roto. Ese era su verdadero rostro y así sería el resto de su vida, pensó mientras las lágrimas recorrían su cara.

Capítulo 96

Nueva York, 10 de febrero de 1916

Aquella noche cenaron pronto. Necesitaban aclarar sus ideas y no sabían por dónde empezar. Lincoln desplegó un plano de la isla de Manhattan, después de apartar las tazas y platos. Señaló los edificios que se conservaban del siglo XVIII. Apenas eran media docena.

—Estos son los edificios principales. La mayor parte de la ciudad se quemó en el incendio de 1776, poco después de que los ingleses ocuparan la metrópoli tras un pequeño periodo de independencia —dijo Lincoln.

—¿Los ingleses quemaron la ciudad? —preguntó Alicia sorprendida.

—Se cree que el incendio fue provocado, los ingleses acusaron a Nathan Hale, un espía de las milicias independentistas. Aunque los estadounidenses culparon a los británicos —dijo Lincoln.

—¿Se destruyó la urbe entera? —pregunto Hércules.

—No, pero las llamas arrasaron más de mil edificios —dijo Lincoln.

—¿Qué edificios sobrevivieron? —preguntó Alicia.

—Vamos a ver. Está la casa de James Watson, pero esta fue construida poco después del incendio, en 1794. Luego está la iglesia de San Marcos en la Segunda Avenida, aunque el edificio es también de 1799, posterior al incendio —dijo Lincoln.

—¿Entonces? —preguntó Alicia.

—Los únicos edificios más antiguos son la capilla de San Pablo, que fue edificada en 1766 y la iglesia de la Trinidad, que fue edificada en 1698, aunque el edificio fue destruido en el incendio y no se edificó un nuevo edificio hasta 1799.

—Entonces San Pablo es el único lugar que queda en pie. ¿Qué sabemos sobre el edificio? —preguntó Hércules.

—Muy poco. Tendríamos que encontrar a alguien que nos explicara el origen de la iglesia —dijo Lincoln.

—Pues la visitaremos mañana mismo —dijo Hércules.

Abandonaron el salón y enseguida se durmieron. Los últimos días habían sido muy intensos.

Uno de los hombres de Jean había escuchado toda la conversación desde una mesa cercana. Al día siguiente no estarían solos en la capilla de San Pablo.

Capítulo 97

Nueva York, 11 de febrero de 1916

La fachada de la iglesia de San Pablo destacaba entre los edificios altos de la ciudad a pesar de su modesto tamaño. Desde lejos, se asemejaba más a un templo pagano que a una iglesia. Sus proporciones geométricas y su base cuadrada contrastaban con la torre octogonal que surgía del centro mismo de la iglesia. El estilo georgiano de su fachada era sencillo, sin pretensiones, con un gran pórtico clásico de columnas jónicas. El color rosado de la piedra contrastaba con los edificios grises del centro de la ciudad. En la parte trasera, un pequeño cementerio recordaba que la ciudad no era tan nueva, a pesar de que Nueva York se rehacía cada cierto tiempo, como si quisiera luchar contra su propia decadencia.

Hércules y sus amigos entraron en la iglesia con la esperanza de encontrar a algún párroco que pudiera explicarles la historia de la capilla, pero a aquellas horas de la mañana parecía estar desierta. La sala era sencilla pero elegante. Sus colores pálidos y el techo plano y le daban un aire acogedor. Al fondo había un triple ventanal con una representación de las Tablas de la Ley de Moisés.

—No parece que haya nadie —dijo Alicia.

—A esta hora no debe haber servicio religioso, pero seguro que el párroco está por alguna parte.

Los tres se dirigieron a una de las puertas laterales. Entraron en un cuarto y vieron a un pastor anglicano leyendo mientras tomaba un té caliente.

—Disculpe, padre —dijo Lincoln entrando en el cuarto.

El sacerdote se sobresaltó y parte del té se le cayó en la camisa negra.

—¿Qué desean? No hay servicio hasta las diez de la mañana —dijo el sacerdote limpiándose la camisa.

—Estamos de visita en la ciudad y nos han hablado muy bien de esta capilla. Al parecer tiene una historia muy interesante —dijo Hércules.

—Lo cierto es que la historia de San Pablo es muy curiosa —dijo el sacerdote, orgulloso.

—¿Por qué? —preguntó Alicia.

—San Pablo no es una iglesia principal, dependemos de la iglesia de la Trinidad, pero como a los feligreses les costaba recorrer media isla para ir al servicio, se construyó este otro edificio.

—¡Qué interesante! —dijo Lincoln intentando mostrar curiosidad.

—Eso no es lo más importante, este es uno de los pocos edificios que sobrevivió

al incendio de 1776. La propia iglesia de la Trinidad quedó arrasada y tuvieron que reconstruirla.

—Algo hemos oído —dijo Lincoln impaciente.

—Como habrán contemplado no es una típica iglesia. Parece más un templo pagano, ¿verdad?

—Sí, eso estábamos comentando —dijo Alicia.

—La iglesia fue construida a instancias de la reina Ana. Se terminó en 1766. Antiguamente la iglesia estaba en el campo, cercana al puerto que había al sur de la isla. Esta fue la capilla en la que se reunía el presidente Washington antes de que se construyera la capital —dijo el sacerdote.

—¡Es fascinante! ¿Por quién es el monumento que está a la entrada? —preguntó Hércules.

—Por el general de brigada Richard Montgomery.

—¿Es un obelisco, verdad? —preguntó Hércules.

—Sí, ya saben la profunda relación que hubo al principio entre la masonería y la independencia del país. En el altar mayor ya habrán visto la representación de las Leyes de Moisés y el Ojo que Todo lo Ve —dijo el sacerdote.

—Sí, el Ojo que Todo lo Ve es una representación pagana de Orus, uno de los dioses de Egipto —comentó Hércules.

El grupo se dirigió a la capilla, se quedaron justo a los pies del altar.

—¿Lo ven? Allí está el Ojo y de él se desprenden rayos que llegan hasta las tablas. El diseñador de esta figura fue Pierre L'Enfant, el mismo que diseñó Washington —dijo el sacerdote.

—¿El mismo arquitecto? —preguntó Lincoln.

—Sí, el mismo.

—¿Era masón? —preguntó Alicia.

—Probablemente sí, pero no soy un especialista en el tema —dijo el sacerdote.

—En el púlpito está representado un sol dorado —dijo Alicia.

—Tendrán que buscar un experto, yo no puedo ayudarles más —dijo el sacerdote.

Hércules miró a sus amigos algo decepcionado.

—¿No puede ayudarnos? ¿Quién podría saber más sobre la capilla?

—El único que puede ayudarles está muerto —dijo el sacerdote.

—¿Está muerto? —preguntó Alicia extrañada.

—Sí, mi buen amigo James Roosevelt, era un hombre de negocios, pero amaba profundamente este lugar. Hace veinte años se produjo un incendio y fue él el que salvó el edificio, llevó parte de la cara quemada hasta el final de sus días —dijo el sacerdote.

—Entonces, no tenemos otra opción que investigar por nosotros mismos —dijo Hércules.

Los tres amigos se dirigieron a la salida, pero antes de que abandonaran la sala el sacerdote les llamó:

—Esperen, puede que su hijo Franklin conserve algunos papeles de su padre o su abuelo, por lo menos es el actual dueño de la biblioteca de la familia.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó Alicia tomando nota.

—Franklin Delano Roosevelt. Su familia es de las más antiguas de Nueva York, trabaja en la secretaría de Marina, si no está en el despacho les darán su dirección particular.

—Muchas gracias —dijo Alicia despidiéndose del sacerdote.

Los hombres de Jean les siguieron a una prudente distancia. Tenían órdenes de no intervenir hasta que Hércules y sus amigos hubieran dado con el tesoro o con una pista que los condujera a él.

Capítulo 98

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Roosevelt estaba recogiendo los últimos papeles cuando su secretaria le anunció la llegada de dos hombres y una mujer. No esperaba a nadie, pensó en decirles que regresaran la semana siguiente. Estaba a punto de viajar con sus amigos a por el famoso tesoro, pero la secretaria le informó de que las visitas habían llegado el día anterior de Washington y que no estarían mucho tiempo en la ciudad.

Cuando vio entrar a la mujer y los dos hombres, sus caras le resultaron vagamente familiares.

—Ustedes son los que ayudaron a la hija del senador Phillips —dijo Roosevelt señalándoles con el dedo.

—No me diga que han corrido tan rápido las noticias —dijo Hércules.

—Están en todos los periódicos del país —dijo Roosevelt.

—Mi nombre es Hércules Guzmán Fox y mis amigos son Alicia Mantorella y George Lincoln.

—Encantado —dijo estrechándoles la mano.

—Gracias por recibarnos —dijo Alicia.

—Estamos investigando el caso del senador Phillips y nuestras pesquisas nos han conducido a la capilla de San Pablo; al parecer, su padre era un ferviente admirador de la capilla —dijo Hércules.

—Se puede decir que es casi una tradición familiar.

—No entiendo a qué se refiere —dijo Lincoln.

—Mi familia está aquí desde antes de que la ciudad se llamara Nueva York.

—¿Ustedes pertenecen a los primeros holandeses que fundaron la ciudad? —preguntó Lincoln.

—No, cuando mi antepasado Claes van Maartenszen Rosenvelt llegó a la ciudad esta ya estaba habitada. Compró una granja en lo que ahora se conoce como la Quinta Avenida, antes todo Manhattan era un frondoso bosque, un pequeño pueblo y algunas granjas dispersas.

—Nadie lo pensaría ahora —dijo Alicia.

—En el siglo XVIII, uno de mis antepasados, Isaac Roosevelt, fue uno de los representantes de la ciudad y estuvo del lado de los independentistas. Cuando los ingleses ocuparon la metrópoli, escapó por miedo a las represalias —dijo Roosevelt.

—Eso debió ser en el periodo en el que se construyó la iglesia y antes del incendio —dijo Hércules.

—Exacto, mi abuelo Jacobus poseía todo lo que es ahora Harlem. Mi padre dejó los negocios de azúcar que tan ricos nos habían hecho y se dedicó al carbón y al transporte —dijo Roosevelt.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con la capilla de San Pablo? —preguntó Lincoln, impaciente.

—Desde mi abuelo, los Roosevelt hemos donado dinero para conservar la capilla.

—¿Por qué? —preguntó Alicia.

—En ella se ha reunido durante generaciones la Orden de Orange, a la que pertenecemos —dijo Roosevelt.

—¿Qué pasó en el incendio en el que casi pierde la vida su padre? —preguntó Hércules.

—Al parecer, después de la reunión de la logia y a altas horas de la noche se produjo un incendio. Mi padre estaba allí y logró apagarlo. Es lo único que sé —dijo Roosevelt.

—¿Puede contarnos algo más sobre la capilla? —preguntó Lincoln.

—No sé nada más. Desde hace años asisto a los servicios semanales de la iglesia madre, la Santísima Trinidad, mi mujer prefiere el otro edificio. Lo lamento.

—Gracias por dedicarnos su tiempo —dijo Hércules estrechándole la mano.

—Ha sido un placer —dijo Roosevelt.

—Si se acuerda de algo más, nos alojamos en el Plaza —dijo Hércules.

Cuando se quedó solo se aproximó a la ventana. La mujer y los dos hombres subieron a un vehículo. Él levantó el teléfono y pidió línea.

—Hola, soy Franklin. Me voy a retrasar un poco, será mejor que nos veamos allí en un par de días. No, estoy bien, pero tengo que comprobar algo.

Colgó el teléfono, se puso el abrigo y pidió que le trajeran el coche. Prefería ir solo, sin chófer. Aquella mañana era luminosa y cálida, la primavera no tardaría en llegar. Roosevelt entornó los ojos y pensó en su padre y todos sus secretos.

Capítulo 99

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Nunca se habían encontrado tan desorientados. Sin duda, la capilla de San Pablo era la clave, pero no sabían interpretar el mensaje que la iglesia les transmitía. El obelisco y el Ojo que Todo lo Ve eran símbolos masónicos. La forma de la capilla y algunos de los artistas que la habían embellecido eran masones, y la familia Roosevelt había tenido una relación especial con la capilla, aunque no supieran de qué se trataba.

—Esta noche entraremos en la capilla, de una manera o de otra. Lo que estamos buscando se encuentra allí —dijo Hércules.

—Es inútil, ¿por dónde podemos empezar? —dijo Lincoln.

—Yo creo que debemos intentar examinar detenidamente el púlpito y el altar, puede que eso nos de alguna pista —dijo Alicia.

—Pero ¿cómo entraremos? ¿No querrá forzar la puerta? —preguntó Lincoln.

—No, nos esconderemos después del último sermón y esperaremos a que se marchen todos —dijo Hércules.

—¿Pasaremos toda la noche en la capilla? —preguntó Lincoln.

—¿Tiene algo mejor que hacer? —dijo Hércules frunciendo el ceño.

Alicia puso un brazo sobre el hombro de Lincoln, desde su llegada a Estados Unidos no habían estado ni un instante a solas.

—¿Por qué no me enseñas la ciudad? Quedan varias horas para que anochezca —dijo Alicia.

—Me parece una idea estupenda —dijo Hércules— yo estaré en la biblioteca de la ciudad, puede que allí descubra algo interesante.

—Pero ¿cómo vamos a dejarle solo?

—Ya soy mayorcito —dijo Hércules—. No se preocupen por mí.

Alicia tomó del brazo a Lincoln y salieron del *hall* del hotel. Allí nadie parecía prestarles atención. Si algo bueno tenía Nueva York era que era indiferente a cualquier estrato social, racial o religioso. Caminaron un par de manzanas y entraron en un inmenso parque.

Capítulo 100

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Roosevelt salió del coche a toda prisa y entró en la mansión. Sabía directamente adónde se dirigía. Mientras corría hacia la biblioteca se preguntaba cómo no se había dado cuenta antes. La vieja capilla de San Pablo era la clave, no tenía que ir más lejos. Se acercó al escritorio de caoba y abrió uno de los cajones con la llave dorada. Allí estaba el libro medio chamuscado por el que su padre había arriesgado la vida cuando la capilla se incendió.

Seguía tal y como lo recordaba. Su padre solía sacarlo del cajón, hojearlo un momento y volver a meterlo dentro del escritorio. Le quitó la tela de terciopelo y observó el contenido. El libro era muy fino, de láminas brillantes, algunas a color. Los grabados no habían perdido su belleza, aunque por los bordes amarilleaban las hojas. No lo miró, lo guardó en su portafolio y se dirigió hacia la salida.

En cuanto atravesó el pasillo percibió que algo iba mal. La puerta de la calle estaba entornada y él estaba seguro de haberla cerrado con fuerza. Corrió hacia el salón; desde allí se podía salir al jardín interior, donde una puerta disimulada entre la maleza conducía a la parte trasera de la calle. Mientras se adentraba en el salón medio en penumbra escuchó crujir los pasos de sus perseguidores a su espalda.

Abrió la puerta y corrió sobre la hierba todavía húmeda por las últimas nevadas, después se adentró en el bosquecillo y empujó la puerta, pero esta no cedió, llevaba demasiado tiempo cerrada.

La sombra de los dos perseguidores apareció entre la oscuridad y Roosevelt golpeó con el hombro la puerta hasta que cedió por fin. Salió al callejón que separaba una finca de la otra y corrió hasta la carretera principal; pensó en volver a recoger su coche, pero no estaba seguro de que un tercer hombre no acechase en la puerta.

Cuando estaba a punto de girarse, un disparo silbó encima de su cabeza. Entonces se acordó de que llevaba un arma. Desde que servía en la Armada le habían facilitado un pequeño revólver. Lo llevaba con el seguro echado y dentro del maletín. Lo sacó con premura, pero en el intento se le cayó al suelo.

—¡Mierda! —dijo agachándose.

Los dos hombres estaban muy cerca. Apuntó y disparó con los ojos cerrados. Los perseguidores se escondieron entre los árboles y él corrió hasta la carretera, paró un camión y subió aceleradamente.

Cuando pasó delante de los perseguidores, estos lo miraron incrédulo.

—Tengo que ir a la ciudad. Le pagaré lo que me pida —dijo Roosevelt mientras

le daba un billete de cien dólares al conductor. Este miró la cara de Benjamín Franklin teñida de verde y sonrió pisando el acelerador a toda prisa.

Capítulo 101

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Central Park parecía un jardín muerto. La nieve ocupaba parte de las praderas y apenas se veían neoyorkinos caminando por los senderos. Lincoln y Alicia habían alquilado una carroza para conocer el parque y llevaban una manta que les protegía las piernas del frío.

—Creo que fue un error venir a Norteamérica —dijo Lincoln.

—Siento mucho lo de tu padre, ha sido una desgracia terrible —dijo Alicia acariciando una de las mejillas del hombre.

—Mi padre era un hombre mayor, tal vez no le quedara mucho de vida, pero no merecía morir así, en medio de un tiroteo en su propia casa.

—El destino lo ha permitido —dijo Alicia.

—No estoy seguro de que nuestras vidas las rija el destino.

—Pero si tú siempre has dicho que Dios tiene el control de hasta el último pelo de nuestra cabeza —dijo Alicia sorprendida.

—Estaba equivocado —dijo Lincoln agachando la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Mi padre sirvió a Dios toda su vida y ahora está en una fosa, mientras que ese delincuente sigue con vida —dijo Lincoln frunciendo el ceño.

—Entiendo que el dolor te haga cavilar, pero sin duda tu padre está en un sitio mejor —dijo Alicia intentando animar a Lincoln.

—Él quería que fuera pastor.

—¿Quién? ¿Tu padre?

—No, Él —dijo Lincoln señalando al cielo.

—No me lo puedo creer, ¿en serio?

—Sí, tengo la vocación desde joven, pero siempre he corrido en la dirección contraria a la que me indicaba, no quiero que me diga lo que tengo que hacer, a mi manera también ayudo a la gente, ¿no? —dijo Lincoln.

—No entiendo mucho sobre la fe, pero creo que llevar la contraria a Dios debe ser algo muy duro.

En ese momento, un carruaje se situó justo a su altura. Lincoln lo miró extrañado. Dos hombres viajaban juntos tapados con una manta. De repente, uno de ellos levantó la manta y les encañonó con una escopeta.

—Creo que su viaje termina aquí.

Capítulo 102

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Hércules se frotó los ojos. Apenas podía mantenerlos abiertos, llevaba toda la tarde leyendo y no había sacado nada en claro.

Al parecer, Pierre Charles L'Enfant había nacido en París el 2 de agosto de 1754. Era hijo de un conocido pintor. En 1777 obtuvo el permiso real para luchar a favor de los colonos. En 1779 fue nombrado oficial del cuerpo de ingenieros. Fue herido en Savannah y capturado en el sitio de Charleston. Era masón y se cree que fundó una logia en Cincinnati. En 1779, George Washington le encargó el diseño de los edificios públicos de la futura capital. Eso mismo le había contado el tío de Lincoln en su visita a Washington.

Todo Estados Unidos estaba repleto de simbología masónica. Además, una de las expresiones artísticas más significativas de los masones fue sin duda la arquitectura. Tal vez su interés por los edificios naciera de su pasado constructor, los masones provienen de los gremios de albañiles que construyeron las catedrales, pero sin duda una de las razones principales fue dejar en piedra una herencia que perdurase.

Algunos de los ejemplos más claros son la Casa Blanca, residencia presidencial, y el Capitolio que está colocado dentro de una composición geométrica que integra a otros monumentos. Al parecer, la colocación de los edificios y las calles componen una serie de zodiacos cada uno consagrado a un patrón estelar concreto.

La estatua situada justo en la cúspide de la cúpula del Capitolio fue instalada en 1863; su creador fue Thomas Crawford. En el casco de la estatua también están puestas las estrellas, naturalmente Crawford era masón.

Los símbolos salpicaban toda la arquitectura de Washington, pero también los edificios de otras ciudades y estados. El George Washington Memorial de Alexandria, en Virginia, donde habían estado días antes, era uno de ellos, con la torre que simbolizaba el faro de Alejandría. El templo Masónico de Chicago era también muy curioso, ya que se trataba de un rascacielos. El edificio fue construido en 1892

por la firma Burnham y Root. Otro edificio, el templo Masónico de Salt Lake City, capital del mormonismo, daba pistas de la conexión entre mormones y masonería. El edificio estaba ocupado por la mayoría de las logias de la ciudad y se construyó según el modelo egipcio.

La capilla de San Pablo no era una excepción. El interior de la capilla era sencillo y austero. Dentro estaba la estatua del general Richard Montgomery, que murió en la batalla de Québec en 1775. Montgomery era masón y el monumento conmemorativo

de la capilla tenía varios símbolos masónicos, como el propio obelisco. Otra de las esculturas es la representación de «La Gloria»; en ella se ven unos rayos de luz que provienen de un triángulo con la palabra Yahvé y que descienden hasta las Tablas de la Ley de Moisés.

La Estatua de la Libertad fue otro curioso obsequio. Enviada por la República de Francia para conmemorar los primeros cien años de los Estados Unidos, fue un soplo de aire fresco para un país que seguía sufriendo las secuelas de su cruenta guerra civil.

La idea surgió del jurista y político francés Édouard Laboulaye, autor de la famosa obra *París en Amériqúe*. El proyecto se encargó a un joven escultor llamado Frédéric Auguste Bartholdi. La guerra de Francia con Prusia retrasó la ejecución de la estatua. Bartholdi viajó a Estados Unidos en 1871 para buscar una ubicación para su estatua, eligió la pequeña isla de Bedloe, buscó apoyos entre los norteamericanos y se reunió con el presidente Ulysses Grant.

Al parecer, la inspiración para la estatua surgió en un viaje del escultor a Egipto, allí el diplomático Ferdinand de Lesseps le sugirió a Bartholdi la idea de crear una estatua clásica, con forma de faro, que representara a la diosa Libertad de la mitología romana. Pero aquella estatua no era originalmente para los Estados Unidos, era una idea para su construcción en Egipto. Se cree que Bartholdi aprovechó su anterior proyecto y lo reutilizó para la estatua americana.

La estatua fue inaugurada el 28 de octubre de 1886, era presidente Grover Cleveland, el vicepresidente del Senado Frédéric Desmons, un masón, representó a Francia. A la inauguración asistieron representantes de muchas de las logias de Estados Unidos. Pero todo aquello no le aclaraba nada.

Hércules decidió salir a la calle y tomar un poco el fresco. Después fue en taxi hasta el hotel. Al llegar se encontró con una grata sorpresa: Roosevelt le esperaba impaciente ahí. No llevaba sombrero, el pelo la caía despeinado por la cara y se aferraba con fuerza a un maletín.

Capítulo 103

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Cuando entraron en la capilla de San Pablo ya eran las ocho de la tarde. Habían esperado a Alicia y Lincoln en el hotel, pero después Hércules pensó que tal vez sus amigos irían directamente a la iglesia. Roosevelt le contó brevemente su percance con los hombres de Jean y los dos decidieron armarse mejor. Sin duda los templarios estarían custodiando la capilla.

Escucharon el oficio religioso impacientes, Hércules se daba la vuelta a cada instante para comprobar si habían llegado sus amigos. Cuando la celebración terminó, la gente no tardó mucho en abandonar la sala. Ellos dos se escondieron detrás de unas cortinas y a las ocho cuarenta y cinco se pusieron manos a la obra.

—¿Sus amigos no van a venir? —preguntó Roosevelt extrañado.

—Se deben haber entretenido —contestó Hércules.

—Esta mañana no les conté toda la verdad. Mi padre salvó un libro de las llamas. Hasta hoy no le había dado mucha importancia, la verdad es que ni siquiera lo había abierto. Parece un libro de arte. Están grabadas y descritas algunas obras, pero creo que es mucho más —dijo Roosevelt.

—¿A qué se refiere?

—Para mi padre, Nueva York representaba la nueva Alejandría. Una ciudad en la que la ciencia y la sabiduría alumbrarían de nuevo al mundo. Esta era la capilla preferida de muchos masones, entre ellos la del propio George Washington.

—Hoy mismo lo estaba leyendo en la biblioteca —comentó Hércules—. Pero ¿por qué era una capilla tan querida por los masones?

—Está llena de sus símbolos, tanto en el interior como en el exterior; la forma de la propia capilla es la de un templo pagano.

—Pero debe haber algo más.

—Mire la torre octogonal; según el libro de mi padre, imita el monumento de Lisícrates.

—¿El monumento de Lisícrates? —preguntó Hércules.

—Sí, es un monumento cercano a la Acrópolis de Atenas. En ella se representaba el mito de Dioniso, el dios del vino, la locura y el éxtasis. Muchos han considerado a Dioniso como el verdadero Mesías que había de venir, otros piensan que es una representación del diablo —dijo Roosevelt.

—Increíble.

—Fuera está la estatua de roble de San Pablo. El apóstol lleva un libro en la

mano. Es la única representación en el mundo en la que San Pablo lleva un libro, normalmente lo llevan los cuatro evangelistas. El libro se cree que es el de los misterios de Dioniso.

—¿En qué consisten esos misterios? —preguntó Hércules.

—Al parecer, cuando apareció el cristianismo había varios cultos místéricos. En esos cultos, el iniciado debía pasar una serie de pruebas secretas y únicamente un selecto grupo podía conocer sus misterios.

—Algo parecido a la masonería —dijo Hércules.

—Exacto, algunos creen incluso que esos cultos son el mismo origen de la masonería. Sus ritos tenían relación con la muerte, el renacimiento y la posesión de espíritus. Dioniso representaba al dios de lo animal, los instintos básicos de los seres humanos. Los fieles caían en trance después de consumir alcohol y otras sustancias, y eran poseídos por espíritus. Se rendía culto al toro y la vaca, por eso se piensa que el famoso becerro de oro tiene su origen en estos cultos paganos que también se daban en Egipto —dijo Roosevelt— pero esto es una iglesia.

—Sí, pero tiene muchos símbolos paganos. El monumento a Richard Montgomery es otro ejemplo claro. La pirámide y sus elementos guerreros recuerdan más a un monumento romano que cristiano. Además, ¿no se ha fijado en que apenas hay cruces en la iglesia? Las pocas que hay se pusieron más tarde. Uno de los cuadros que se conservan en la capilla es una representación del sello de los Estados Unidos —dijo Roosevelt.

—¿El sello de los Estados Unidos?

Roosevelt se aproximó al gran sello. Los dos observaron fascinados el cuadro por unos momentos.

—Se creó una comisión para diseñar un sello oficial. Estaba compuesta por John Adams, Benjamín Franklin y Thomas Jefferson. Cada uno de ellos mostró un modelo. Adams utilizó la figura de Heracles, mientras que Jefferson y Franklin utilizaron simbología del Antiguo Testamento: Jefferson sugirió la peregrinación de los israelitas hasta la Tierra Prometida y Franklin propuso la figura de Moisés abriendo el mar Rojo.

—¿Los Estados Unidos representados como el pueblo de Israel?

—Sí, desde el principio muchos vieron en los Estados Unidos al pueblo elegido para llevar la libertad al resto del mundo —dijo Roosevelt.

—Por eso la simbología de Moisés —dijo Hércules.

—Sí, es algo que se ve en muchos monumentos. Pero el diseño elegido finalmente fue el presentado por el secretario del Congreso, Charles Thomson, maestro de una logia masónica de Filadelfia.

—Otro masón.

—Sí, otro masón.

—Es increíble —dijo Hércules.

—Fíjese bien. En el anverso del sello, que es la representación que tenemos aquí en la pared, aparece el águila calva americana con alas desplegadas y lleva sobre el pecho un escudo, con la parte superior en azul y en la baja, barras rojas y blancas. En una de las garras porta una rama de olivo y en la otra hay trece flechas. Sobre ella hay un círculo con trece estrellas. En el pico, el águila lleva la leyenda «De muchos se formó uno», el mismo eslogan del fundador de los Illuminati, Weisshaupt.

—¿«De muchos se formó uno»?

—La frase es de Pierre Eugene du Smitiere, miembro de la Sociedad Filosófica Americana.

Hércules miró con cuidado cada detalle del sello. Después Roosevelt se aproximó con el libro y le enseñó el reverso de este.

—En el reverso aparece un triángulo con un ojo en su interior y se incluye la leyenda: «El nuevo orden de los siglos». La frase está tomada de Virgilio, pero muchos han creído ver el ideario Illuminati de una nueva era. Lo más sorprendente del sello es la frase: *Novas Orso Seclorum*. Muchos han visto en esta frase la simbología masónica y en especial las ideas de los Illuminati. Este grupo masónico habría logrado infiltrarse en el Gobierno de los Estados Unidos y promover sus ideales a nivel mundial. El final de los siglos sería la llegada al poder del Anticristo, ya que los Illuminati son luciferinos, adoradores de Satanás. Otros interpretan la frase no como una profecía de un nuevo orden mundial, sino más bien como un deseo de los Padres Fundadores de que los siglos siguientes fueran distintos y en ellos reinara la justicia y la libertad. La frase se deriva de una de Virgilio en la que este desea una era de paz y armonía.

—Es una pirámide y tiene el Ojo que Todo lo Ve.

—Efectivamente, su simbología masónica es tan clara que hasta un niño lo vería.

—¿Quiénes eran los illuminati?

—La primera logia illuminati en los Estados Unidos se abrió en 1785 en la Columbia de Nueva York, por tanto su influencia en la independencia fue nula. Se cree que se afiliaron hombres como el gobernador de Nueva York, Clinton Roosevelt, Horace Greenley y el propio Thomas Jefferson. No se puede confirmar este hecho, y los signos del sello de los Estados Unidos están claramente influenciados por la masonería, la influencia Illuminati no está probada.

—¿Qué tiene que ver con el gran sello?

—Posiblemente nada, aunque es innegable que el Gran Sello de la Unión tiene connotaciones masónicas, tanto por sus formas como por los símbolos utilizados.

—¿Qué nos queda por ver? —preguntó Lincoln.

—Por último, la escultura llamada *La Gloria* fue realizada por Pierre L'Enfant y es la pieza clave de toda la capilla.

—Algo había leído en la biblioteca.

—Este francés es realmente curioso. Lafayette fue su mentor y gracias a él conoció a Washington. Diseñó la ciudad de Washington, pero también otras muchas cosas como la enseña de la ciudad de Cincinnati, la alcaldía de Nueva York y, durante un tiempo, fue el diseñador de moda de la clase alta norteamericana. Después cayó en desgracia, el Congreso se negó a pagarle y murió en la miseria.

—Es curioso, pero muchos grandes genios terminan así.

—L'Enfant fue el que escribió este libro de arte. Puso especial interés en su escultura *La Gloria*. Mire, es una representación del Ojo que Todo lo Ve. De ese ojo de Dios salen rayos hasta las Tablas de la Ley. La Biblia habla de que el propio dedo de Dios esculpió en piedra su ley.

—Sí, conozco la historia.

—Las tablas fueron el único elemento que Dios tocó personalmente, por eso siempre se ha considerado que tenían un poder increíble. Dios había dejado su impronta en piedra. Muchos grupos han querido recuperar las tablas y obtener el poder que se cree que conservan.

—Ya sabemos qué es lo que están buscando los templarios; es el Arca de la Alianza... Es curiosa la coincidencia —dijo Hércules.

—Puede que simplemente busquen las Tablas de la Ley, no todo el arca.

En ese momento se escucharon unos aplausos al fondo de la sala. Los dos hombres se giraron y contemplaron a Jean, que entraba con cinco de sus hombres y sus amigos, atados y amordazados.

—Felicidades, creo que han dado con la pista que necesitábamos.

Los hombres de Jean apuntaron a Hércules y Roosevelt. Jean quitó el libro de las manos de este y se puso a mirar el monumento.

Intentó tirar de varios de los rayos para ver si se movían, pero sin éxito. Después se acercó a las tablas y pasó el dedo por las letras grabadas. Justo en el sexto, «No robarás», se escuchó un chasquido y aparecieron unas escaleras debajo del púlpito.

—Van a tener el privilegio de descubrir el tesoro de los templarios. Por aquí, caballeros.

Todos miraron asombrados a las escaleras que se perdían en la oscuridad. Los caballeros habían ocultado su tesoro dentro de la iglesia. Empezaron a descender uno a uno alumbrados por un par de faroles. El olor a humedad y el polvo les impedían respirar bien. Después de unos diez minutos descendiendo por la escalinata llegaron a una sala a oscuras que parecía de grandes dimensiones. Jean se acercó a varios faroles y los fue encendiendo hasta que todos contemplaron el secreto que se había ocultado durante siglos en aquel templo subterráneo.

Capítulo 104

Nueva York, 11 de febrero de 1916

Aquel era el primer templo de la logia de los templarios en América, pero llevaba siglos perdido, pensó Jean mientras sus ojos contemplaban la inmensa sala adornada con todo tipo de símbolos. Allí estaba la cruz templaria, pero también el rostro de Baphomet, el verdadero dios que los templarios adoraban. Encima de la mesa ritual se encontraban la escuadra y el cartabón de oro con piedras preciosas, los mandiles de seda e hilo de oro y las máscaras sagradas.

Hércules, Alicia, Lincoln y Roosevelt permanecían a unos pasos, igual de asombrados pero con la mente puesta en la huida. La media docena de esbirros de Jean estaban bien armados y permanecían atentos a todos sus movimientos. La oscuridad podría protegerlos en cuanto escaparan de los escasos puntos de luz, pero era difícil volver a la superficie por la escalera de madera medio podrida y esquivar las balas al mismo tiempo.

—Gracias señores, han conseguido traerme al templo más sagrado de la orden. Aquí se guarda una sabiduría perdida durante siglos —dijo Jean girándose hacia ellos.

Hércules y sus amigos no dijeron nada, se limitaron a avanzar unos pasos. Jean observó el fondo de la sala. Era una reproducción perfecta del templo del rey Salomón, se acercó hasta ella y abrió sus puertas. La sala estaba oscura, pero sin duda allí se guardaba el tesoro de los templarios. Dos de sus hombres se acercaron con las antorchas, pero cuando levantaron la luz, observaron una gran sala vacía.

Jean se quedó atónito. No estaba el tesoro ni las Tablas de la Ley. Se hizo un largo silencio hasta que el gran maestro de la logia se giró y les miró muy enfadado.

—¿Qué han hecho con el tesoro?

—¿Nosotros? Es la primera vez que entramos en esta sala —dijo Hércules.

—Ya sé que ustedes no se lo han llevado, pero según el maldito diario del senador..., ¿dónde está el tesoro? —dijo Jean muy alterado.

—No lo sabemos, hablan de una cueva más al norte, seguramente en Nueva Escocia —contestó Hércules.

—¿Por qué construyeron todo esto y no escondieron el tesoro aquí? —preguntó Alicia.

—Está claro, los caballeros templarios se encontraban en peligro desde el siglo XVIII; la Orden de Orange, su mortal enemiga, se había hecho con el control de la capilla y temieron que se hiciera también con el tesoro —dijo Roosevelt.

—Entonces, fue la primera expedición la que trajo el tesoro —concluyó Hércules.

—Sí, la primera trajo la mayor parte del tesoro, la segunda se limitó a transportar algunas de las reliquias más valiosas, entre ellas, el famoso «dedo de Dios», las Tablas de la Ley —dijo Roosevelt.

—Entonces, ¿usted sabía que no estaba aquí el tesoro? —dijo Jean confundido.

—Hace mucho tiempo que se transportó a su ubicación actual —dijo Roosevelt.

—Nos tendrá que llevar hasta allí —dijo Jean apuntando al hombre.

—No estoy seguro de que podamos hacerlo —dijo Roosevelt sin perder la compostura.

—¿Qué?

—Allí solo pueden entrar los puros de corazón, los que han realizado sus ofrendas y han sido perdonados por Dios. Usted y sus ritos paganos nos llevarían a todos a la destrucción —dijo Lincoln.

Todos le miraron sorprendidos.

—¿No conocen el libro de Levítico? Allí se explica el ritual a seguir —dijo Lincoln.

En ese momento, Hércules se lanzó a por uno de los hombres y le quitó la antorcha, arrojándola al suelo de madera seca. Enseguida todo empezó a arder y corrieron hacia la salida. Alicia se enganchó el vestido en la escalera y Lincoln tuvo que arrancar un trozo, el humo comenzó a ascender por la escalera. Hércules fue el primero en salir, ayudó a Alicia y a sus amigos. Después cerró la abertura del suelo y colocó un banco encima de la entrada. Al salir a la calle dos de los hombres de Jean comenzaron a dispararles, pero el humo que salía de la iglesia les hizo desistir y huir. En unos minutos toda la ciudad estaría en la capilla intentando sofocar el incendio. La historia de los templarios en América había terminado una vez más de una forma trágica.

Capítulo 105

Nueva York, 12 de febrero de 1916

Por la mañana todo parecía mucho más claro. Hércules y sus amigos habían dormido en la casa de Roosevelt y habían leído las noticias del incendio en los periódicos. Afortunadamente la capilla no había sufrido daños, el incendio se había limitado a la zona subterránea y según las noticias, el sótano viejo y abandonado había sido el único afectado. Se habían hallado varios cuerpos calcinados, pero no se había podido identificar a los cadáveres.

—Al final murió en su templo —dijo Hércules irónicamente.

—No está bien que se alegre de la muerte de nadie —dijo Alicia.

—Hércules tiene razón, ese tipo merecía morir —dijo Lincoln.

—Me sorprende esa actitud en usted —contestó Alicia, molesta.

Roosevelt entró en el salón y se unió a sus invitados.

—Espero que todo sea de su agrado.

—Muchas gracias por todo señor Roosevelt.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ustedes —contestó el hombre.

—¿Ha leído la prensa? —preguntó Hércules.

—Sí, pero todo lo que digan esos periódicos lo pongo siempre en entredicho, su misión es vender más ejemplares, no llegar a la verdad.

—En eso estoy de acuerdo con usted —dijo Lincoln.

—¿Cómo sabía que el tesoro no estaba allí?

—Nuestra orden lleva siglos buscando el tesoro y uno de los sitios que conocíamos era esa vieja sala de los templarios.

—¿Usted conocía la sala? —preguntó Lincoln.

—Naturalmente, pero quería atraer al nuevo gran maestro. No pensaba que las cosas iban a terminar de ese modo, pero sabíamos que tramaban algo y teníamos que impedirlo. Desde el famoso gran maestro Albert Pike, los masones del Rito Escocés han conspirado para cambiar el gobierno de esta nación —dijo Roosevelt.

—Algo nos contaron de eso —dijo Alicia.

—Primero lucharon por el regreso de los Estuardo en Gran Bretaña, cuando vieron que todos sus intentos fracasaban, intentaron colocar a un candidato jacobita en el trono de Norteamérica en plena revolución, pero los Padres Fundadores se lo impidieron. Durante la guerra civil lo intentaron de nuevo mediante el Estado confederado, ahora era su último cartucho: en plena crisis, con el país al borde de la guerra... el dinero del tesoro y su poder político les habría dado la presidencia.

—¿Usted cree? —preguntó Alicia.

—Sin duda, eso es lo que buscaban. Todavía quedan muchos miembros de la Orden del Temple, pero sin su líder tardarán décadas en volver a organizarse.

—¿Por qué eran enemigos mortales suyos? —preguntó Hércules.

—La Orden de Orange se creó para combatir a los jacobitas y sus intentos de recuperar el poder. Si ellos se hubieran hecho de nuevo con el trono todos los avances parlamentarios y los derechos de los británicos se habrían perdido de nuevo. Nosotros quisimos garantizar esas libertades y proteger el protestantismo —dijo Roosevelt.

—Pero su orden también ha servido para reprimir a los católicos en Irlanda —replicó Alicia.

—Yo no rijo la orden, de todas formas la organización norteamericana y la irlandesa son completamente independientes —dijo Roosevelt.

—Entonces, ¿dónde está el tesoro? —preguntó Alicia.

—El tesoro está en una cueva en Nueva Escocia, en la isla de Oak.

Capítulo 106

Nueva Escocia, 14 de febrero de 1916

Después de un par de días habían llegado a Nueva Escocia. La nieve seguía reinando en la mayor parte del paisaje, pero Hércules y sus amigos no dejaban de asombrarse con el espectacular panorama de los vastos bosques y las montañas. En los últimos meses habían recorrido desde México toda la costa Este de los Estados Unidos, pero sin duda esas eran las tierras más bellas y vírgenes que habían visto nunca. Roosevelt les había invitado a unirse a la expedición en busca del tesoro y ellos no lo habían dudado dos veces, después de semanas detrás de aquel misterio, no podían marcharse de América sin contemplarlo con sus propios ojos.

Roosevelt detuvo el barco frente a las costas de la isla de Oak. Hércules y sus amigos observaron la orilla.

—Se preguntarán qué tiene de especial esta isla. En esta zona hay trescientas sesenta islas. Según la leyenda, aquí se esconde un misterio —dijo Roosevelt echando el ancla.

—¿Qué misterio? —preguntó Hércules, ansioso por conocer la historia.

—En 1795, Daniel McGinnis descubrió una pequeña depresión en un claro en el extremo suroeste de Oak. El señor McGinnis descubrió una polea junto al agujero, decidió excavar la entrada y llegó a una profundidad de treinta pies, unos diez metros. Unos ocho años después, hacia 1803, se realizó una excavación más exhaustiva. Los exploradores llegaron hasta los veintisiete metros. Encontraron capas de madera, carbón vegetal y fibra de coco —dijo Roosevelt.

—¿Fibra de coco? —preguntó Lincoln.

—Sí, es una cosa extraña. Justo a los veintisiete metros se encontró una piedra en la que estaban grabados una serie de símbolos. Al parecer, la piedra indicaba que el tesoro estaba cuarenta pies más abajo. Pero tuvieron que parar la excavación, porque el túnel se anegaba constantemente. Después se hicieron dos expediciones en el siglo pasado, pero tampoco se consiguió nada —dijo Roosevelt.

—¿Cómo espera llegar allí? —preguntó Alicia.

—Se ha excavado un túnel paralelo, intentaremos entrar por debajo del nivel del mar, al parecer el agua se filtra del océano.

—¿Por qué cree que se encuentra en ese lugar el tesoro de los templarios? —preguntó Hércules.

—Algunos creen que se trata del tesoro del algún pirata, otros que fue construido por los franceses en la guerra de los Siete Años, algunos hablan de las joyas de María

Antonieta, pero ya han visto que los templarios llegaron aquí primero en el siglo XIV y en el siglo XVIII llegó el segundo grupo, temeroso de que la nueva casa reinante en Gran Bretaña los volviera a perseguir —dijo Roosevelt.

—Pero, al parecer, Jean buscaba más que un tesoro —dijo Alicia.

—Bueno, eso ya lo saben, al parecer Jeremías pudo sacar el arca justo antes de las invasiones babilonias, así lo narra el libro de los Macabeos, y la habría ocultado en el monte Nebo —dijo Roosevelt.

—Aunque usted cree que fue una de las reliquias que encontraron los templarios en el monte del templo —dijo Hércules.

—Eso es lo que creo. Por eso el papa Clemente V intentó llegar a un acuerdo con ellos en el famoso pergamino de Chinon, para que los templarios dieran la reliquia a la Santa Sede, pero el rey de Francia se opuso y se perdió la pista para siempre —dijo Roosevelt.

—Entonces, usted cree que existió el arca y que tiene ese tipo de poderes —dijo Lincoln.

—Si le soy sincero, más bien creo que el arca es algo parecido a la famosa batería de Bagdad —dijo Roosevelt.

—¿Qué es eso? —preguntó Alicia.

—Se han descubierto en las proximidades de Bagdad unas vasijas con cobre en el interior, en forma de cilindro y hierro. Llevaban algún líquido en su interior, posiblemente zumo de limón, y se cree que eran capaces de generar una potente corriente eléctrica —dijo Roosevelt.

—Pero ¿qué sentido tiene eso? No lo sabemos, tal vez lo utilizaban como arma —conjeturó Hércules.

—Eso es una tontería, los seres humanos son capaces de inventar cualquier cosa para poner en duda el poder de Dios —replicó Lincoln molesto.

—¿No es cierto que Uza, uno de los servidores de David, murió al tocar el arca? Puede que se tratara de algún tipo de descarga eléctrica —dijo Roosevelt.

—Eso son meras especulaciones —dijo Lincoln.

—No podemos saber lo que pasó hace miles de años —dijo Alicia.

—La Biblia describe claramente cómo sucedieron las cosas —dijo Lincoln.

—¿Cómo sabemos que dice la verdad? —preguntó Hércules.

—¿Por qué iba a mentir? ¿Acaso duda usted de los escritos de Platón o Aristóteles? —preguntó Lincoln.

—No, pero sus libros no los siguen a pies juntillas millones de personas en todo el mundo —dijo Hércules.

—Entiendo que es una cuestión de fe —dijo Roosevelt.

—Sí, es una cuestión de fe, pero la Biblia narra todos esos acontecimientos como verídicos, no como una especie de mitología especulativa.

—Sin duda son muy valiosos —dijo Alicia—, pero ponerlos en tela de juicio no significa que los demos por falsos.

—Será mejor que bajemos a tierra —dijo Roosevelt. Tomaron una pequeña barca y cruzaron a remo la distancia que los separaba.

Al llegar al campamento se sorprendieron de no ver a nadie. Buscaron entre las tiendas y en la boca del pozo, pero no vieron ni rastro de la expedición. Las bombas seguían en marcha y había un fuego encendido, pero los amigos de Roosevelt habían desaparecido.

Capítulo 107

Nueva Escocia, 14 de febrero de 1916

Después de media hora de búsqueda, Hércules y sus amigos se dieron por vencidos. No tenía sentido insistir, sin duda aparecerían en cualquier momento. Roosevelt estudió los planos del pozo y las notas de sus amigos. Al parecer, el segundo túnel había llegado a la base del pozo y ese mismo día tenían que haber comunicado ambos pozos.

—¿Ya han llegado hasta la máxima profundidad? —preguntó Hércules entrando en la tienda.

—Sí, hoy iban a comunicar los dos.

—¿Quiere que descendamos para buscarlos? —preguntó Hércules.

—No creo que estén todos abajo.

—Podría tratarse de un accidente, a lo mejor descendió un primer grupo y ante la tardanza, descendió un segundo grupo —dijo Hércules.

—Esperaremos —dijo Roosevelt intentando ocultar su preocupación.

Alicia y Lincoln se alejaron un poco del campamento. Se aproximaron a la orilla y estuvieron en silencio, escuchando el sonido del mar.

—Dentro de poco regresaremos a Europa —dijo Alicia.

—Estoy pensado que sería mejor que yo me quedara en Estados Unidos, tengo que arreglar algunos asuntos de mi padre, contactar con mi hermana, además creo que nuestra asociación con Hércules está llegando a su fin.

—¿Por qué dices eso?

—Alicia, cada vez nuestras opiniones son más dispares. Además, nuestras investigaciones han ido demasiado lejos, mi padre ha muerto por mi culpa.

—Que te quedes no le devolverá la vida —dijo Alicia.

—Te hice una promesa y la cumpliré —dijo Lincoln.

—No hace falta que cumplas ninguna promesa —dijo la mujer devolviéndole el anillo.

En ese momento se escuchó el ruido de la polea al ponerse en marcha. Los dos corrieron hacia el campamento, antes de llegar observaron cómo unos hombres vestidos de negro y con un casco de minero asomaban por la boca del pozo.

Capítulo 108

Nueva Escocia, 14 de febrero de 1916

Hércules y Roosevelt miraron sorprendidos al grupo de hombres que ascendían del pozo. Eran media docena y llevaban puestos los equipos de la expedición. Salieron por orden y se colocaron justo delante de ellos. Después el primer hombre se quitó el casco. Duncan miró a su amigo y lo saludó sonriente.

—Lo hemos encontrado, Franklin —dijo estrechándole la mano.

—¿El tesoro? —preguntó Roosevelt.

—Está todo ahí. Necesitaremos un par de días para sacarlo pieza a pieza.

—¿Habéis visto el «dedo de Dios»? —preguntó Roosevelt ansioso.

—Hay demasiadas cosas, pero seguramente se encuentre entre todas ellas —dijo Duncan.

Alicia y Lincoln se unieron al grupo. Roosevelt se acercó a una de las tiendas y descorchó una botella de champán.

—Vamos a celebrarlo —dijo sirviendo a todos una copa.

—Por el tesoro de los templarios —dijo levantando su copa.

—¡Por el tesoro! —dijeron todos a coro.

—¿Cuándo podremos bajar nosotros? —preguntó Roosevelt.

—Si quieres dividiremos en dos los grupos. Nuestros hombres llevan varios días de descensos.

—Perfecto, Duncan.

Hércules se acercó a una de las piezas extraídas de la cueva. Era un gran medallón de oro. En él se veía por una cara a unos caballeros templarios y por la otra el Arca de la Alianza. Después de miles de años, habían recuperado la única huella escrita de Dios o eso era por lo menos lo que creían millones de personas en todo el mundo.

Capítulo 109

Nueva Escocia, 15 de febrero de 1916

Apenas durmieron nada. Se sentían excitados y ansiosos por descender. A la salida del sol ya estaban preparados, con los equipos puestos y analizando el plan de rescate de las piezas. El primer turno era para Duncan con dos de sus hombres, Roosevelt y Hércules. A las doce del mediodía les sustituirían Alicia y Lincoln con los otros tres hombres de la expedición.

Habían agregado una especie de jaula de madera a la inmensa polea. El primer grupo descendió hasta los noventa metros. Después tenían que atravesar un túnel de diez metros hasta la sala principal.

Roosevelt y Hércules descendieron nerviosos, no sabían lo que se iban a encontrar en las profundidades de Oak. Cuando atravesaron el túnel y entraron en la gran sala, apenas pudieron proferir palabra. Se trataba de una reproducción subterránea del templo de Salomón. La sala resplandecía y allí no era necesario llevar los faroles de petróleo.

—Increíble —dijo Hércules.

—La luz proviene de fuera y se proyecta en los espejos —aclaró Duncan señalando las paredes.

—¿Dónde estamos? —preguntó Roosevelt.

—Antes no se entraba a la cueva por aquí —dijo Duncan señalando el pozo—, la entrada está ahora sumergida en el mar.

El pozo servía para que entrara aire puro que renovara el ambiente.

—Increíble —dijo Roosevelt.

—La perforación se ha realizado a la altura de lo que se llama el lugar santo. Esa gran sala es el atrio y aquello de allí es el sanctasanctórum, el sitio en el que se guardaba el Arca de la Alianza —dijo Duncan señalando una sala separada por una pared.

—Será mejor que echemos un vistazo —dijo Roosevelt.

Hércules le detuvo con la mano.

—Según la tradición hebrea solo podía pasar el sumo sacerdote una vez al año después de hacer el sacrificio de expiación por todo el pueblo y por él.

—No creo que eso tenga nada que ver con nosotros —dijo Roosevelt apartando la mano.

—Señor Roosevelt, no se trata de una cuestión de fe, es pura prudencia.

—Está bien. Esperaremos a la tarde y haremos todo el ceremonial.

Caminaron por el atrio maravillados. Por todas partes se veían cofres repletos de oro, plata y piedras preciosas. Allí se encontraba parte del tesoro de Salomón, riquezas acumuladas durante siglos por los templarios y todo tipo de reliquias.

—No hay ninguna figura de Cristo —dijo Hércules extrañado.

—Los templarios se apartaron de sus creencias y se centraron en un monoteísmo al estilo musulmán —dijo Roosevelt.

Al llegar a la gran puerta de entrada se detuvieron.

—Las puertas de bronce han detenido durante todos estos siglos el agua. Al otro lado está el mar. Cuando la marea está alta se filtra agua, pero no llega por encima de los tobillos —dijo Duncan.

—¿Resistirá? —preguntó Roosevelt.

—No veo qué puede hacer que se hunda. Lleva así más de cuatrocientos años —contestó su amigo.

—Entonces, todo esto fue construido en el primer viaje —dijo Hércules.

—Seguramente, todo lo que vimos en la isla de Manhattan era una primera ubicación del tesoro.

—Pero sí hicieron todo esto era porque tenían pensado quedarse definitivamente en América —dijo Hércules.

—Sin duda, su sueño fue reconstruir su reino aquí —contestó Roosevelt.

—¿Qué hará con el tesoro?

—Donarlo al Gobierno de los Estados Unidos. Esto es patrimonio de toda la humanidad.

—Todavía no me creo que estemos viendo el mayor tesoro de la historia —dijo Hércules levantando la vista.

—Hemos descubierto uno de los mayores misterios de la humanidad —dijo Roosevelt sonriente.

Capítulo 110

Nueva Escocia, 15 de febrero de 1916

La espera se les hacía interminable. Ayudaron a subir varias jaulas repletas de oro, joyas y todo tipo de objetos de valor. Los hombres de Duncan los clasificaban y guardaban en cajas de madera, después las sellaban con clavos y ponían una referencia.

—¿Qué hora es? —preguntó Alicia impaciente.

—Son las once —contestó Lincoln.

—No puedo más, estoy deseando ver lo que hay ahí abajo.

—Más joyas y oro —dijo Lincoln indiferente.

—A veces no te entiendo —refunfuñó Alicia.

—Mi objetivo era vengar la muerte de mi padre, no me importa el tesoro.

—No quiero juzgarte, pero creo que Jesucristo dijo que había que amar a nuestros enemigos.

—No me darás lecciones de Biblia a estas alturas —objetó Lincoln.

—¿Sabes una cosa?, si he admirado algo de ti durar e todos estos años ha sido tu fe, no te dejes vencer, por favor —dijo Alicia suavizando el tono de voz.

—Creo que al menos por una vez en la vida tengo todo el derecho a estar furioso. Mi padre no merecía morir así. Había servido a Dios y a la gente toda su vida —dijo Lincoln.

—El odio no te ayudará —señaló Alicia.

—Al menos ese cerdo está muerto.

—Siento defraudarle —dijo una voz a su espalda.

Diez hombres salieron de entre los árboles. Los hombres de Duncan intentaron pararles, pero lo único que recibieron fue una carga de plomo.

Alicia y Lincoln se ocultaron tras unas cajas.

—No tienen nada que temer por ahora —dijo Jean acercándose a ellos.

Su rostro había desaparecido por completo. Su piel era un amasijo de carne sin forma en el que apenas se reconocían rasgos humanos.

—¿Usted? —dijo Alicia sorprendida y aterrorizada.

—No he terminado mi misión. Nunca la han comprendido, ¿verdad? No puedo morir hasta que complete aquello para lo que he sido enviado —respondió Jean con una voz ronca y seca.

Lincoln miró el fusil a unos dos metros de distancia.

—Yo no lo intentaría. A no ser que no le importe la vida de ella. Imagino que

están deseosos de bajar; por favor, pónganse el equipo. Ha llegado el momento de despertar a la fuerza.

Se vistieron y descendieron al pozo con cinco hombres de Jean. Ahora estaban en su territorio, el reino de la oscuridad.

Capítulo 111

Nueva Escocia, 15 de febrero de 1916

Cuando escucharon que la jaula bajaba de nuevo, Duncan y sus hombres prepararon la nueva carga. La jaula descendió lentamente hasta que estuvo a la vista de todos.

—¿Qué demonios hacen bajando? —dijo Duncan al ver la jaula repleta de gente.

Hércules y Roosevelt estaban a unos pasos observando algunas de las reliquias más importantes.

La jaula tocó tierra y salieron varios hombres. Sin mediar palabra dispararon a Duncan y sus hombres. Después Jean se quitó el casco y miró directamente a Hércules.

—Nos volvemos a encontrar —dijo Hércules mirando directamente a los ojos sin párpados de Jean.

—Veo que es de los que miran a la muerte de cara —contestó Jean sonriente.

—¿Hay otra manera de mirarla? —preguntó Hércules.

—Imagino que para alguien tan vacío como usted la muerte es una liberación, pero no se engañe, en el otro lado cada uno tendrá que pagar por sus obras.

—Deje que yo salde cuentas con Dios —dijo Hércules.

—Bueno, creo que al final lo hemos encontrado. Únicamente aquí, en esta réplica perfecta del templo de Salomón, los templarios podemos recuperar nuestro poder —dijo Jean mirando la gran sala.

—Usted profana el templo con sus ceremonias sacrílegas —dijo Lincoln.

—Bueno, creo que a su viejo Dios de barba blanca no le importará mucho. Preparemos el sacrificio y yo me vestiré para el ritual —dijo Jean con un gesto.

Los templarios ataron a todos los prisioneros y los colocaron enfrente del sanctasanctórum. Jean se fue a un lugar apartado y se puso su ropa ceremonial.

Cuando apareció de nuevo llevaba el pectoral de piedras preciosas en las que estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel, el *mitznefet* o turbante del sumo sacerdote y su túnica de lino puro. Cuando Lincoln observó el rostro de Jean, pensó que el mismo diablo se había vestido de ángel de luz.

Capítulo 112

Nueva Escocia, 15 de febrero de 1916

Los hombres acercaron a la víctima al altar de bronce. Debía estar viva antes de realizar el sacrificio. La sujetaron y Jean se acercó para degollarla.

Hércules y sus amigos miraban impotentes el sacrificio. Sin duda, aquel ceremonial no habría tenido sentido para algunos de ellos, pero el escenario era tan espectacular que todos reaccionaron cuando el cordero fue degollado y su sangre rociada por todo el altar.

Jean quemó el sacrificio y llevó parte de la sangre en un recipiente de oro. Al acercarse al sanctasanctórum un fuerte viento estuvo a punto de tirarlo. Se quedó dudando unos instantes y después hizo acercarse a los prisioneros.

—Será mejor que pase uno de vosotros por si acaso —dijo Jean empujando a Lincoln.

Lincoln se quedó mudo delante de la puerta, después hizo un gesto para que lo desataran.

—Veremos si tu Dios tiene misericordia de ti.

En cuanto Lincoln pisó el umbral una intensa nube cubrió el edificio. Su claridad cegaba los ojos de todos, pero Lincoln experimentó un repentino alivio. Caminó unos pasos, pero antes de desaparecer de la vista, Jean le detuvo.

—¡Déjame a mí!

En cuanto atravesó la línea, la nube se volvió negra y se escuchó un fuerte trueno. Todos se echaron para atrás, menos los templarios, que parecían maravillados ante el temible espectáculo.

Un gran resplandor los cegó por unos momentos y Jean comenzó a arder. Cuando sus compañeros se acercaron para socorrerle, también fueron consumidos por las llamas.

El fuego se extendió por toda la sala y las paredes comenzaron a derrumbarse. Hércules y sus amigos corrieron hacia la jaula, pero el cable del mecanismo no funcionaba. Escaparon hacia las puertas de bronce. Intentaron moverlas, pero no lo lograron. Una fuerte explosión hizo temblar el suelo y de repente, las puertas se abrieron dejando pasar el agua del océano.

Capítulo 113

Nueva Escocia, 15 de febrero de 1916

Al principio el agua les llevó de nuevo al atrio, pero después la fuerza de la corriente les sacó del edificio. Bucearon hasta llegar a la superficie y aparecieron a poco más de un kilómetro de la costa. Nadaron hasta la orilla. Vieron a lo lejos como salía humo del pozo. Todo acceso al templo había quedado tapiado para siempre.

Caminaron hasta el campamento en silencio, los esbirros de Jean habían desaparecido.

—¿Estará muerto? —preguntó Alicia casi sin aliento.

—Creo que esta vez sí —contestó Hércules.

Los tres amigos se abrazaron ante la mirada de Roosevelt que contemplaba con horror como las cajas que habían sido rescatadas del templo habían desaparecido en un gran socavón.

—Me temo que el tesoro se ha perdido para siempre —dijo Hércules.

—Sí, es una lástima —contestó Roosevelt.

—No nos pertenecía —dijo Lincoln acercándose a los dos hombres.

—Es mejor que los misterios permanezcan ocultos hasta que el hombre esté preparado para entenderlos —dijo Alicia tomando del brazo a Lincoln.

—Los caballeros templarios han desaparecido para siempre —dijo Lincoln.

—¿Quién sabe? —dijo Hércules levantando la vista al cielo. El sol estaba poniéndose cuando los cuatro subieron a bordo del barco en dirección a Nueva York. Lo que para muchos era un final, para ellos era un nuevo principio.

Epílogo

Puerto de Nueva York, 18 de febrero de 1916

El barco estaba a punto de salir cuando Hércules, Lincoln y Alicia se despedían de Roosevelt.

—¿Nos volveremos a ver?

—Eso espero —dijo Hércules estrechando la mano de Roosevelt.

—Ha sido un placer conocerle —dijo Alicia.

—Hasta la vista —comentó Lincoln.

—¿Adónde se dirigen?

—A Europa, posiblemente cumplamos nuestro deseo de ir a Suiza, dicen que es un país tranquilo y pacífico —dijo Hércules.

—Seguro que encontrarán aventuras dondequiera que vayan.

El marinero les hizo un gesto para que subieran la pasarela, en unos minutos retirarían el puente de embarque. Se despidieron cordialmente y se dirigieron a cubierta.

—Todo comenzó en un barco —dijo Hércules una vez arriba.

—Sí, pero espero que este viaje sea menos accidentado —dijo Lincoln.

—Una pregunta, ¿qué vio al asomarse a aquel lugar? —dijo Hércules.

Lincoln permaneció callado por unos instantes.

—Estaba allí —dijo de repente.

—¿El Arca de la Alianza? —preguntó Alicia.

Lincoln hizo un gesto afirmativo.

—Sin duda será el último hombre que la verá jamás —dijo Hércules.

—Aún cree que todo es un cuento, ¿verdad?

—Lamento decir que sí —contestó Hércules.

—¿Por qué el arca atacó a Jean y lo destruyó? —preguntó Lincoln.

—Me imagino que había alguna trampa o simplemente algún tipo de descarga eléctrica —dijo Hércules.

—Entonces yo tendría que estar muerto, ¿no cree?

—Pura suerte —contestó Hércules.

—Algo me protegió, querido amigo. Alguien que no quería que muriera. Hércules le miró divertido.

—Se pone usted muy serio, será mejor que disfrutemos del viaje.

Alicia abrazó a Lincoln y los tres permanecieron en silencio mientras la Estatua de la Libertad les saludaba desde el otro lado de la bahía. La antorcha relucía en su

mano, como la esperanza de que un día todos los misterios sean revelados.

Fin

Algunas aclaraciones históricas

- La novela está situada al final del primer mandato del presidente Wilson, una época de difícil neutralidad en la que se jugaba el destino del mundo.
- Los datos sobre el presidente Wilson y su Gobierno son reales.
- La posibilidad de que muchos otros llegaran antes que Colón a América ha sido demostrada, aunque se albergan dudas sobre la llegada de los templarios en el siglo XIV.
- Los templarios desaparecieron oficialmente tras la disolución de la orden en 1312, pero muchos sobrevivieron en otras órdenes militares en España, Portugal y Escocia. Nunca se encontraron sus supuestas riquezas.
- El Arca de la Alianza desapareció tras la destrucción del segundo templo. Cuando el general Tito destruyó el tercer templo en el año 70 d. C., el arca ya no estaba entre las pertenencias del templo. Algunos creen, basándose en los libros de los Macabeos, que el profeta Jeremías la escondió.
- La masonería ha sido una de las fuerzas impulsoras de los Estados Unidos, sería muy difícil entender su historia sin acudir a la influencia de la organización secreta más poderosa de la tierra. Los masones, especialmente los del Rito Escocés, se creen hijos de la tradición de Hiram Abif, al que consideran el principal artífice del templo de Salomón. Los datos que se dan sobre dicha organización son veraces.
- El escritor Jack London murió en 1916 bajo extrañas circunstancias y no se ha determinado la causa real de su muerte.
- Franklin Delano Roosevelt, trigésimo segundo presidente, estuvo interesado en la isla de Oak y participó económicamente en una de las expediciones en busca del tesoro.
- No se sabe qué hay en Oak, una pequeña isla de Nueva Escocia; hasta el día de hoy todas las expediciones han fracasado.
- La capilla de San Pablo en Nueva York existe y la mayor parte de los detalles son exactos.
- El templo Masónico de Salt Lake City, en cambio, no existía en la época en la que se sitúa la trama, ya que se construyó en 1920.
- En 1917 los Estados Unidos entraron en la Gran Guerra, cambiando el rumbo de la historia.



Mario Escobar Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] Asociación de lectores y editores *amateurs* de historias fantásticas. <<